Pucked in Vegas



C.H. JAMES

Pucked in Vegas (Espanol)

C.H. James

Copyright © [Year of First Publication] by [Author or Pen Name]

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

Contents

1. Capítulo uno
2. Capítulo dos
3. Capítulo tres
4. Capítulo cuatro
5. Capítulo cinco
6. Capítulo Seis
7. Capítulo Siete
8. Capítulo ocho
9. Capítulo nueve
10. Capítulo diez
11. Capítulo once
12. Capítulo doce
13. Capítulo trece
14. Epílogo
15. ESCENA EXTRA
16. Iron Ridge Icehawks Series

17. El siguiente en la serie...
18. VISTA PREVIA GRATUITA:

Capítulo uno

Cassie

El sol de Las Vegas cae a plomo sobre mi cabeza mientras me ajusto las gafas de sol enormes y le doy otro sorbo a mi martini.

La piscina de la azotea se extiende ante mí como un espejismo, un azul resplandeciente contra el horizonte desértico. Me relajo en este capricho que desde luego no me puedo permitir ahora mismo… mi propia cabaña privada.

A pesar del coste, que hará que mi tarjeta de crédito eche humo más tarde, ofrece el punto de observación perfecto para ver a la gente pasar y llorar las penas por mi carrera. Porque no hay nada que grite «he tocado fondo profesionalmente» como beber alcohol carísimo mientras juzgas a desconocidas en bikini detrás de unas gafas de sol de diseño que me compré cuando aún tenía un trabajo estable.

Vuelvo a mirar el móvil.

El sexto correo de rechazo me devuelve la mirada.

Gracias por su interés en organizar nuestra gala benéfica. Aunque su porfolio es prometedor, buscamos a alguien con una experiencia más consolidada...

—Más experiencia consolidada —mascullo, haciéndole una seña a la camarera que pasa flotando—. Querría otro, por favor. Que este sea extra sucio. Y con más aceitunas, si puede ser.

Asiente con compasión, echando un vistazo a los tres vasos vacíos que ya se alinean en mi mesa. —¿Un día duro?

—Oh, no —le dedico mi sonrisa falsa más radiante. La que perfeccioné de niña en los banquetes de hockey, de pie junto a mi padre—. Solo celebro mi éxito continuo.

Se marcha sin decir nada y yo me dejo caer de nuevo sobre los mullidos cojines de la cabaña.

El Strip de Las Vegas brilla abajo, un recordatorio de todos los eventos espectaculares que tienen lugar en esta ciudad esta noche.

Ninguno de los cuales, por cierto, lleva mi firma.

Este es el sexto rechazo de la semana. Seis clientes potenciales que echaron un vistazo a mi porfolio y decidieron pasar de mí.

La verdad es que una sola llamada a mi padre lo arreglaría todo. Como director ejecutivo de uno de los mejores equipos de hockey sobre hielo del país, Michael «*Big Mike*» Hawthorne conoce a todo el mundo.

Una palabra suya y tendría más trabajo del que podría abarcar. Eventos corporativos para los Iron Ridge Icehawks. Celebraciones de jugadores. Encuentros con hombres que creen que un *stick check* es el colmo de la sofisticación.

Pero preferiría tragar cristales antes que pedirle ayuda a mi padre.

Hacerlo significaría admitir la derrota, arrastrarme de vuelta al mundo del deporte… al mundo del *hockey*, para ser exactos. Me convertiría exactamente en aquello de lo que he pasado toda mi vida adulta huyendo: la niñita de papá.

La camarera regresa con mi cuarto martini. —A este invita la casa, cariño. Sea lo que sea, ya verás como mejora.

Alzo mi copa en un brindis silencioso por su optimismo y mi terquedad. Las aceitunas nadan en el vodka como los últimos jirones de mi dignidad.

Me suena el móvil y la cara de papá aparece en la pantalla. Dejo que salte el buzón de voz, como he hecho las últimas tres semanas.

Otro sorbo me quema la garganta mientras observo a una despedida de soltero chapotear en la piscina, sus risas despreocupadas son la banda sonora de mi caída libre profesional.

—A la mierda —susurro para nadie, abriendo el correo.

Empiezo a teclear una propuesta para un evento benéfico relacionado con el deporte. No de hockey. Que le den. No estoy tan desesperada. *Todavía*.

Quizá de golf. O de tenis. Algo con menos hielo y menos recuerdos.

Pero justo cuando empiezo a teclear en la pantalla, el móvil vuelve a vibrar, esta vez con una llamada de FaceTime entrante. El nombre de Mia brilla en la pantalla, junto con su foto de contacto ridículamente alegre, en la que sonríe mientras sostiene un cachorro rescatado que estaba acogiendo en su clínica veterinaria de Iron Ridge el mes pasado.

Me planteo rechazarla. Tengo una pinta espectacular, pero me siento como un saldo de taras emocionales, y Mia tiene esa molesta habilidad de ver a través de mi corrector perfectamente aplicado.

Pero también es mi mejor amiga, y hace dos días que no hablo con otro ser humano que no estuviera intentando venderme algo o rechazar mi propuesta de negocio.

Respiro hondo y deslizo el dedo para contestar, poniéndome mi mejor sonrisa de «Todo es fabuloso».

—¡Hola, guapa! —mi voz suena artificialmente alegre incluso para mis propios oídos.

—Dios mío, ¿estás borracha en una piscina? —la cara de Mia llena la pantalla, sus ojos color avellana se entrecierran mientras examina mi entorno—. A las dos de la tarde. ¿Un martes?

—Es Las Vegas, cariño. Aquí el tiempo es una construcción social.

La pantalla da un tumbo cuando Mia gira la cámara, revelando a Sophia Hart tirada en el sofá de Mia en pijama de franela, con el pelo recogido en un moño deshecho y agarrando una taza del famoso café del Summit Cafe.

—¡Mira a quién me he encontrado! —canturrea Mia.

—¿Eso es…, esas son copas de martini detrás de ti? —Sophia se acerca a la pantalla—. ¿En plural? ¿O sea, varias?

—Comida de negocios —miento con soltura—. Un éxito rotundo. Un cliente importantísimo. No os podéis imaginar el contrato que acabo de conseguir.

Ambas se quedan mirando en silencio, esperando a que la fachada se resquebraje.

—Tan mal está la cosa, ¿eh? —dice Sophia finalmente.

Me desinflo como un globo de cumpleaños de hace una semana. —Seis rechazos esta semana. Me estoy planteando organizar fiestas de cumpleaños infantiles. O funerales. En ambos hay llantos y tarta, ¿no?

—Cass… —la voz de Mia se suaviza—. Ya sabes que siempre podrías…

—No lo digas —le doy un generoso sorbo a mi martini—. No voy a llamar a mi padre.

—O —ofrece Sophia con cautela—, podrías volver a casa una temporada. Reorganizarte en Iron Ridge hasta que…

—Preferiría practicarme una apendicectomía con una cuchara oxidada —hago un gesto exagerado hacia la despedida de soltero que ahora participa en una especie de competición de salpicaduras —. ¿Veis a esos tíos? Ruidosos, desagradables, creyéndose la última maravilla del mundo. Así es cada jugador de hockey con el que crecí. Esa es la cultura de todo el pueblo de Iron Ridge en pocas palabras.

Los tíos sueltan un grito especialmente agudo, como si fuera una señal.

Uno de ellos sale de la piscina y no puedo evitar fijarme en cómo el agua cae por su cuerpo en riachuelos, como pequeños ríos que trazan cada una de las crestas de sus abdominales.

Y, joder… hay muchas crestas que trazar.

Lleva el pelo oscuro peinado hacia atrás, con gotas adheridas a unas pestañas increíblemente largas que enmarcan unos ojos verdes que atrapan la luz del sol como el cristal de mar. El tío estira los brazos por encima de la cabeza, los músculos se flexionan bajo la piel dorada, y la boca se me seca de una forma vergonzosa. Probablemente sea más joven que yo. Definitivamente, uno de esos tipos de fraternidad que desprecio por principio.

—¿Cass? ¿Hola? ¿Me estás escuchando? —la voz de Mia suena lejana.

—¿Mmm? Sí, claro.

Inclino el móvil ligeramente para que no puedan ver qué, o a *quién*, estoy mirando.

Dirijo firmemente mi mirada a mis amigas en la pantalla. Es exactamente por esto que evito sitios como este. Todos los bares de Las Vegas están llenos de distracciones guapas sin nada detrás de los ojos, excepto su propio reflejo.

No, gracias.

—Mirad, me pasé dieciocho años ahogada en hockey. El olor a equipación sudada en el coche de mi padre. La charla constante sobre *power plays* y *penalty kills* en la mesa durante la cena. Las groupies lanzándose a los jugadores… a *mi padre*, joder.

Me acabo el martini para dar más énfasis.

—Construí mi carrera específicamente para escapar de todo eso. No voy a volver a ese mundo. Me da igual si tengo que empezar a planear fiestas de dieciséis cumpleaños para niñas ricas y mimadas.

Mia y Sophia intercambian una mirada que grita «intervención».

—Estamos preocupadas por ti —dice Sophia con delicadeza—. ¿Cuánto tiempo puedes seguir así?

—Todo el que haga falta.

Dejo mi vaso vacío sobre la mesa y hago una seña a la camarera para pedir otra ronda.

El movimiento atrae la atención de la despedida de soltero. Específicamente del señor Ojos de Cristal de Mar, que me pilla mirándole y me dedica una sonrisa lenta y con hoyuelos que huele a problemas.

Aparto la mirada de inmediato, de repente fascinada por la pelusa inexistente de mi pareo.

Paso. Hoy no, Satanás.

Ni aunque tenga unos hombros como los de una estatua griega.

—Lo digo en serio, Cass —Mia se acerca a su cámara, su voz baja a ese tono que usa cuando está a punto de decir algo que no quiero oír—. ¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo completamente imprudente? ¿Algo solo para ti?

Pongo los ojos en blanco. —Me mudé a Las Vegas sin trabajo, ¿eso cuenta?

—A eso lo llamaste un avance profesional calculado —corrige Sophia—. Hablamos del tipo de imprudencia que te acelera el corazón. Del tipo que te da una historia que valga la pena contar.

—Sophia tiene razón, deberías hacer algo imprudente. Tienes que vivir un poco, tía —añade Mia—. Estás en Las Vegas, rodeada de tíos buenos. Tu carrera seguirá ahí mañana.

Mi mirada se desvía involuntariamente de nuevo hacia el señor Ojos de Cristal de Mar.

Como si sintiera mi atención, se gira, pillándome a media mirada. Esta vez, en lugar de solo sonreír, me sostiene la mirada, arqueando una ceja en una pregunta silenciosa.

Un calor inunda mi cuerpo y se acumula en la parte baja de mi vientre. Mis pezones se endurecen bajo la parte superior del bikini, y cruzo las piernas mientras una deliciosa tensión se acumula entre ellas.

Maldita sea.

—¿Cassie? Te has puesto toda colorada —la voz de Sophia suena lejana—. ¿Qué estás mirando?

—Nada —mascullo, pero mi cuerpo me traiciona cuando el tío levanta su copa en un sutil brindis, y esos malditos hoyuelos reaparecen.

La camarera llega con mi martini nuevo, y lo cojo agradecida, bebiéndome la mitad de un solo trago ambicioso.

El alcohol llega a mi torrente sanguíneo, extendiendo calor por mis extremidades. Mis hombros se relajan. El peso de seis rechazos y el legado de mi padre de repente parece… manejable. Distante en la neblina de mi borrachera.

—¿Sabéis qué? —me oigo decir—. A lo mejor tenéis razón. A lo mejor necesito una noche de malas decisiones.

—¡Sí! —Mia levanta el puño—. ¡Esa es mi chica!

—Busca a alguien que esté bueno —añade Sophia—. Alguien completamente inapropiado.

—Alguien que te haga vibrar hasta la punta de los pies —Mia mueve las cejas de forma sugerente.

Me río, un sonido más ligero de lo que me he sentido en semanas. —Sois una malísima influencia.

—Por eso nos quieres —dicen al unísono.

Me termino la bebida, un agradable zumbido recorre mis venas mientras dejo el vaso vacío con quizá más fuerza de la necesaria.

—Perdona.

Una voz profunda interrumpe mi conversación. Levanto la vista y me encuentro al señor Ojos de Cristal de Mar de pie junto a mi cabaña, lo suficientemente cerca como para ver las gotas de agua aferradas a su clavícula.

Casi me atraganto con la aceituna del martini.

De cerca, no es solo guapo. Es *devastador*.

El agua todavía se aferra a su piel bronceada, como si tuviera miedo de soltarla. Cada músculo parece esculpido, intencionado, como si alguien hubiera dedicado un tiempo extra a perfeccionar las proporciones del cuerpo de este hombre.

Mi mirada se desliza hacia abajo, deteniéndose en esa pecaminosa uve que desaparece bajo un bañador azul marino que lleva bajo en las caderas. La hendidura apunta hacia abajo como la flecha más tentadora de la naturaleza, atrayendo mis ojos hacia el bulto considerable que presiona contra la tela mojada.

El calor inunda mis entrañas mientras mi imaginación completa lo que hay debajo.

No, Cassie. No.

Cruzo las piernas con más fuerza, sintiendo un latido revelador entre mis muslos. Mis pezones se endurecen contra la parte superior del bikini y resisto el impulso de ajustármela.

—Tierra llamando a Cassie —la voz metálica de Sophia llama desde mi olvidado móvil.

Parpadeo, dándome cuenta de que he estado mirando fijamente —no, devorando— a este desconocido con los ojos durante demasiado tiempo. Se me ha secado la boca a pesar del alcohol, y hay una pesadez en mis extremidades que no tiene nada que ver con los martinis.

Dios, ha pasado demasiado tiempo desde que me tocaron si me excito tanto por los abdominales de un desconocido.

O tal vez solo son los martinis haciendo su trabajo.

¿Debería permitirme imaginar más? ¿Cómo se sentirían esas manos fuertes agarrando mis muslos? ¿Qué sabor tendría esa boca perfectamente esculpida contra la mía?

—Creo que esto es tuyo.

Me tiende mis gafas de sol, mis Chanel favoritas con los detalles dorados que deben de habérseme caído de la cabeza durante mi sesión de aspavientos anterior. Cuelgan de las yemas de sus dedos, las gotas de agua se deslizan por la montura de diseño como si estuvieran tan reacias a dejar su tacto como lo estaría yo.

Miro las gafas de sol, luego su mano, fijándome en cómo sus dedos son largos y fuertes, con callos que hablan de trabajo duro.

El trabajo de un hombre de verdad.

Esas manos. No son suaves como las de los ejecutivos con los que suelo salir. Son ásperas… *curtidas*.

¿A qué se dedica? ¿A la construcción, tal vez? La idea de él sin camiseta en una obra, flexionando los músculos bajo el sol mientras levanta materiales pesados, me envía una nueva oleada de calor.

O quizás es jardinero, esos dedos fuertes sacando vida de la tierra, pacientes y protectores.

Haga lo que haga, es refrescante. *Él* es refrescante.

Los hombres de mi órbita suelen ser ejecutivos de pico de oro. O niños de papá. Todos con palmas suaves y ambiciones aún más suaves.

Este tipo parece que podría construir algo sólido. Arreglar cosas. Romper cosas.

Definitivamente no es un jugador de hockey, gracias a Dios.

He pasado toda mi vida rodeada de esos niñatos con sus supersticiones y sus egos como para reconocer a uno cuando lo veo. Lo último que necesito es otro atleta engreído que piensa que el mundo gira a su alrededor.

No, este hombre es diferente.

—Ahora os llamo —les digo a mis amigas, sin esperar su respuesta antes de colgar la llamada de FaceTime sin previo aviso.

—Gracias —digo, mis dedos rozan los suyos al coger las gafas de sol. Están calientes por su tacto, y de repente yo también lo estoy.

Sus ojos se arrugan mientras me ofrece la mano.

—Soy Jax —dice, con esa voz profunda y grave.

Hay algo cuidadoso en la forma en que lo dice. Tan simple. Con confianza. Como si ya supiera que esta noche no necesita apellidos y simplemente se estuviera guardando el resto.

El momento se enrosca en mi pecho, bajo y perezoso, como el vodka que hace que todo a nuestro alrededor se suavice en los bordes.

La voz de Mia resuena en mi cabeza. *Haz algo imprudente. Vive un poco, tía.*

Que Dios me ayude, puede que lo haga.

Estoy achispada. Tengo ganas. Y él huele a cloro, a verano y a muy malas decisiones.

Así que hago lo único que tiene sentido.

Sonrío y no le suelto la mano.

—Encantada de conocerte, *Jax.*

Capítulo dos

Jackson

Me tumbo en la tumbona con un brazo detrás de la cabeza y observo cómo Las Vegas cobra vida en la que podría ser mi última noche de libertad.

El Strip se transforma bajo nosotros, las luces parpadean una a una como si nacieran estrellas. Es la hora mágica, ese momento dorado en el que todo parece perfecto y cualquier cosa parece posible.

—¡Por Jackson Holt, joder! —exclama Keller al levantar su cerveza, derramando un poco sobre la tarima—. Primera elección. Primera ronda. ¡Lo dije hace tres años y lo vuelvo a decir ahora!

Mis dos mejores amigos de la liga juvenil, Keller y Donovan, ya van medio cocidos, celebrándolo como si ya me hubieran seleccionado en el draft.

Entre ellos está sentada Madison, la ayudante de mi agente, que ha venido este fin de semana con una única misión: mantenerme alejado de los líos.

Ni desastres en las redes sociales.

Ni detenciones.

Ni titulares.

—Todavía no es oficial —digo, pero no puedo evitar que una sonrisa se extienda por mi cara.

Porque *va* a pasar.

Tras años de entrenamientos a las cinco de la mañana, de las decepciones de mi padre, de demostrar a todo el mundo que se equivocaba... estoy aquí. A una semana del draft de la NHL. A una semana de que todo por lo que he sangrado, todo lo que he sacrificado... el sueño, la normalidad y las relaciones, se cristalice en realidad.

Mi nombre está el primero en la lista de todos los analistas del país.

—La falsa modestia no te pega, Holt —resopla Donovan, ajustándose la gorra que lleva del revés—. Los Iron Ridge Icehawks prácticamente ya están imprimiendo tu camiseta.

Le doy un trago largo a mi cerveza, dejando que el líquido frío me resbale por la garganta. El subidón del alcohol se mezcla con la adrenalina, creando una sensación perfecta, suspendida... como si estuviera volando, pero aún no hubiera empezado a caer.

—Bueno —dice Madison, mirando su móvil—. La cuenta oficial de sus redes no ha anunciado nada, pero...

—Pero todos lo sabemos —termina Keller. Vuelve a levantar su vaso—. ¡Un brindis por las últimas vacaciones en las que Holt puede cometer errores!

Me incorporo y choco mi botellín contra sus vasos. —¿Cometer? Pienso *inventar* errores esta noche.

Todos se ríen, pero siento una extraña opresión en el pecho bajo la sonrisa.

Pronto, todo cambiará.

Cuando digan mi nombre, perteneceré a un equipo, a una ciudad, a millones de aficionados.

Ya no soy solo Jackson Holt... Soy una propiedad. Una inversión. Una marca.

Pero por eso estoy aquí, en Las Vegas. Una última fiesta antes de que todo cambie para siempre.

Y esta noche... Sí, esta noche soy solo... yo.

Dejo la cerveza en el borde de la piscina y me meto en el agua, dejando que el líquido fresco me abrace como a un viejo amigo. El agua me lame el pecho mientras me echo hacia atrás, apoyando los

codos en el borde de hormigón, y es entonces cuando miro al otro lado y...

—Joder —respiro, un poco más alto de la cuenta.

Es imposible no fijarme en la morena de la cabaña de enfrente. Gafas de sol demasiado grandes para su cara, un martini en la mano y una sonrisa que remueve algo en mi pecho.

Me pilla mirándola y no aparta la vista. Levanto mi cerveza en un brindis silencioso, esperando que no note cómo se me acelera el corazón.

Porque, joder, si estoy haciendo una lista de errores de última libertad para cometer en Las Vegas, ella estaría en lo más alto.

Está hablando por el móvil, gesticulando de forma exagerada, con la cara animada.

Pero también hay algo más. Como si se estuviera esforzando al máximo por ocultar una tristeza que, aun así, se aferra a sus bonitos rasgos entre sonrisa y sonrisa.

Me recuesto en la piscina, intentando con todas mis fuerzas ignorarla mientras mis amigos discuten entre ellos.

Pide una copa. Luego otra. Y otra.

Es como si intentara ahogar el mundo, y joder... lo entiendo. Lo entiendo *de verdad*.

Conozco demasiado bien esa sensación, la de beber para acallar el ruido. Lo hice un montón de veces después de los partidos, cuando mi padre me criticaba cada error en lugar de fijarse en los tres goles que había marcado. Lo hice la noche que descubrí que había empeñado el anillo de boda de mamá —lo único que me quedaba de ella— para cubrir deudas de juego. Lo hice cuando los ojeadores empezaron a aparecer y la presión me aplastaba tanto que no podía respirar.

La pista de hielo era mi escapatoria, pero a veces ni el hielo puede enfriar el ardor de ser el billete de lotería de alguien, la segunda oportunidad de alguien, la historia de redención de alguien.

Todo el mundo ve a Jackson Holt, el prodigio del hockey.

Ven las estadísticas, los mejores momentos, la sonrisa arrogante. Nadie ve al niño que aprendió a hacer macarrones con queso a los nueve años porque papá estaba «celebrando» en el bar otra vez.

Nadie sabe de las noches que me escapaba al estanque helado detrás de nuestra casa a las dos de la madrugada, lanzando discos hasta que me sangraban las manos porque era más fácil que estar despierto escuchando las promesas de borracho de mi padre sobre cómo «esta vez» lo haría bien.

Me volví bueno en el hockey porque no me quedaba otra.

No era solo un sueño... era mi única salida.

—Llamando a Jax —dice Donovan, agitando una mano delante de mi cara—. ¿Estás escuchando?

—¿Eh? Sí, claro.

—No lo está —se ríe Keller, siguiendo mi mirada—. Tiene el cerebro en modo draft. O, más probablemente, la polla en modo draft.

Madison suspira. —Recuerde nuestro trato, Jackson. Perfil bajo. Nada de estupideces, ¿de acuerdo?

Asiento con la cabeza, ausente, sin dejar de mirar cómo la rubia sigue hablando animadamente por teléfono. Se recoge las piernas, sorbe su cóctel y contempla el mismo horizonte de Las Vegas que yo admiraba hace un momento.

Es jodidamente guapa.

—Así que le dije al entrenador que sus sistemas eran prehistóricos y... —La historia de Donovan se desvanece en un ruido de fondo.

La mujer cambia de postura y se le caen las gafas de sol de la cabeza a la tarima. No se da cuenta, demasiado absorta en su llamada. Y en su tercer cóctel.

Me levanto, dejo mi cerveza y salgo de la piscina.

—¿Adónde vas? —pregunta Madison, con recelo en la voz mientras me observa secarme demasiado rápido con la toalla.

—A hacer mi buena obra del día —digo, tirando la toalla y poniéndome ya en marcha—. Vuelvo enseguida.

—Jackson... —empieza a decir, pero yo ya estoy a medio camino de rodear la piscina.

El corazón me late con fuerza a medida que me acerco.

De cerca, es aún más despampanante. Unos ojos azul hielo que brillan con inteligencia, una piel besada por el sol que prácticamente

reluce. Es mayor que yo, quizá en la veintena tardía, con una presencia que dice que ha visto de todo y ha salido más fuerte.

Le recojo las gafas de sol, reconociendo el logo de la marca. Tiene un gusto caro.

—Disculpe.

Cuelga la llamada bruscamente cuando se da cuenta de mi presencia, y esos ojos azules se abren un poco más mientras me recorren el pecho. El calor de su mirada me manda la sangre al sur, y de repente soy muy consciente de lo poco que esconde mi bañador.

—Creo que esto es suyo —digo, tendiéndole las gafas.

Sus dedos rozan los míos cuando las coge, y ese simple contacto me envía una descarga eléctrica por todo el brazo.

—Gracias —dice, con voz suave y cálida.

Me quedo helado un instante, con la mano extendida entre nosotros como una especie de puente que no estoy seguro de que ninguno de los dos deba cruzar.

La voz de Madison resuena en mi cabeza —*perfil bajo, nada de estupideces*— junto con un resumen de todos los prodigios del hockey que desperdiciaron su oportunidad antes de ser siquiera seleccionados.

Una semana.

Esta mujer... Es exactamente el tipo de hermosa distracción que podría complicarlo todo. Y por esa razón, debería irme. Debería volver con mis colegas, beberme la cerveza y mantener la cabeza gacha hasta el día del draft.

Pero hay algo en ella que me atrae.

La forma en que se esfuerza tanto por parecer que lo tiene todo bajo control cuando puedo ver las grietas. La forma en que se ha trasegado esas copas como si intentara ahogar algo. El ligero temblor en sus dedos cuando ha cogido las gafas de sol.

La veo sonreírme, una lenta curva de sus labios que me oprime el pecho. Está esperando a que diga algo más, a que dé el siguiente paso.

Mis colegas me gritan algo desde el otro lado de la piscina, pero sus voces se convierten en ruido de fondo. Madison probablemente

esté sufriendo un infarto viéndome ahora mismo.

A la mierda.

No le estoy pidiendo la historia de su vida. No le pido nada que vaya a acabar salpicado por las redes sociales en un mes.

Solo un nombre. Solo un momento de tener veintidós años y estar vivo en Las Vegas con una mujer preciosa que me mira como si fuera algo más que un palo de hockey con piernas.

—Soy Jax.

No añado el resto. No le digo que soy Jackson Holt, el principal candidato de la NHL. No menciono el draft ni a los Iron Ridge ni nada de eso.

Por una vez, solo quiero ser un chico que conoce a una chica en una piscina, no un vídeo de mejores jugadas andante con un montón de expectativas a la espalda.

Ella sonríe. Esta vez es una sonrisa de verdad que por fin le llega a los ojos... y, guau. Es lo más bonito que he visto en mi vida.

Me toma la mano sin soltarla. —Encantada de conocerte, *Jax*.

El cuello de su camisa se desplaza cuando se inclina hacia delante, la camisa ancha se abre lo suficiente como para revelar la suave curva de su escote. Un escote *generoso*.

Señala la silla vacía a su lado, un movimiento casual de muñeca que de alguna manera consigue ser a la vez displicente e invitador.

—Puedes sentarte... si no vas a venderme nada.

Me dejo caer en la silla, estirando las piernas y cruzándolas a la altura de los tobillos.

—No vendo nada —prometo, mirando de reojo mientras intento con todas mis fuerzas ser discreto.

Tiene las piernas estiradas, largas, tersas y desnudas. Una rodilla doblada. La luz dorada de la tarde incide en su piel, haciéndola brillar como la miel.

Intento no mirar fijamente y fracaso estrepitosamente.

—Ya he tenido suficientes discursos de venta esta semana para toda una vida. —Da otro sorbo a su copa y me doy cuenta del ligero rubor en sus mejillas, de la postura relajada de sus hombros.

Está lo suficientemente bebida como para estar cálida y suelta, pero no lo suficiente como para ser torpe.

Es la cantidad perfecta.

Me pregunto cómo sería completamente desinhibida. ¿Qué haría falta para hacerla sonreír de verdad? No la sonrisa educada que me está dedicando ahora, sino una de las de verdad... auténtica. Una que le llegue a los ojos y muestre todos los dientes.

—¿Estás aquí por una despedida de soltero o solo te gusta fingir como a todos los demás? —pregunta, señalando a mis amigos con su copa de martini.

Sonrío, recostándome en mi silla. —Pues... un poco de ambas cosas.

Enarca las cejas. —Eso suena siniestro.

—Es mi último fin de semana de libertad.

—¿Qué pasa, te unes a una secta? —Pone los ojos en blanco—. ¿O peor, a un equipo deportivo?

La observo atentamente cuando dice eso. Y no veo... nada.

Ningún destello de reconocimiento. Ninguna indirecta dirigida al jugador de hockey sentado a su lado. No tiene ni idea de quién soy, así que esa ocurrencia casual no iba dirigida a mí... ¿o sí?

—¿No eres aficionada a los deportes? —pregunto, intentando mantener un tono de voz informal mientras sigo indagando.

Suspira dramáticamente y se bebe el resto de su copa de un impresionante trago. —Digamos que ya he pasado suficiente tiempo rodeada de hombres sudorosos para varias vidas.

Mi cerebro dispara inmediatamente seis formas diferentes de convertir «hombres sudorosos» en un chiste que la haría reír. O que haría que me abofeteara.

En cualquier caso, me muerdo la lengua y me lo pienso mejor.

Tengo una suerte de mierda.

La única mujer que ha captado mi interés en meses detesta absolutamente todo lo relacionado con la pasión de mi vida. Mi carrera. Mi futuro.

Debería levantarme y marcharme. Está claro que esto no va a ninguna parte.

Pero hay algo en su forma de hablar tan enérgica, en el brillo de sus ojos, que me mantiene pegado al asiento.

—Entonces —digo rápidamente, desesperado por cambiar de tema —, ¿Las Vegas? ¿Vives aquí o solo estás de visita?

Parece relajarse un poco, sus hombros se destensan. —Me mudé aquí hace seis meses. Pensé que sería bueno para mi carrera.

—¿Y lo ha sido?

—Bueno, estoy bebiendo sola un martes a media tarde, así que... —me dedica una sonrisa irónica—. Digamos que estoy reevaluando mis decisiones vitales.

—Oye, a veces esos son los mejores días. —Me inclino hacia delante, apoyando los codos en las rodillas—. Esos en los que todo se desmorona y tienes que averiguar lo que de verdad importa.

Me estudia durante un largo momento, esos ojos azul hielo ven más de lo que me gustaría.

—Eres un poco joven para ser tan filosófico —dice finalmente.

—Bueno, también he tenido mi buena ración de desmoronamientos, ¿sabes? —Me encojo de hombros—. Hace que la reconstrucción sea más interesante.

Una sonrisa genuina asoma a sus labios, y se me oprime el pecho. Ahí está, la sonrisa de verdad que esperaba.

Me pongo de pie, al darme cuenta de que su copa está vacía. —¿Te traigo otra?

Me mira, con una ceja perfectamente arqueada. —Claro. Siempre y cuando no intentes echarme algo en la bebida.

Me llevo una mano al pecho, fingiendo ofensa. —Me ofendes. ¿Tengo pinta de ser el tipo de tío que necesita drogar a las mujeres para llamar su atención?

—No —admite, recorriéndome el cuerpo con la mirada de una forma que hace que se me caliente la piel—. Pero eso es exactamente lo que diría un tío que echa cosas en las bebidas.

Me río, genuinamente divertido por su lengua afilada.

Cuando regreso unos minutos más tarde, está mirando el móvil, riendo y negando con la cabeza. El sonido me pilla por sorpresa, completamente diferente a la forma cuidadosa y comedida en que ha estado hablando conmigo.

Le pongo el martini delante. Seco, con tres aceitunas, exactamente como el último. El cuarto. Da igual. He perdido la

cuenta.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunto, volviendo a mi asiento con mi cerveza fresca y fría.

Levanta la vista y guarda el móvil. —Mis amigas, que están siendo ridículas y mandándome mensajes.

—¿Ridículas en el buen sentido o en el malo?

—Del tipo de ridículas que se ponen cuando tus amigas creen que necesitas soltarte la melena. —Hace una pausa y mira la copa que le he puesto delante. Sus ojos se clavan en los míos, con algo nuevo en ellos—. Sabes lo que tomo.

Me encojo de hombros, haciéndome el indiferente a pesar de que llevo observándola la última hora.

—Un martini seco con tres aceitunas. Tampoco es que sea física cuántica.

Da un sorbo, estudiándome por encima del borde de su copa. —No lo es. Pero la mayoría de los tíos no se fijan en detalles como ese.

—Supongo que entonces no soy como la mayoría de los tíos, ¿no?

Murmura, pero en lugar de responderme, se limita a mirarme de arriba abajo mientras entablamos una conversación distendida.

Y entonces sucede lo más extraño...

No me hace ni una sola pregunta sobre a qué me dedico. Ni sobre mi trabajo, ni sobre mis planes de futuro, ni siquiera mi apellido.

En cambio, me pregunta por mis restaurantes favoritos de Las Vegas, si prefiero la montaña o la playa, si creo que existen los extraterrestres.

Es... refrescante.

Por una vez, no soy Jackson Holt, el prodigio del hockey. Solo soy *Jax*, un tío en bañador hablando con una mujer preciosa.

—Entonces, ¿qué te sugerían exactamente tus amigas que hicieras? —le pregunto después de un rato.

Pone los ojos en blanco. —Oh, ya sabes. Lo de siempre. *«¡Estás en Las Vegas! ¡Haz una locura! ¡Toma malas decisiones!».* —Imita lo que supongo que es la voz de su amiga—. Al parecer, necesito «vivir un poco».

—Bueno —digo, inclinándome hacia delante—, mis amigos y yo estábamos a punto de ir a una discoteca. Nada demasiado salvaje, bastante tranquilo en realidad, pero... si quieres, puedes venirte. ¿Quizá eso ayudaría a que te dejen en paz?

Duda, esos ojos azul hielo parpadean con incertidumbre. Es la primera grieta que veo en su perfecta compostura en toda la tarde.

—No sé... —Su voz se apaga—. No voy vestida para ir de discotecas.

Señala su bikini y su caftán, que me han estado volviendo loco.

Sin pensar, deslizo la mano por el pequeño espacio entre nosotros, dejando que mis dedos descansen en su muslo. Su piel es cálida y suave bajo mi palma, y siento cómo se le tensan los músculos bajo mi contacto.

Esos grandes ojos azules se abren de par en par, y observo cómo se le dilatan las pupilas mientras me mira fijamente.

—Creo que estás increíble —digo, bajando el tono de voz—. Pero siempre podemos pasar por tu habitación primero si quieres cambiarte.

Se le corta la respiración y, por un segundo, creo que se va a apartar. En lugar de eso, pone su mano sobre la mía, no para quitarla, sino para mantenerla ahí.

—Vaya. Eres peligroso, ¿verdad, Jax? —pregunta, pero una sonrisa juguetea en las comisuras de su boca.

—Del mejor tipo —admito con una sonrisa—. Del que recordarás mañana, por muchos martinis que te bebas.

Se ríe entonces, un sonido genuino que hace que algo cálido se despliegue en mi pecho.

—A la mierda. *Vale* —dice, apurando el último trago de su copa con un elegante trago—. Vale, voy. Déjame que vaya a cambiarme. Mándame un mensaje con los datos de la discoteca.

Saco mi móvil. —¿Cuál es tu número?

Me coge el móvil, teclea rápidamente y me lo devuelve. Echo un vistazo y veo que ha guardado su nombre como «Cassie» con un emoji de un martini.

—Cassie —digo, probando cómo suena en mi lengua—. Me gusta.

—No hagas que me arrepienta de esto, Jax —dice mientras recoge sus cosas.

—Ni se me ocurriría.

Me levanto y le ofrezco la mano para ayudarla a incorporarse. Cuando la coge, la corriente eléctrica vuelve a fluir entre nosotros, y sé con absoluta certeza que esta noche va a ser inolvidable.

Capítulo tres

Cassie

Me miro al espejo del baño de mi apartamento. El subidón de cuatro… ¿o cinco?… martinis me calienta la sangre y me desinhibe.

El vestido negro que he sacado de mi triste y casi vacío armario es poco menos que escandaloso. Es un susurro de tela que se ciñe a cada una de mis curvas, con un escote de vértigo y un bajo que apenas se puede considerar decente.

Lo tengo desde hace meses y esta noche, por fin, voy a ponérmelo.

—Este es tu momento, Cassie —le digo a mi reflejo mientras me aplico otra capa de pintalabios rojo—. Eres una jodida diosa. Una diosa sexi y empleable. —Hago una pausa, tambaleándome un poco sobre mis tacones de aguja—. Seguramente. Da igual.

Mi móvil vibra sobre la encimera de mármol.

Jax: Club Nova. Zona VIP. Código de vestimenta: destrózame, nena.

Resoplo una carcajada y casi me corro el rímel.

Cassie: ***Desafío aceptado, musculitos.***

Otra vibración.

Jax: Mierda. ¿Voy a sobrevivir a esto?

Le sonrío a mi reflejo.

Cassie: Lo dudo. Tráete un desfibrilador.

Jax: Perfecto. Morir feliz suena como un buen plan.

Reprimo una sonrisa y dejo el móvil, con el corazón a mil por hora.

¿Pero qué narices *es* esto?

No sé mucho de Jax, aparte de que está bueno, es misterioso y de alguna manera ha conseguido meterse bajo mi piel sin contarme una mierda sobre él.

Y eso es… en cierto modo, refrescante.

Nada de hablar de trabajo. Nada de fanfarrones de LinkedIn. Nada de lloriqueos del tipo «mi ex estaba loca».

Puede que los martinis me hayan nublado la mente, pero por ahora… lo ignoro.

No es importante.

Lo que importa es que, por una noche, no soy Cassie Hawthorne, la organizadora de eventos desesperadamente sin trabajo e hija de un pez gordo, director general de un equipo de hockey.

Solo soy una mujer en Las Vegas que está tomando decisiones cuestionables con un hombre que me mira como si me hubiera tocado el premio gordo.

Treinta minutos después, me bajo del Uber, con el Strip de Las Vegas convertido en un caleidoscopio de neones a mi alrededor. El Club Nova palpita con fuerza, con su entrada flanqueada por cordones de terciopelo y montañas disfrazadas de guardias de seguridad. El bajo retumba en la acera y la vibración me sube por los tacones.

Veo a Jax al instante, de pie con otros dos tipos. Todos son altos, unos armarios empotrados. Como jugadores de hockey, pero… *distintos*.

A medida que me acerco, todo lo demás se desvanece. Jax es más alto de lo que recordaba. Su atractivo rostro está acariciado por las luces de neón parpadeantes y su pecho, grande y fornido, tensa una camisa negra de botones.

Siento un aleteo en el estómago cuando su sonrisa le ilumina la cara. Es *letal*. Se gira en el acto y esos ojos brillantes se clavan en mí como si fuera lo único que merece la pena mirar.

Sonrío y entonces se le cae la mandíbula. En plan, al más puro estilo de los dibujos animados.

Sus ojos recorren lentamente mis tacones plateados, suben por mis piernas desnudas, se detienen en el bajo que apenas me cubre el culo y luego continúan su viaje hacia el norte. Cuando por fin se encuentra con mi mirada, sus ojos se han oscurecido lo suficiente como para que todo mi cuerpo se caliente.

—Joder —exclama uno de sus amigos: el más alto, de pelo oscuro —. ¡¿Esa es tu cita?!

Jax no contesta. Está demasiado ocupado mirándome.

Me acerco con lo que espero que sea una gracia felina, pero, por supuesto, como es mi suerte…, el universo me da una bofetada en mitad de mi contoneo.

El tacón se me engancha en el borde del último escalón que sube a la entrada VIP. El tobillo se me tambalea, la rodilla se me dobla y, antes de que me dé cuenta, la gravedad me arrastra hacia abajo.

Me lanzo hacia delante con un chillido de pánico audible incluso por encima del fuerte bajo que sale de la entrada de la discoteca. Agito los brazos, el bolso de mano se me escurre de la mano y mis putas tetas rebotan como un completo desastre en movimiento.

Pero justo cuando estoy a punto de completar el impresionante aterrizaje, Jax se abalanza sobre mí y me agarra antes de que me estampe de cara contra el suelo. Sus brazos me rodean la cintura en un borrón de músculos y reflejos, levantándome justo unos centímetros antes de que mi cara pudiera conocer íntimamente el cemento.

Me quedo helada, con las palmas de las manos extendidas sobre su pecho y el corazón martilleándome como si acabara de sobrevivir a un atraco.

—No, está todo bien —anuncio sin dirigirme a nadie en particular, sin aliento y arrastrando un poco las palabras—. Solo… estaba probando la gravedad. Pues mira tú por dónde… ¡funciona!

Sus manos están calientes sobre mi piel desnuda, estabilizándome mientras recupero el equilibrio. El contacto me provoca una descarga eléctrica que me recorre la columna vertebral.

—Cassie… Estás… —Jax sacude la cabeza, al parecer sin palabras a pesar de mi poco elegante llegada.

Le sonrío, sintiéndome poderosa, mi casi caída ya olvidada. —Bueno, el hecho de que te hayas quedado sin palabras es un buen comienzo.

Me coge de la mano y entrelaza sus dedos con los míos. —Vamos, terremoto. Desaparezcamos.

La discoteca explota a mi alrededor en cuanto entramos. El bajo vibra a través de mis huesos mientras Jax me guía más allá del cordón de terciopelo, con su cálida mano en la parte baja de mi espalda.

—VIP —le dice al portero sin alzar la voz. Este asiente como si se conocieran.

Dentro, el aire sabe a sudor y a perfume caro. Las luces láser atraviesan el humo artificial y se reflejan en columnas de espejos y vestidos de lentejuelas. A nuestro alrededor, los cuerpos se mueven en lentas y hipnóticas olas. Bailando, perreando, brillando bajo el neón azul y la niebla de champán.

Me detengo al borde del caos, agarrando la mano de Jax como si fuera lo único sólido en la sala.

Se inclina hacia mí, con los labios rozándome el lóbulo de la oreja. —¿Estás bien?

—¿Estás de broma? —grito por encima de la música—. Este es totalmente mi rollo.

Pero no lo es. Ni de lejos.

Mi rollo son las azoteas con música acústica y cócteles que no brillan en la oscuridad. Mi rollo son los eventos privados con famosos que firman acuerdos de confidencialidad y beben champán de lujo con motas de oro flotando en las burbujas.

Pero tengo seis correos de rechazo en mi bandeja de entrada, demasiados martinis en mi torrente sanguíneo, y este hombre precioso me está mirando como si fuera la única mujer en Las Vegas que vale la pena ver.

Así que no, este bajo atronador que me hace castañetear los dientes no es mi rollo, pero sus dedos están entrelazados con los míos y ahora mismo eso es suficiente.

El suelo se inclina ligeramente bajo mis tacones y aprieto con más fuerza la mano de Jax.

—¿Una copa? —pregunta Jax, rozándome la oreja con los labios.

Asiento, balanceándome ya al ritmo de la música. —Algo que queme.

Sonríe y me guía más allá de los cordones de terciopelo hasta una plataforma acordonada sobre la multitud, donde un reservado VIP brilla bajo un foco de oro líquido. Una botella de Moët se enfría en una cubitera de cristal, rodeada de vasos medio vacíos, bengalas encendidas y dos hombres muy ruidosos.

—Cassie, te presento a las malas influencias —dice Jax, señalando a los dos tipos de fuera.

—Donovan —dice el rubio con un guiño—. Y ese cabrón gruñón es Keller.

—Cassie —digo, dejándome caer en el reservado junto a Jax, mi pierna rozando la suya—. Indiscreta profesional y entusiasta de los martinis.

—Es perfecta —anuncia Donovan—. Keller, cásate con ella.

—No me van las bodas —gruñe Keller, y luego mira la botella—. Pero sí los chupitos.

Con un chasquido de sus dedos, la camarera llega en un ajustado traje de licra negro, haciendo equilibrio con una bandeja que brilla bajo las luces de la discoteca. Tequila, sal, lima: el lenguaje universal de las malas decisiones.

—Cortesía del gerente —grita por encima de la música mientras deja unos vasos de chupito que captan las luces azules como pequeños zafiros—. Dice que bienvenido al Nova, señor Holt.

Miro a Jax, que asiente con la cabeza como si el hecho de que el gerente de la discoteca lo reconociera fuera algo de todos los días. ¿Niño rico? ¿Heredero de un fideicomiso? No tiene pinta de eso. No con esas manos rudas y esa energía de currante.

Pero ¿quién demonios consigue tratamiento VIP y chupitos gratis solo por aparecer?

—Primero la sal, luego el tequila y luego la lima —me instruye Donovan como si no hubiera nacido conociendo el ritual.

—Conozco el proceso —digo mientras cojo el salero.

La sala se inclina como un carrusel a cámara lenta, las luces se deslizan por mi visión mientras los martinis provocan un zumbido bajo y dulce en mi torrente sanguíneo. Todo parece… etéreo.

—Aunque debería advertiros que el tequila hace que o bien baile sobre las mesas o bien hable francés con fluidez. Es cara o cruz.

—¿Hablas francés? —pregunta Jax, con su muslo presionando el mío mientras se inclina más cerca.

—En absoluto —me río, disfrutando de la confusión en su cara—. Esa es la parte divertida.

La camarera termina de alinear nuestros chupitos y Keller levanta su vaso.

—Por Jax —anuncia—. Que tu futuro sea tan brillante como tu…

—Por los nuevos amigos —lo interrumpe Jax, sin apartar sus ojos de los míos.

Algo pasa entre nosotros… una corriente, una advertencia, una promesa.

Me lamo el punto sensible entre el pulgar y el índice, espolvoreo sal sobre la humedad y le sostengo la mirada a Jax. Sus ojos se oscurecen al imitar mis movimientos, deslizando la lengua sobre su piel de una forma que hace que se me revuelva el estómago.

—Por las malas decisiones —replico, levantando mi vaso—. Que tomemos muchas esta noche.

El tequila me quema la garganta y muerdo la lima sin inmutarme. La acidez explota en mi lengua, ahuyentando el fuego del alcohol.

Jax me observa, impresionado, mientras Donovan vitorea y Keller pide otra ronda.

—¿Qué? —pregunto, dejando el vaso en la barra—. ¿Creías que iba a toser y a escupir?

Jax se inclina, con los labios rozándome la oreja. —Creo que hay muchas cosas de ti que me sorprenderían, Cassie.

—Baila conmigo —le exijo, cogiéndole la mano.

La pista de baile es un mar de gente, pero Jax crea un espacio con sus anchos hombros. Empezamos con una distancia respetable entre nosotros, pero la música tiene otros planes. Cada compás me acerca más hasta que mi espalda se presiona contra su pecho.

Sus manos encuentran mis caderas, vacilantes al principio, luego con más seguridad a medida que me derrito contra él. Cierro los ojos, dejando que mi cuerpo se mueva contra el suyo, mi culo restregándose contra él con una deliciosa fricción. Su respiración se entrecorta contra mi cuello.

—Eres peligrosa —murmura, clavándome los dedos en la piel.

Me giro para mirarlo, rodeándole el cuello con los brazos. —No tienes ni idea.

Las luces le pintan el rostro con destellos azules y rojos. Tiene las pupilas dilatadas, el deseo escrito en cada centímetro de sus facciones. Le veo la nuez subir y bajar al tragar.

Su aliento me hace cosquillas en la oreja, compitiendo con el bajo que retumba en mis venas. —Debería mantenerme alejado de ti.

—¿Por qué? —río, pegándome más a él hasta que siento el latido de su corazón contra la palma de mi mano—. ¿Qué tienes que perder?

La expresión de Jax cambia, algo vulnerable parpadea en su rostro. —Mi vida entera.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, demasiado pesadas para este parque de atracciones bañado en neón donde se supone que nada importa. Sus ojos se clavan en los míos, despojados de esa confianza arrogante de la piscina.

Por un momento, somos solo dos personas, dos *desconocidos*, completamente perdidos el uno en el otro, con la discoteca desvaneciéndose hasta convertirse en un ruido de fondo.

Debería alejarme. Debería tomármelo a broma. Debería recordar que nunca sale nada bueno de los hombres que me miran como si pudiera arruinarlos.

En cambio, me quedo paralizada, atrapada en su mirada.

Su mano se desliza hasta la parte baja de mi espalda, atrayéndome con fuerza contra él. La actitud juguetona se desvanece cuando sus ojos bajan a mis labios, con una intención clarísima.

—Dime que pare —susurra, mientras su pulgar traza la curva de mi cadera.

—Si vas a besarme, Jax —respiro—, hazlo. Antes de que tropiece con mi propia libido.

Sus labios se tuercen en un atisbo de sonrisa. —Estoy intentando ser un caballero.

—Pues no lo seas. —Me aprieto más contra él, sintiéndolo duro contra mi estómago—. Sé mi error.

Antes de que pueda hacerlo, Keller se materializa a nuestro lado, con otra bandeja de chupitos en la mano.

—¡Venga, venga…! ¡A beber, tortolitos!

Donovan aparece a mi otro lado. —A que no puedes beber más que todos nosotros, princesa.

Enarco una ceja, aceptando su desafío con una sonrisa socarrona. Los chupitos queman menos que la primera copa, y golpeo cada vaso vacío en la barra con un gesto teatral, ganándome los vítores de los chicos.

Jax me observa con una mezcla de diversión y preocupación a partes iguales. Cuando me tambaleo ligeramente, su brazo se enrosca alrededor de mi cintura.

—¿Qué tal un poco de agua? —sugiere, guiándome protectoramente hacia la barra.

Niego con la cabeza. —Esta noche, el agua es de cobardes.

La música cambia a algo más lento, con un bajo más pesado. Mis inhibiciones se han disuelto hace mucho en vodka y tequila. Miro fijamente la boca de Jax, deseándola sobre la mía con una urgencia que me sorprende incluso a mí.

Así que antes de que nos interrumpan otra vez… la tomo.

Mis labios se estrellan contra los suyos, hambrientos y exigentes. No hay vacilación, ni fingimiento. Solo fuego, manos y calor mientras nos devoramos el uno al otro allí mismo, en medio de la discoteca.

Besa con ganas. Como si estuviera hambriento. Como si hubiera esperado toda su maldita vida para saborearme.

Nos separamos para tomar aire y se queda paralizado un milisegundo antes de volver a mi boca con el mismo fervor, sus manos deslizándose hacia abajo para agarrarme el culo, pegándome del todo a él.

Enredo los dedos en su pelo, tirando lo justo para que gruña en mi boca.

El beso es desordenado, desesperado, perfecto. Nos separamos, completamente sin aliento. Su frente descansa contra la mía. Puedo saborear el tequila, el calor y algo peligrosamente cercano a *querer más*.

Y sé que son los martinis los que hablan.

Sé que debería parar.

Pero no lo haré. Esta noche no.

Me inclino, con los labios rozándole la oreja. —Vamos. Hagamos alguna estupidez.

La discoteca da vueltas mientras tiro de Jax hacia la salida, con mi mano firmemente sujeta a la suya. El aire fresco de la noche me golpea la cara como una bofetada, despejándome durante aproximadamente tres segundos antes de que el tequila recupere el control de mis funciones motoras.

—Huy, cuidado. —Jax me sujeta cuando mi tobillo se tambalea peligrosamente sobre mis tacones de aguja—. ¿Quizá deberíamos llevarte de vuelta a tu apartamento?

Me quito los tacones con un gesto dramático. —Son armas de destrucción masiva.

Jax se ríe entre dientes, estabilizándome mientras me desvío hacia un puesto de perritos calientes.

Se agacha, recogiendo mis zapatos con una mano mientras rodea mi cintura con la otra, sujetando mi tambaleo.

—Solo digo —balbuceo mientras pasamos dando tumbos junto a una mujer vestida de vedete con plumas y un hombre pidiendo matrimonio con un anillo de una máquina expendedora— que si no me caso con *alguien* esta noche, este vestido es una oportunidad desperdiciada.

—Creo que después de esta noche ya estás medio casada con esos martinis, cariño.

—*Pff*. El martini y yo lo hemos pasado bien, pero necesito a alguien que aporte más a la relación. Como… apoyo emocional. O un jet privado.

—Apuntas alto, ¿eh?

—Me merezco un *piloto*, Jax. O un stripper. O quizá un entrenador de delfines. En realidad, eso suena bien. Los delfines son monógamos, ¿no?

Se ríe, un estruendo grave y divertido que vibra contra mi costado. —¿Y qué tal una planta de interior muy atractiva?

Me quedo boquiabierta. —Oh, Dios mío. Eso es. Algo alto. Fuerte. Que prospere con el abandono.

—Me suena.

Deambulamos por el Strip, pasando por fuentes, artistas callejeros y gente mucho más sobria de lo que yo estaré jamás esta noche. Jax me mantiene erguida todo el camino, pero su brazo permanece a mi alrededor, su mano firme en mi cintura como si no *quisiera* soltarme.

Siento el cuerpo como purpurina derretida. El cerebro, como algodón de azúcar en llamas.

Me detengo en seco cuando algo me llama la atención al otro lado de la calle. Un resplandor rosa y morado ilumina un pequeño local, el letrero de neón parpadeando en la noche.

—Oh, Dios mío. Ese sitio. Es ese. —Señalo dramáticamente—. Ahí es donde se casó Britney, ¿verdad?

Jax sigue mi mirada hasta la capilla. *LOVE ME TENDER 24/7 WEDDING CHAPEL* brilla en cursiva de color chicle, con un corazón giratorio y un cartel parpadeante que reza: *«Fotos Gratis. Sin Arrepentimientos»*.

—*Sin* arrepentimientos —susurro—. Qué romántico.

Él se ríe entre dientes. —Cassie…

—A ver, tiene sentido. Tú estás bueno. Yo estoy buena. Ya hemos intercambiado fluidos corporales. ¿Por qué no anillos?

Jax se queda paralizado, parpadeando como si acabara de sugerir que robáramos un casino.

—Cásate conmigo, Jax —digo con un jadeo dramático, abriendo los brazos de par en par—. Seremos una *leyenda*.

Me mira, su pecho subiendo en una lenta inspiración. —Estás loca.

—Soy *icónica*.

Jax respira larga y profundamente, sus ojos saltando de mí a la capilla como si estuviera calculando la probabilidad matemática

exacta de que su vida implosionara.

—Madison va a matarme… —murmura, pasándose una mano por el pelo.

Me quedo quieta a media pirueta, con los pies descalzos golpeando la acera.

—¡¿Madison?! —repito, y el estómago me da un vuelco más rápido que mis perspectivas profesionales—. ¿Es tu mujer? Porque puede que esté borracha, pero no soy una rompehogares.

Sus ojos se abren como platos. —¿Qué? ¡No! Dios, no. —Se ríe, negando con la cabeza—. Es mi agente.

—¿Tu *agente*? —Lo miro con recelo—. ¿De modelo? ¿Eres en secreto un tío de los calzoncillos de Calvin Klein? Porque eso explicaría lo de los abdominales.

—No exactamente. —Su sonrisa se vuelve enigmática.

Agito la mano con desdén. —Da igual. No es importante. —Le agarro la muñeca y tiro de él—. Lo importante es que tenemos una cita con Elvis.

Se resiste un momento y luego se rinde mientras lo arrastro hacia el paso de peatones.

—Esto es una idea malísima —dice, pero hay un toque de terror eufórico en su voz que coincide con la energía efervescente y temeraria que burbujea en mi pecho.

—Las mejores historias empiezan con malas ideas. —Pulso el botón del semáforo cinco veces para dar énfasis—. Además, lo que pasa en Las Vegas…

—… acaba en TMZ —termina él.

—Solo si eres importante. —Le doy un golpecito en el pecho—. ¿Eres importante, Jax-el-que-tiene-agente?

Suspira a mi lado. —Todavía no.

El semáforo cambia y lo arrastro por la calle, mis pies descalzos golpeando el asfalto caliente. El resplandor de neón de la capilla nos baña de rosa a medida que nos acercamos, haciendo que Jax parezca sonrojado de la cabeza a los pies.

Un rincón diminuto y racional de mi cerebro, la parte que escribe correos electrónicos profesionales y recuerda usar el hilo dental, me grita que pare.

Pero esa voz queda ahogada por el coro mucho más fuerte de los chupitos de tequila y la corriente eléctrica que me recorre cada vez que los dedos de Jax rozan los míos.

Capítulo cuatro

Jackson

Lo primero de lo que me doy cuenta al despertarme es que la cabeza me pesa aproximadamente dieciséis mil toneladas.

El dolor viene en oleadas.

Primero, un fuerte latido detrás de los ojos; luego me palpitan las sienes y me taladra la base del cráneo. He recibido golpes en el hielo que dolían menos que esta resaca.

La luz se filtra por una rendija de las cortinas opacas y me corta la cara como un rayo láser diseñado específicamente para torturar. Gimo y me alejo de ella rodando. Siento la lengua como si tuviera un estropajo pegado al paladar.

Agua. Necesito agua.

Estiro el brazo a ciegas hacia la mesita de noche y la mano choca con algo sólido que cae con un ruido de plástico. ¿Qué co…?

Obligándome a abrir un ojo, miro de reojo una figurita de Elvis en miniatura que ahora yace de lado, con un brazo cubierto de pedrería levantado en una bendición eterna.

¿De dónde coño ha salido eso?

Intento incorporarme e inmediatamente me arrepiento. La habitación da vueltas como si estuviera haciendo ejercicios sobre hielo en mal estado. Cuando el mundo se estabiliza, me fijo en la purpurina… Jodida *purpurina.*

Está por todas partes.

Me cubre los antebrazos con un fino polvo brillante que atrapa la luz. Unas motas doradas y plateadas me llegan hasta los hombros y probablemente más allá. Mi pecho parece como si alguien hubiera intentado glasear una magdalena con brillo corporal.

Llevo los pantalones a medio muslo, con el cinturón desabrochado; una pierna completamente libre mientras que la otra sigue atrapada en el caro tejido vaquero. No llevo camiseta. Ni calcetines.

Solo… purpurina. ¡Jodida *purpurina*!

Un suave ronquido rompe el silencio.

Me quedo helado y luego giro lentamente la cabeza.

Joder.

Está aquí. Cassie. Boca abajo en mi cama, con el pelo platino desparramado por mi almohada como si estuviera en un anuncio de champú. Tiene una pierna fuera de las sábanas y, por lo que puedo ver, está tan desnuda como yo.

Su respiración es profunda y regular, completamente ajena a la guerra nuclear que está teniendo lugar en mi cráneo.

Algo brilla en su mano —su mano izquierda—, que descansa cerca de su cara.

Un anillo.

Una alianza de oro.

No. Ni hablar. De ninguna de las maneras.

Me siento de golpe, ignorando el martillazo en el cerebro. El corazón me martillea mientras me reviso frenéticamente mi propia mano.

Ahí está. Una alianza de oro a juego. Un poco grande, pero sin duda real.

—Qué coño —susurro, mirando mi mano como si fuera de otra persona—. Pero qué cojones.

Fragmentos de la noche anterior me vienen a la mente. Chupitos de tequila en la discoteca, un baile guarro con una erección, sus labios sobre los míos, un tropiezo por el Strip, una capilla con luces de neón, un imitador de Elvis con una voz sorprendentemente buena…

Un trozo de papel doblado en la esquina de la mesita de noche, ligeramente arrugado, manchado de purpurina y con aspecto oficial.

Lo acerco.

CERTIFICADO DE MATRIMONIO TEMPORAL

Cassie Hawthorne y Jackson Holt

Ceremonia celebrada en: Casados a toda prisa – Corazones abiertos, abierto 24/7

Oficiada por: Reverendo Elvis «Blue Suede» Michaels

A su lado, una Polaroid está medio pegada a la superficie por lo que espero sinceramente que sea champán.

Salimos los dos. Yo estoy sin camiseta, sonriendo como un idiota, cogiéndola en brazos como a una novia. Ella se está riendo, con el velo torcido, haciendo el signo de la paz. Elvis está en medio de un chasquido de dedos al fondo.

Y justo debajo de la fotografía hay un folleto de color neón que dice:

¡DESAYUNO BUFÉ GRATIS PARA RECIÉN CASADOS!

Servido hasta las 11:00.

¡Solo tenéis que enseñar el certificado y los anillos!

Toda mi carrera pasa ante mis ojos.

Madison va a matarme. El *draft* es en cinco días. *Cinco.*

En cinco días, se supone que debo estar en un escenario con un traje, sosteniendo una camiseta con mi nombre en la espalda y estrechando la mano de un director general que piensa que soy una apuesta segura. Un profesional. Una *marca* para las generaciones venideras.

¿Y ahora?

Ahora soy un desastre. Un desastre cubierto de purpurina.

Me obligo a ponerme de pie, con las piernas temblorosas. La habitación se inclina hacia un lado antes de estabilizarse y me agarro a la pared para apoyarme.

Las pruebas del caos de anoche me rodean como la escena de un crimen.

En la cómoda, una caja a medio abrir de Ring Pops reposa junto a una botella de champán con pintalabios en el borde. Su tono, rojo brillante. Una boa de plumas de color rosa eléctrico está colgada

sobre la televisión, y uno de sus tacones de aguja cuelga precariamente de la esquina de la pantalla.

La habitación huele a sudor, a tequila y… ¿a glaseado? No, es purpurina. A eso huele la purpurina.

Vuelvo a mirar el dichoso certificado. Ni siquiera me atrevo a tocarlo. Mi nombre. Su nombre. Tinta negra permanente estampada como si no fuera nada.

Cassie Hawthorne.

Me casé con ella. Me casé *de verdad* con ella. Y sí, vale, estábamos borrachos. Pero no hasta perder el conocimiento. Lo recuerdo.

No todos los detalles. Pero sí los suficientes.

Su risa entrecortada mientras me arrastraba a la capilla. La forma en que casi se le sale el vestido al intentar chocar los cinco con Elvis. Su mano temblando ligeramente cuando me deslizó esa alianza de oro en el dedo. El momento exacto en que su boca se encontró con la mía justo después del «Y yo os declaro…».

Y entonces…

—Dios santo —murmuro, frotándome la cara.

Voy a trompicones al baño, me echo agua fría en la cara y me miro al espejo. Tengo los ojos inyectados en sangre, el pelo de punta en todas direcciones. El tipo del espejo parece que acaba de quemar una carrera multimillonaria por un error empapado en tequila.

Mierda. ¿Acaso mi padre se despertaba así todos los días? ¿Vivió toda su miserable vida así?

Cuando vuelvo al dormitorio, cojo la Polaroid de la mesita de noche. Mi pulgar roza la cara de Cassie, su sonrisa amplia y desinhibida. Algo brilla en mi mente…

Cassie sentada en el lavabo de esa diminuta capilla, con las piernas enroscadas en mi cintura. El vestido negro subido hasta las caderas, dejando ver unas bragas de encaje debajo.

—No deberíamos —susurré contra su cuello, pero mis manos ya se deslizaban por sus muslos.

—Claro que deberíamos —respiró ella, mordisqueándome el labio inferior.

Sus dedos manipularon mi cinturón, luego mi cremallera. Gemí cuando me rodeó con la mano, acariciándome con firmeza.

—Te deseo —susurró, con sus ojos azul hielo clavados en los míos —. Ahora mismo.

Unos fuertes golpes hicieron temblar la puerta. —¿Estáis decentes, chicos? ¡Elvis está listo!

El recuerdo se disuelve, dejándome empalmado y desorientado en medio de la habitación del hotel.

He trabajado toda mi vida para lo que se avecina. Cada entrenamiento a las cinco de la mañana. Cada moratón. Cada noche que preparé la cena mientras papá se quedaba dormido en el sofá. Cada ojeador que impresioné. Cada promesa que me hice a mí mismo cuando dejé atrás ese apartamento de mierda.

Todo ello —cada sacrificio, cada sueño— podría saltar por los aires porque no he podido mantenerla en los pantalones una semana más.

Esto no es solo un rollo. Esto es un puto desastre.

La prensa devoraría esta historia: *La principal promesa de la NHL se casa con una desconocida en Las Vegas días antes del «draft»*.

Los equipos no quieren jugadores con problemas de autocontrol. No quieren responsabilidades. Quieren profesionales.

Se me cae el alma a los pies al mirar a Cassie dormida. Es guapa, sí. Pero también es una desconocida. Una desconocida a la que ahora estoy legalmente unido.

Miro a Cassie, intentando decidir cómo despertarla. La guapa desconocida con la que me casé. En Las Vegas. Justo antes del *draft* de la NHL que cambiará mi vida.

Se remueve, gimiendo mientras la consciencia la encuentra. Un ojo se entreabre y luego se cierra de golpe contra la luz de la mañana.

—¿Por qué me sabe la boca a arrepentimiento y a glaseado de tarta? —murmura contra la almohada.

—Bueno, es una historia curiosa —empiezo, carraspeando—. Anoche fue…

Se sienta, agarrando la sábana contra su pecho, parpadeando rápidamente. Su pelo platino está alborotado, el rímel corrido bajo esos ojos azul hielo. Incluso con resaca, es preciosa.

—Por favor, dime que acabamos de tener sexo salvaje y que ya me puedo ir —susurra.

Levanto el certificado de matrimonio. —No exactamente.

Sus ojos se abren como platos, saltando de mi cara al papel. —No. No, no, no.

—Sí.

—Oh, Dios mío, estoy casada. —Coge el certificado, mirando nuestros nombres—. Oh, Dios mío, me he acostado con un desconocido.

—Sobre eso…

Levanta la cabeza de golpe. —Oh, Dios mío, me he casado con un *desconocido con el que me he acostado* que podría ser stripper. O actor. O ambas cosas.

—No soy stripper —aclaro, pasándome una mano por el pelo—. Y no creo que de hecho…

—Esto podría *arruinar* mi carrera. —Se presiona las palmas de las manos contra las sienes—. Mi *padre* se va a morir, literalmente.

Intento parecer tranquilo a pesar de mi pánico interno. —Mira, lo anularemos. No es para tanto.

—¿Que no es para tanto? —Se ríe histéricamente—. Tenemos que deshacer esto antes de que el mundo se entere y mi padre empiece a tirar discos a la gente.

Eso me hace detenerme. —¿Discos?

—No preguntes —murmura, buscando su ropa por el suelo.

—Sí… bueno… tampoco es ideal para mí —digo, viéndola rebuscar.

Su ataque de pánico es de otro nivel, y lo achacaría a la resaca… si no fuera por esa palabra. *Discos*. No es una elección habitual. A no ser que seas alguien que sepa de hockey.

O peor… que lo viva.

¿Y su padre? Dijo que se moriría.

¿Quién coño es su padre?

Saca su vestido de debajo de la cama. —¿Siquiera… ya sabes?

Enarco una ceja, parte de mi confianza regresa a pesar del desastre que nos rodea. —No lo creo. Si nos hubiésemos acostado, eso es algo que sin duda recordarías.

—Vaya. Menudo ego tienes. —Pone los ojos en blanco, pero no puede ocultar una ligera sonrisita—. La verdad es que no estaba pensando con claridad, ¿verdad?

—Solo digo que…

—Deja de hablar. —Lucha por ponerse el vestido—. Necesito procesar esto sin tu… —hace un gesto vago hacia mi pecho desnudo —… todo.

—Yo me encargo —digo, intentando sonar más seguro de lo que me siento—. De la anulación.

—Más te vale. —Encuentra un tacón, luego el otro—. Ya tengo suficientes problemas como para ser la señora… espera, ¿cuál es tu apellido?

—Holt —respondo automáticamente—. Jackson Holt.

Parpadea. —*Holt…*

Algo parpadea en su expresión. Como si el nombre le hiciera cosquillas en la parte posterior del cerebro, pero luego se encoge de hombros y coge los tacones.

—Bueno, señor Holt, esto ha sido… memorable. —Sigue recogiendo sus cosas—. Enhorabuena por su nueva esposa. Espero que valga la pena el papeleo de la anulación.

Sale corriendo en un borrón de purpurina e indignación, murmurando algo sobre ser una chica estúpida y necesitar recomponer su vida.

Y yo me quedo sentado, mirando la polaroid en mi mano, preguntándome quién demonios es ella… y si alguna vez la volveré a ver.

Capítulo cinco

Cassie

Doy un portazo al cerrar la puerta de mi apartamento de alquiler, me quito los tacones de una patada y me deslizo por la pared hasta sentarme en el suelo. Me martillea la cabeza como si alguien estuviera usando mi cerebro para practicar el bateo.

—Qué. He. Hecho.

La habitación se enfoca poco a poco. Paredes de un beis deprimente, un triste sucedáneo de cocina americana y mi maleta a medio deshacer vomitando ropa por todo el suelo.

Hogar, dulce hogar temporal.

Me arrastro hasta el baño y ahogo un grito al ver mi reflejo. Tengo surcos de rímel por las mejillas. Hay purpurina… por todas partes.

¿Y eso es... glaseado de tarta en mi pelo?

—Señora de Jackson Holt —susurro, probando el nombre. Suena ridículo, pero, incluso ahora, siento que debería conocer ese nombre.

Cojo una toallita y empiezo a frotarme la piel para quitarme la purpurina como si fuera una prueba de la escena de un crimen. Por supuesto, lo único que consigo es esparcirla. Ahora tengo una clavícula reluciente y una rodilla brillante.

Dejo caer la toallita en el lavabo y apoyo las manos en el mostrador.

¿Me acosté con él?

Todavía no lo sé. Solo sé la forma en que me miró… como si yo fuera algo que merecía la pena perseguir. Algo salvaje y brillante y temporalmente *suyo*.

Dios, he dejado que un hombre con abdominales de estrella de cine me ponga un anillo en el dedo.

Cassie Holt.

¿Qué coño me pasa?

Después de una ducha abrasadora que no hace nada por limpiar mi vergüenza, me envuelvo en una toalla y abro mi portátil. Quizá alguna buena noticia me distraiga de la alianza de oro barata que he metido en mi neceser.

Un correo nuevo.

Estimada Srta. Hawthorne: Gracias por su interés en el puesto de coordinadora sénior de eventos...

No necesito leer más. El «lamentablemente» está implícito.

—Empezando el día con un nuevo rechazo —anuncio a la habitación vacía—. Fantástico.

Me dejo caer en la cama, manchando la funda de la almohada con el maquillaje de ayer. Mi portátil se desliza de mis piernas y cae sobre la mesa de centro con un golpe sordo.

—Soy competente. Tengo *experiencia*. Tengo una foto en LinkedIn en la que ni siquiera estoy borracha. —Me froto un resto de purpurina que *todavía* tengo en el muslo—. Y ahora tengo marido. Perfecto.

Me rugen las tripas. Cojo el plato que hay en la mesita de noche y picoteo unas patatas fritas frías mientras los recuerdos de anoche me asaltan la mente.

Sus manos en mi cintura.

Su boca en mi cuello.

El baño de la capilla, sus dedos deslizándose por mi muslo...

—Para ya —murmullo, dejando caer una patata—. Jackson Holt es una complicación que no necesitas.

Aún no lo he buscado en Google. No *puedo*.

Si lo busco en Google y descubro que es un modelo de ropa interior o, Dios no lo quiera, un tiktoker profesional, puede que no me recupere jamás.

Es mejor hacer como que nunca ha pasado. Centrarme en mi regreso. Encontrar un trabajo. Cualquier trabajo.

Mi móvil vibra desde algún lugar de mi bolso. Lo saco, haciendo una mueca al ver el nombre y la foto de Mia en la pantalla.

Respiro hondo y contesto. Es hora de enfrentarme a la vergüenza.

—Lo sabía. Tienes cara de reventada. —El rostro de Mia llena la pantalla de mi móvil, su piel cubierta por una mascarilla de arcilla verde que se agrieta cuando sonríe—. Una reventada con purpurina.

Me acurruco bajo la manta, con el móvil apoyado en una almohada. —Gracias. Yo también te quiero.

—Así que... —Mia sorbe de una taza enorme, moviendo las cejas —. Cuéntame sobre el señor Alto, Moreno y Demasiado-Bueno-Para-Ser-Hetero.

La miro con los ojos entrecerrados. —¿Quién?

—No me vengas con «quién». El tío de anoche. El de los abdominales, la mandíbula y los brazos. Ya sabes… La *tentación con patas*.

Intento hacerme la indiferente. —Fue solo un ligero flirteo. Unos bailes en la discoteca. Nada más.

—Tía, nos mandaste FOTOS. —Toca la pantalla y envía una serie de instantáneas borrosas que le mandé anoche—. Las enviaste al chat del grupo. Junto con GIF, Cassie. *GIF.*

Se me encoge el estómago mientras paso las fotos. He enviado selfis míos en la discoteca, bailando con Jackson. Otro de nosotros besándonos fuera de la capilla. Uno con Elvis.

Ay, Dios mío.

—Ah. —Mi voz suena diminuta—. Pues... puede que me haya casado.

Mia emite un sonido como el de un ganso al que estuvieran estrangulando, y luego se desploma de lado en su sofá en un ataque de risa. La pantalla rebota mientras se ahoga contra un cojín.

—No tiene gracia —gruño, cubriéndome por completo la cabeza con la manta.

—Tienes razón. —Su voz llega amortiguada por el cojín. Levanta la cara, con lágrimas corriéndole por las mejillas, creando riachuelos en su mascarilla agrietada—. Es para *partirse*.

—Hay un certificado. Que, por cierto, también tiene purpurina.

—Joder. —Sigue ahogándose de risa—. ¿Es raro que esté más impresionada que preocupada?

—Me he casado con un hombre al que ni siquiera conozco. —Mi voz se eleva, quebrándose—. No lo he buscado en Google, Mia. ¿Y si es un mago? ¿O un flipado de los bitcoins? Ay, Dios mío… ¿y si es *terraplanista*?

—Tía, si ese hombre es terraplanista, yo misma me como un globo terráqueo.

—Mierda… Dejé que me tocara los muslos. —Me llevo una mano a la frente.

Mia se seca los ojos, manchándose el pómulo de arcilla verde. —Dios, me encanta Las Vegas.

Yo también me río. O lloro. O ambas cosas. Es difícil saberlo con el latigazo emocional que estoy sufriendo ahora mismo.

Mia se limpia la nariz con la manga de la sudadera. —Vale, vale. Respira. Arreglarás esto. Siempre lo haces. Eres como una cucaracha cubierta de purpurina. Totalmente indestructible.

—Gracias —digo secamente.

—Lo digo con cariño.

Se me escapa una risita, luego otra, hasta que me río entre lágrimas.

—¿Qué voy a hacer, Mía? Me he casado con un desconocido. Un despampanante desconocido de ojos azules que probablemente piensa que estoy loca.

—Bueno, un poco loca sí estás. Pero en el buen sentido. —La mascarilla de Mía se está agrietando por todas partes, y le caen trozos a la camiseta—. Escucha, tengo que ir a quitarme esto antes de que se me pegue permanentemente a la cara, pero no hemos terminado esta conversación.

—Vale. Ve a arreglarte la cara y llámame.

La despido con la mano, todavía atrapada entre la risa y el llanto.

—¡Te quiero, señora de Marido Misterioso!

—Te odio.

Cuelgo y me dejo caer de nuevo sobre las almohadas con un suspiro que es mitad alivio, mitad agotamiento. Por un segundo, me

siento más ligera por haberme reído.

Entonces mi móvil vuelve a vibrar. Miro hacia abajo y me quedo helada.

Papá.

La cara seria de Michael Hawthorne, alias «Big Mike», llena mi pantalla, llamando por octava vez esta semana.

Miro fijamente el móvil, el nombre de mi padre parpadeando en la pantalla como una señal de advertencia. Ocho llamadas perdidas en siete días. Nunca llama tanto a menos que algo vaya mal. O cuando quiere algo.

Miro a mi alrededor en el apartamento de alquiler como si lo viera por primera vez. Una lámpara parpadea como si estuviera embrujada. Hay un montón de ropa sucia que he estado usando como mesita auxiliar. Una nota adhesiva en la nevera dice «TÚ PUEDES», escrita durante un ataque de optimismo excesivo con vino que apenas recuerdo.

Sí. Definitivamente, yo no *puedo con esto.*

Dejo que suene dos veces más, y luego contesto con un suspiro. —Hola, papá.

—Nena. —Su voz es áspera, todo negocios—. ¿Estás viva?

—A duras penas. —Me froto las sienes, agradecida de que no pueda ver mi estado de desastre a través de una llamada de voz—. ¿Qué pasa?

—Cassie… —La voz de mi padre es grava y órdenes. Algunas cosas nunca cambian—. Necesito un favor.

—No —digo al instante—. Sea lo que sea, paso.

—Ni siquiera te he dicho lo que es todavía.

—Has dicho «favor». Te conozco, papá. Con eso me basta.

Me levanto de la cama y camino de un lado a otro del salón como si el suelo fuera de lava, con el móvil pegado a la oreja y el corazón latiéndome con fuerza, como si estuviera a punto de desactivar una bomba en lugar de hablar con mi padre.

Tengo una mancha de café seco en la camiseta del colapso de esta mañana, y una bolsa a medio comer de M&Ms de cacahuete en la encimera.

—Es solo un trabajo rápido de presentadora —dice papá, cambiando a su tono de negocios. Su modo *Iron Ridge Icehawks*—. Es un gran evento, nena. Este fin de semana en el Strip de Las Vegas.

Cierro los ojos. Ahí viene. La razón de todas esas llamadas.

Por supuesto que no es por preocupación, o porque mi padre de verdad quiera hablar conmigo para ver cómo estoy. Es una oportunidad de negocio. Con él, siempre es una oportunidad de negocio.

—Papá, no voy a...

—Pagan bien. Muy bien.

—Me da igual que sea dinero del Monopoly. No voy a hacer un evento de hockey. —Paseo por el salón, pasando por encima de un tacón tirado—. Dejé ese mundo por una razón.

—¡Es el Draft de la NHL, Cassie! —Lo dice como si estuviera anunciando la segunda venida de Cristo—. La empresa presentadora se ha echado atrás. Esto es una visibilidad increíble para ti. Nombres importantes. Gran cobertura de las cadenas. ¡Mucho dinero, cariño! ¡MUCHO DINERO!

Hago una pausa, mis dedos se aferran al teléfono.

El Draft de la NHL. En Las Vegas. Este fin de semana.

Antes vivía para ello. Cuando mi mayor problema era si mi padre me dejaría llevar tacones a la fiesta de después. La semana del Draft solía significar limusinas, suites de lujo y ver a chicos adolescentes llorar mientras se les entregaban futuros de millones de dólares.

¿Ahora?

Es el circo exacto del que hui. Porque cuanto más te adentras en ese mundo, más ves el lado feo. La presión. Las expectativas. La forma en que a nadie le importa quién eres a menos que lleves un palo de hockey o te quedes atrás sin levantar olas.

Yo levanté olas.

Por eso me echaron de la balsa.

Me froto la cara con una mano, rechinando los dientes.

No *quiero* esto. Quiero una vida normal. Un trabajo normal. Quizá incluso una cita normal que no termine con Elvis y un anillo de bodas. Quiero retroceder en el tiempo, zarandearme y gritarme: *«no*

dejes que el tío bueno con la mandíbula marcada te haga un dedo en el baño de una capilla».

Pero no puedo volver atrás.

He hecho estallar mi propia vida. Otra vez.

Y ahora mi padre me ofrece un salvavidas envuelto en cinta de hockey y billetes de dólar parpadeantes que necesito desesperadamente ahora mismo.

Mi portátil sigue abierto desde donde se deslizó de la cama antes, el ángulo de la pantalla muestra una búsqueda en Google pausada de «anulaciones baratas en Las Vegas».

—¿Estás intentando que vuelva arrastrándome a la pista de hielo? —le pregunto finalmente, con voz cortante y claramente a la defensiva.

—No. —Su tono se suaviza—. Solo tienes que entrar, sonreír y leer el guion. Como una persona normal. Luego puedes volver a desaparecer… A menos que...

—No —lo interrumpo—. No voy a meterme en el hockey.

Pero, incluso mientras lo digo, mi mente repasa las posibilidades. Presentar el Draft pondría mi cara delante de todos los principales ejecutivos deportivos del país. El tipo de visibilidad que podría resucitar mi carrera de la tumba que he estado cavando para ella desde que me mudé de Iron Ridge a Las Vegas.

Y, de verdad, ¿cuáles son mis opciones? ¿Otra semana de correos de rechazo? ¿Más martinis carísimos junto a la piscina mientras mis ahorros menguan?

Pienso en Jax por una fracción de segundo. Sus manos. Su boca. La forma en que me miró como si yo fuera algo precioso incluso cuando lo estaba arrastrando a una capilla.

Lo que no daría por volver a sentir eso, quizá esta vez sobria.

Pero eso se acabó. Fin. Un error que debe ser anulado y olvidado.

—¿Cassie? —La voz de mi padre me saca de mis pensamientos—. ¿Sigues ahí?

Me aprieto el puente de la nariz, con la cabeza palpitando. Quizá de verdad sea así de simple. Una noche. Un trabajo. Una última oportunidad para demostrar que no soy un desastre total.

Cierro los ojos y exhalo.

Puedo hacer el evento. Leer el guion. Aprovechar mi única oportunidad para demostrarle al mundo, y a mí misma, que *puedo* con esto.

Que todavía soy buena en algo.

Esto no va sobre Jax… Jackson… Como coño se llame.

Esto va sobre mí.

—Vale —mascullo con pesar—. Lo haré.

—¡*Sí*! Esa es mi chica.

—Solo por esta vez —añado rápidamente—. Y quiero el contrato hoy. Antes de que cambie de opinión.

Cuelgo y lanzo el móvil al sofá como si me hubiera quemado.

Sí. Esta es la forma de hacerlo. Esta es la forma de olvidar la noche que nunca debería haber ocurrido.

Capítulo Seis

Jackson

Me subo las gafas de sol por la nariz y hago una mueca cuando Keller golpea la mesa con su taza de café.

—¿Así que me estás diciendo —dice, inclinándose hacia delante con una sonrisita de cabrón— que te casaste con una rubia cañón en Las Vegas y ni siquiera te acuerdas de si consumasteis el acto o no?

Pincho los huevos revueltos con el tenedor; se me revuelve el estómago solo de ver la comida.

El bufé del hotel se extiende a nuestro alrededor como un monumento al exceso. Hay beicon apilado en auténticas pirámides, un chef que prepara tortillas del tamaño de mi cara y mimosas ilimitadas que Donovan lleva liquidando desde que nos sentamos.

—Déjalo ya —mascullo.

—Ni de coña. —Donovan alarga el brazo por encima de la mesa y me roba una loncha de beicon del plato—. Te ha *esposado* una desconocida. Esto es lo mejor que ha pasado en la vida.

Mis amigos se limitan a sentarse y a reírse de mi desgracia mientras Donovan golpea su vaso con la cucharilla.

—Señoras y señores, nos hemos reunido hoy aquí para llorar la soltería de un tal Jackson «Primera Elección del Draft» Holt. Que su libertad descanse en paz, junto a la capilla donde perdió la dignidad.

—Cállate —mascullo, clavando el tenedor en los huevos y arrepintiéndome al instante. Demasiado blandos. Demasiado amarillos.

Me repantigo en la silla. El certificado de matrimonio me quema en el bolsillo de la chaqueta, doblado y escondido como la prueba de un delito. Cosa que, a ojos de mi agente, probablemente sea.

—De todos modos, no era una desconocida —protesto débilmente —. Hablamos durante horas.

—¿De qué? —pregunta Keller, metiéndose en la boca una cucharada de *hashbrowns*.

Abro la boca para responder y la vuelvo a cerrar.

¿De qué hablamos? Los detalles son confusos, enterrados bajo chupitos de tequila y el recuerdo de su boca sobre la mía. Recuerdo su risa, la forma en que me miraba como si yo fuera un tío cualquiera, no Jackson Holt, futura estrella de la NHL.

—De cosas importantes —digo por fin.

A Donovan se le escapa zumo de naranja por la nariz al resoplar. —¿Cómo qué? ¿El tamaño de su copa?

—Que te jodan. —Le tiro una servilleta de papel hecha una bola a la cabeza.

El móvil me vibra por quinta vez esta mañana. Es Madison otra vez, así que no lo abro. Ya sé lo que dirá el mensaje. Algo sobre reuniones con Nike, un apretón de manos para un patrocinio o contratos con los medios que aún no he revisado.

Está peinando el Strip como un sabueso de las relaciones públicas, preparando el tablero de ajedrez antes de que los equipos puedan empezar a pujar por mí en el Draft.

Debería estar contento de tener a una de las mejores agentes de la liga cuidando de mí. Pronto, todos los directores generales de la liga podrán presentar su candidatura por Jackson Holt. El chico de ninguna parte. El extremo más rápido de la liga. El que *debería* estar centrado. Concentrado. Con cara de partido.

No mirando a escondidas el certificado que le quema un agujero en el bolsillo del abrigo ni preguntándose si Cassie recuerda lo que le susurró al cuello antes de que se dieran el *sí, quiero.*

Keller se inclina y baja la voz. —¿Vas a anularlo..., verdad?

—Sí —digo automáticamente.

Mentiroso.

—¿Y sabes cómo se llama? —pregunta Keller, rellenando su taza de café—. ¿Su nombre *de verdad*?

—Cassie —digo, y el nombre me resulta extrañamente íntimo en la lengua—. Cassie Hawthorne.

Donovan se bebe el zumo de un trago. —¿Y si te mola? O sea, ¿si te mola *de verdad*?

Me atraganto con el *hashbrown*. —¿Qué?

—Cosas más raras se han visto —se encoge de hombros, robándome una loncha de beicon del plato—. Amor a primer *lap dance*.

—No me hizo un *lap dance*.

Keller levanta su vaso. —¡Por los *lap dances* que se convierten en compromisos para toda la vida!

Lo ignoro. *Joder*. Necesito un descanso. Un poco de aire.

Un poco de espacio para pensar sin sus voces en mis oídos y el recuerdo de la risa de Cassie resonando en mi cerebro resacoso.

Salgo sigilosamente del restaurante, todavía con las gafas de sol puestas. Me palpita la cabeza; el café que acabo de tomar no me ha hecho una mierda. Cada paso que doy por los sinuosos pasillos del hotel hacia el casino me parece pesado.

Quizá unas cuantas manos de blackjack me despejen la mente.

El certificado de matrimonio pesa en mi bolsillo. Lo saco y lo desdoblo lo justo para ver nuestros nombres juntos de nuevo. *Jackson Holt y Cassie Hawthorne*.

Estoy volviendo a guardarlo cuando una voz grave me detiene en seco.

—Tú eres Jackson Holt, ¿verdad?

Levanto la vista y me encuentro a Blake Maddox —*el* Blake Maddox, capitán de los Iron Ridge Icehawks— de pie frente a mí, como si se hubiera materializado a partir del cromo holográfico de hockey que tenía de él cuando era niño.

Viste unos pantalones de chándal negros y una sudadera del equipo de los Icehawks, sorbe café solo de un vaso de papel y parece completamente tranquilo.

—Joder —suelto antes de poder contenerme—. Quiero decir..., sí, señor. Soy yo.

La risa de Blake es cálida y genuina. —Deja lo de «señor». Me hace sentir un viejo. —Me tiende la mano—. Blake Maddox. Capitán de los Icehawks.

—Lo sé. —Le estrecho la mano, esperando que no me esté sudando en este momento—. Llevo viendo cómo juegas desde que tenía diez años.

—Gracias, tío. Y por lo que he oído, puede que pronto lleves nuestra camiseta. —Señala una pequeña zona de asientos apartada del pasillo principal—. Por cierto, ¿tienes un minuto?

El corazón me martillea en las costillas.

Blake Maddox quiere hablar conmigo. Blake Maddox sabe quién soy.

Nos sentamos, y él se echa hacia atrás, completamente relajado. —El Draft tiene a toda la liga alborotada. Sobre todo, tu nombre.

—Eso es lo que me dicen. —Intento imitar su tono informal y fracaso estrepitosamente.

—Los vídeos de YouTube no mienten. Tu juego de pies es de otro nivel. —Toma un sorbo de café—. Pero supongo que eso ya te lo han dicho todos los ojeadores de Norteamérica.

—Sigue siendo surrealista viniendo de ti.

Blake me estudia un momento. —¿Cómo llevas la presión? Ser el chico de oro no siempre es fácil.

—Estoy... —Empiezo a dar la respuesta estándar para los medios que Madison me ha enseñado a dar, y entonces me detengo—. Sinceramente, es jodidamente aterrador.

Esto me vale otra risa suya. —Buena respuesta. Sincera. Los chicos lo agradecerán.

—¿Los chicos?

—El equipo, en casa. —Blake se inclina ligeramente—. Escucha, el Draft es todo política y paripé. Pero ¿dentro del vestuario? Eso es real. Los chicos quieren conocer al próximo chico de póster de la liga. —Baja la voz—. Michael Hawthorne no se calla con el tema.

Se me cae el alma a los pies. —¿Michael... *Hawthorne*?

—Sí, nuestro director ejecutivo. El hombre está convencido de que eres la pieza que falta en nuestra vitrina de trofeos. —Blake toma otro sorbo de café—. Entre nosotros, creo que tiene razón. Puede que tardes un par de años en ponerte al día, pero lo conseguirás.

A pesar de los enormes cumplidos de uno de mis jugadores favoritos de todos los tiempos..., de repente, no puedo respirar.

Michael Hawthorne. *Hawthorne*. Cassie Hawthorne.

Me asalta un fogonazo de memoria. La imagen de Cassie presa del pánico en la habitación del hotel esta mañana: *«Mi padre literalmente le tirará discos de hockey a la gente»*.

—¿Estás bien? —pregunta Blake—. Pareces que has visto un fantasma.

—Bien —consigo decir—. Solo... procesándolo todo.

—Bueno, si te apetece, pásate por la suite de nuestro equipo mañana por la noche. Algo informal. Sin medios, sin gilipolleces. Solo tíos de hockey diciendo mierdas.

—Eso es... eso sería increíble —digo automáticamente, con el cerebro todavía en cortocircuito.

Hawthorne...

Blake se levanta y me da una palmada en el hombro. —Encantado de conocerte, Holt. Tengo ganas de ver lo que aportas.

—Igualmente. Gracias. —Las palabras salen robóticamente mientras mi mente va a toda velocidad.

Se aleja y yo me quedo sentado, congelado en el sitio.

Cassie Hawthorne. Michael Hawthorne. Iron Ridge Icehawks.

Joder, joder, joder.

Me he casado con la hija del director ejecutivo. Del equipo que está a punto de ficharme.

Pero qué. Puta. *Mierda.*

La revelación me golpea como un placaje en las costillas. A eso se refería con que su padre tiraba discos de hockey. Por eso «Hawthorne» me sonaba familiar.

No era un rollo cualquiera de Las Vegas, era Cassie Hawthorne.

Saco el certificado de matrimonio de nuevo, mirando su nombre como si fuera a cambiar si lo miro fijamente.

Esto no es solo un lío. Esto podría acabar con mi carrera antes incluso de que empiece.

Me pongo de pie, con las piernas temblorosas.

Voy directo a la mesa de blackjack. Necesito una distracción, algo que detenga la espiral de pánico que amenaza con abrumarme.

El suelo del casino bulle con un ruido blanco mientras me dejo caer en el asiento vacío de la mesa de blackjack. El terciopelo rojo se extiende bajo las yemas de mis dedos, mis manos siguen temblando por la conmoción.

Pongo mis fichas en el círculo de apuestas, con movimientos casi robóticos en este momento.

La crupier asiente; una mujer de mediana edad con ojos cansados y manos rápidas. Estamos solos en la mesa. Solo yo, ella y los pensamientos que gritan en mi cabeza.

—Buena suerte, señor —dice, repartiéndome dos cartas boca abajo.

Cassie Hawthorne. La hija del director ejecutivo.

Cierro los ojos y su rostro se materializa. Esos ojos azul hielo que me calaron. La forma en que su pelo sedoso caía sobre sus hombros desnudos en la discoteca. Cómo echaba la cabeza hacia atrás cuando se reía, como si le sorprendiera su propia alegría.

El recuerdo de sus labios contra los míos fuera de la capilla me produce una descarga eléctrica por la columna.

—¿Señor? Sus cartas.

Miro los dorsos de las cartas, sin tocarlas todavía.

Esto es una estupidez. Debería llamar al amigo abogado de Madison ahora mismo. Conseguir que este lío se anule antes de que Michael Hawthorne descubra que me casé borracho con su hija días antes de que él me diera el mundo en bandeja de puta plata.

Pero entonces recuerdo cómo me miró Cassie. No como si yo fuera Jackson Holt, el chico de oro del hockey, sino simplemente... *Jax*. Un tío al que quería conocer.

—Joder —mascullo en voz baja.

—¿Todo bien? —pregunta la crupier.

—Sí, perdona. Solo... estaba pensando.

Mis dedos se ciernen sobre las cartas. Me he pasado toda la vida trabajando para este momento. El Draft, el contrato, la oportunidad de escapar de mi pasado y construir una nueva vida.

Y ahora, un escándalo podría hundirlo todo.

Pero algo en Cassie parecía real. Incluso borracho, incluso atontado por el tequila y las malas decisiones, hubo algo entre nosotros que nunca había sentido antes.

Demonios, me convenció para que me casara con ella, por el amor de Dios.

Respiro hondo. Esto es una locura. ¿Realmente estoy considerando... qué? ¿Ir detrás de una mujer con la que me casé por accidente? ¿Una mujer que es la hija del hombre más poderoso de la organización que está a punto de ser dueña de mi vida?

El corazón me late con fuerza contra las costillas mientras hago un trato conmigo mismo.

Aquí y ahora, dejaré que el destino decida.

Si consigo blackjack —veintiuno exacto—, no llamo al abogado. Encuentro a Cassie. Le digo quién soy. Veo si lo que saltó entre nosotros fue real o solo «magia» de Las Vegas.

Cualquier otra cosa, cualquier otro número, me voy. Consigo la anulación como ella pidió y finjo que esto nunca ha sucedido.

—Allá vamos —susurro, volteando la primera carta.

Jota de picas. Diez puntos.

Mi pulso se acelera. Volteo la segunda carta.

As de corazones. Once puntos.

Blackjack.

El símbolo del corazón rojo en el centro parece latir al ritmo de mi propio corazón.

—¡Blackjack! —anuncia la crupier, aunque somos los únicos en la mesa—. Enhorabuena, señor.

Se me escapa el aire de los pulmones. Me quedo mirando las cartas, la jota y el as formando un veintiuno perfecto. Mis dedos trazan el borde del as de corazones. De todas las cartas de la baraja, esta me ha encontrado a mí.

Levanto la vista hacia la crupier, que espera pacientemente mi siguiente movimiento. Pero ya sé lo que voy a hacer.

—Me retiro —digo, recogiendo mis fichas.

Mi decisión está tomada. No por mi cerebro, que sigue gritando sobre carreras y contratos y las putas y amargas consecuencias de lo que estoy a punto de hacer.

Sino por mi corazón, que no ha dejado de pensar en Cassie Hawthorne desde el momento en que me cogió la mano en aquella piscina.

Blackjack. Veintiuno. El universo ha hablado.

Voy a por mi mujer.

Capítulo Siete

Cassie

Las mechas de papel de plata que llevo en el pelo reflejan la luz mientras cotilleo el móvil, borrando una a una las fotos de la boda.

Pulsar, borrar, confirmar. Pulsar, borrar, confirmar.

Un borrado metódico de la noche más caótica de mi vida.

—¿Más café, señorita Hawthorne? —La ayudante del salón aparece con un café con leche helado recién hecho. La condensación perla el vaso.

—Dios, sí. Gracias —digo, y doy un largo sorbo. El frío de la cafeína es un revulsivo para mi sistema.

Después de la resaca mortal de ayer, el Luxe Salon & Spa es justo lo que necesito ahora mismo. El templo perfecto del control y la transformación. Encimeras de resplandeciente mármol blanco, lámparas de araña de cristal y el reconfortante zumbido de los secadores poniendo orden en el caos.

Es justo lo contrario a la situación actual de mi vida.

Me detengo en una foto de Jackson y yo a la salida de la capilla. Me rodea la cintura con el brazo y mi pintalabios está corrido por su mandíbula. Sus ojos del color del cristal marino se arrugan en las comisuras y los hoyuelos se le marcan profundamente en las mejillas.

Parece… feliz. Los dos lo parecemos.

Mi pulgar se detiene sobre el botón de borrar más tiempo del que debería.

—Vamos a dejar que actúe otros quince minutos —dice mi estilista, Alicia, mientras me ajusta una lámina de papel de plata cerca de la sien—. Va a quedar absolutamente despampanante. ¿Piensa ir a algún sitio especial esta noche?

—Tengo un evento de trabajo este fin de semana —respondo, cerrando rápidamente la aplicación de fotos—. Simplemente, algo para lo que necesito un aspecto profesional.

Profesional. No como alguien que se casa con desconocidos en capillas de Las Vegas y que luego acepta trabajar para su padre, del que está distanciada, por pura desesperación económica.

Abro el correo y busco el borrador del informe del evento, obligándome a centrarme en las palabras en lugar de en el vago recuerdo de las manos de Jackson sobre mi cuerpo.

El evento es dentro de unos días. Apenas tengo tiempo para pasar de ser un desastre desesperado a una coordinadora de eventos impecable. Para olvidar que… técnicamente… sigo casada.

Repaso los detalles del evento, intentando asimilar la información. La liga quiere una recepción VIP. Un *photocall* llamativo. Presentaciones de los jugadores. Un encuentro con las principales promesas.

Las palabras «principales promesas» hacen que se me encoja el estómago. Hace años que no veo hockey, ya no tengo ni idea de quiénes son los jugadores.

Y así es exactamente como yo quería que fuera.

El móvil vibra con otro correo de Dana, la mujer de la NHL con la que tengo que reunirme justo después de la peluquería: *Adjunto la lista confirmada de las promesas del* draft*. Familiarícese con ella, algunos de los nombres islandeses son difíciles. Nos vemos pronto.*

Abro el archivo adjunto, pero lo vuelvo a cerrar de inmediato. No. Me niego a buscar en Google a ninguno de estos jugadores de hockey. Puede que haya aceptado el evento, pero no voy a cambiar todo lo que he defendido estos últimos años.

—El pelo le va a quedar precioso —dice Alicia, comprobando otra mecha—. Parecerá una diosa como anfitriona.

La fuerzo a sonreír.

—Perfecto.

El móvil vuelve a vibrar, esta vez con un mensaje de mi padre:

Te necesito en el pabellón mañana por la mañana. 9:00. Reúnete con las promesas del draft*. Trae el cronograma del evento.*

Cierro los ojos y respiro hondo.

La Cassie que se casó con un desconocido en una capilla se ha ido. Aquello fue una locura temporal provocada por la desesperación profesional y demasiado tequila.

La nueva Cassie —la que está saliendo de este sillón de peluquería — está centrada, es profesional y no piensa en absoluto en Jackson Holt.

Él va a conseguir la anulación. Yo voy a reconducir mi carrera. Fin de la historia.

La estilista me quita la capa con un gesto teatral. Me veo en el espejo. Pelo nuevo, cara fresca y un brillo en los ojos que no había visto en meses.

Sí… Parezco alguien que tiene su vida bajo control.

Ahora solo tengo que convencer al resto de Las Vegas de que es verdad.

Paso la tarjeta por el mostrador, dejo una propina desorbitada y sonrío al salir al calor seco de Las Vegas.

Y entonces lo veo.

Un póster enorme, brillante y recién colocado en una valla publicitaria fuera del hotel. *FIN DE SEMANA DEL DRAFT DE LA NHL: Producido por la hija de Big Mike.*

—No puede ser —gruño para mis adentros.

No *Cassie Hawthorne*. No *Productora Independiente de Eventos Extraordinaria*. Solo *la hija de Big Mike*, como si fuera una princesita malcriada del hockey con una carpeta con pinza.

El calor me inunda las mejillas. Maldigo en voz baja y vuelvo a meter el móvil en el bolso. Respiro hondo para tranquilizarme, me recuerdo que esto es temporal y me obligo a caminar hacia el salón de eventos.

Pronto, las puertas se abren a un mundo que abandoné deliberadamente. Los trabajadores pululan como hormigas, transformando el espacio en el paraíso del hockey… o en mi infierno personal.

Una colosal escultura de hielo de un disco de hockey reluce bajo unos focos provisionales. Los logotipos de la NHL se extienden por todas las superficies disponibles. Los *photocalls* con los logotipos de los patrocinadores cubren una pared, listos para el circo mediático de este fin de semana.

—¿Cassie Hawthorne? —se acerca una mujer con una melena bob impecable y una tableta—. Soy Dana Prescott, de Eventos de la NHL.

Su apretón de manos es firme, práctico. Se lo devuelvo igual.

—Su padre mencionó que usted se haría cargo. —Dana da un golpecito a su tableta—. Sinceramente, estamos encantados. Cuando la otra empresa se echó atrás en el último momento, nos volvimos locos. Pero surgió su nombre y Big Mike prácticamente teletransportó su expediente a mi bandeja de entrada.

Asiento, manteniendo una expresión neutra a pesar de la mención a mi padre.

—Entiendo que el plazo es ajustado.

—Eso es quedarse corta. —Dana hace un gesto hacia el salón de baile—. Necesitamos a alguien que conozca la cultura del hockey. La imagen, la dinámica, lo que esperan los jugadores.

Pasamos junto a un equipo que instala paneles LED que mostrarán los vídeos de los mejores momentos de las promesas. El olor familiar me golpea. Esa mezcla única de adhesivo de moqueta temporal, pintura fresca y el leve tufillo a testosterona que parece impregnar todos los eventos de hockey.

—El comisionado llega mañana para una visita previa —continúa Dana—. Después, tenemos el encuentro con las promesas, el día de medios, la cena familiar y luego…

—El *draft* en sí —termino—. Conozco el programa.

Dana enarca una ceja.

—Por supuesto que sí. Ha intervenido en el momento justo. Qué bien tener contactos en la industria, ¿eh?

Ahí está. La suposición. Todo aquello de lo que he intentado escapar desde que me fui de Iron Ridge.

No estoy aquí porque sea buena. Estoy aquí porque soy la hija de Big Mike.

Me trago la respuesta que se está formando en mi garganta.

—Repasemos la dinámica —digo en su lugar, sacando mi propia tableta.

Dana me guía por el espacio, señalando dónde se sentarán las promesas, dónde se colocarán las mesas de los equipos, la organización de la sala de espera. Todo vuelve a mí: la parafernalia, las tradiciones, el ridículo exceso de todo ello.

—Los medios se van a comer esto con patatas. —Señala la zona del escenario, donde los técnicos están trasteando con una plataforma de luces—. Tienes un equipo completo entre bastidores, enlaces de relaciones públicas dedicados y tres estilistas para los diez primeros elegidos.

Asiento, haciendo como que garabateo notas.

—Necesitaremos que se coordine con el equipo de retransmisión —dice Dana, entregándome un guion—. Las frases del presentador necesitan aprobación para mañana por la mañana.

Escaneo el documento, intentando concentrarme.

Pero al otro lado del salón, un grupo de hombres trajeados —ejecutivos de equipos, por su aspecto— se ríen a carcajadas. Uno le da una palmada en la espalda a otro. Igual que hacían en el despacho de mi padre. Igual que hacían cuando yo tenía dieciséis años y llevaba café a las reuniones de mi padre, intentando demostrar que mi sitio estaba allí. Intentando llegar… bueno, *aquí.*

—… y usted se quedará aquí durante la primera ronda —está diciendo Dana, señalando una marca en el suelo—. Cuando cada equipo haga su selección, acompañará al jugador desde la sala de espera hasta el escenario.

—Totalmente —respondo, como si no me hubiera pasado los últimos cinco años organizando galas benéficas y fiestas de famosos solo para *no* volver a estar cerca del hockey nunca más.

—Los fotógrafos querrán fotos suyas con las principales promesas —continúa Dana—. Sobre todo con la elección de los Icehawks. Su

padre cree que…

—Coordinaré directamente con el equipo de fotografía —la interrumpo, con la voz más cortante de lo que pretendía.

Dana parpadea y luego asiente.

—Realmente le ha tocado el gordo con este trabajo. La mayoría de los organizadores de eventos matarían por este nivel de acceso.

Me concentro en mi tableta, agarrándola con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos. De repente, la sala se vuelve demasiado cálida, demasiado ruidosa, demasiado familiar.

Un grupo de periodistas pasa por delante, ya cotilleando sobre qué equipo podría hacer un intercambio para conseguir una mejor elección. Dos ejecutivos discuten los términos de un contrato en voz baja junto a la barra.

Este mundo. Este puto mundo que me redujo a ser «la hija de Big Mike» durante años.

Y aquí estoy, de vuelta en él.

—El comisionado pidió específicamente que se encargara de la recepción VIP en la fiesta posterior —dice Dana, confundiendo mi silencio con interés—. En serio, ya le he dicho que todo el mundo está encantado de que la hija de Big Mike se encargue de todo.

Pongo mi sonrisa más profesional, aunque por dentro esté gritando.

Soy más que su hija.

Pero una gran crisis financiera más tarde, aquí estoy… justo donde empecé.

—Vale. Necesitaré la lista de invitados definitiva para esta noche —digo, con la voz tranquila a pesar de la tormenta que siento por dentro—. Y los protocolos de seguridad para la zona VIP.

Dana asiente con aprobación.

—Realmente sabe lo que se hace.

Lo sé. Esa es la peor parte. Conozco este mundo al dedillo. Me crie en él, me moldeó y pasé años intentando escapar.

Y ahora me ha vuelto a atraer, como si siempre hubiera sabido que lo haría.

—Vale. Hay que ajustar la iluminación para los logotipos de los equipos —dice Dana, señalando el escenario principal.

Asiento, fingiendo tomar una nota en mi tableta, pero las palabras se desdibujan. Mi mente se desvía hacia los papeles de anulación y lo rápido que puedo presentarlos una vez que termine este fin de semana.

—Y la pasarela necesita…

De repente, la voz de Dana se desvanece y algo eléctrico me recorre. Esa sensación de cuando te están observando.

Levanto la vista, recorriendo el abarrotado salón de baile.

Allí, apoyado en la pared cerca del pasillo que lleva a las salas de prensa, está Jax. Mi marido. Jackson Holt. Con unos vaqueros negros que se le ciñen a los muslos y una camisa blanca impecable con las mangas remangadas que dejan al descubierto unos antebrazos que hacen que mis muslos se aprieten solos.

Oh, Dios mío. ¿Qué hace aquí?

Nuestras miradas se cruzan a través de la sala. Su mirada sensual me clava en el sitio, y la comisura de su boca se alza en esa misma sonrisa torcida que me convenció de decirle «sí, quiero» a un desconocido.

La sala sigue en movimiento —personal acarreando equipos, ejecutivos trajeados agrupados en conversación—, pero a nuestro alrededor todo se ralentiza.

Mi corazón martillea contra mis costillas.

—El comisionado quiere que las promesas entren por este lado —continúa Dana, ajena a mi colapso interno—. Necesitaremos que se coordine con la seguridad para…

No puedo apartar la mirada de él. Se despega de la pared, irguiéndose. El movimiento resalta la anchura de sus hombros, la fuerza definida de su cuerpo.

Y entonces me doy cuenta.

Tiene el cuerpo de un… *no*. No puede ser.

Pero la sala *está* llena de ellos. Hombres altos, como él, endurecidos con músculo sobre músculo.

Encaja perfectamente en el estereotipo de jugador de hockey.

Pero… no puede ser… ¿o sí?

—…y las acreditaciones de los medios deben estar codificadas por colores según el medio —la voz de Dana vuelve a filtrarse—. ¿Está

apuntando todo esto?

—Mmm —consigo decir, obligándome a romper el contacto visual con Jackson.

—¿Cassie? ¿Está bien? Parece acalorada.

Parpadeo rápidamente, sacudiéndome los recuerdos de sus labios contra mi oreja, susurrando que era la mujer más guapa que había visto nunca.

—Estoy bien —miento, enderezando los hombros—. Solo una bajada de azúcar. No he comido desde el desayuno.

Dana frunce el ceño.

—Hay una mesa con aperitivos cerca de la sala de espera. Deberíamos…

—Perfecto. Vayamos hacia allá. —Hago un gesto en la dirección opuesta a donde está Jackson, con el pulso acelerado.

Está claro que el universo se está riendo a mi costa.



Consigo esquivar a Jackson durante las dos horas siguientes, sumergiéndome en detalles de última hora y evitando la sección del salón donde lo vi por última vez.

A las seis, el equipo de montaje empieza a marcharse mientras los despido por esa noche. El espacio se transforma de una caótica zona de construcción a un pulcro lugar para eventos.

Hasta ahora, ya he ayudado a que las pancartas de los equipos cuelguen en el ángulo preciso, he perfeccionado la iluminación y he conseguido que el escenario brille bajo los potentes focos.

—Eso es todo por hoy —anuncia Dana, tachando cosas de su portapapeles—. Excelente trabajo, Cassie. Ya veo por qué su padre habla tan bien de su capacidad de organización.

Fuerzo una sonrisa.

—Gracias. Terminaré un par de cosas y me iré.

Una vez que Dana desaparece por la doble puerta, exhalo con fuerza y me dejo caer contra la mesa de registro. Me duelen los pies con estos tacones, pero… lo he conseguido.

He sobrevivido al primer día sin un colapso total.

El móvil me vibra en el bolsillo.

Probablemente sea Mia, comprobando si ya he pedido el divorcio. O mi padre con otra petición imposible.

Lo saco, entrecerrando los ojos para ver la pantalla.

Jax: Habitación 241. Ven a verme cuando termines. Tenemos que hablar. (EMOTICONO DE CORAZÓN)

Se me corta la respiración. ¿Un emoticono de corazón? ¿En serio?

El calor me inunda el cuerpo, empezando en el pecho e irradiando hacia fuera hasta que me hormiguean las yemas de los dedos. Leo el mensaje tres veces más, con el pulgar suspendido sobre la pantalla.

Las luces del salón se atenúan mientras el equipo apaga todo para terminar la jornada. A mi alrededor, el enorme espacio se queda en silencio, salvo por el zumbido lejano del hotel más allá de las puertas.

Debería ignorar esto. Borrarlo. Bloquear el número.

En lugar de eso, estoy recordando su boca en mi clavícula. La sensación de sus manos en el baño de aquella capilla. Cómo se rio contra mis labios cuando casi me caigo al intentar trepar por él como si fuera un árbol.

—Probablemente solo necesite mi firma para los papeles de la anulación —susurro a la sala vacía—. Eso es todo. Eso es lo que quiere.

Mi cuerpo sabe que no es así. El deseo entre mis muslos, desde luego, sabe que no es así.

Me guardo el móvil en el bolsillo sin responder.

Pero tampoco borro el mensaje.

Antes de poder disuadirme, mis pies ya se dirigen hacia los ascensores del fondo del salón.

Capítulo ocho

Cassie

El ascensor suena y salgo al pasillo. El suave silencio de la mullida moqueta amortigua el sonido de mis tacones mientras me dirijo a la habitación 241.

No debería estar aquí.

Esto es una estupidez. Un error. Un lapsus mental tan gigantesco que podría pasar por una segunda personalidad.

Pero necesito saberlo.

Necesito saber por qué estaba allí hoy. Por qué Jackson me miraba desde el otro lado de la sala en un evento de *hockey*, con esos ojos increíblemente sexis siguiendo cada uno de mis movimientos como si yo fuera la única mujer en un mar de caras.

El pasillo se extiende ante mí como la escena de una película que ya he visto. Los números dorados de las habitaciones me resultan familiares, la cálida y tenue luz se derrama desde unos apliques que ya me han guiado antes, y los espejos pulidos captan retazos de mi reflejo al pasar.

Esto es por el papeleo —me digo—. *Es solo una conversación. Nada más.*

Pero mi cuerpo sabe que no es así.

Cada paso me trae un torrente de recuerdos de la última vez que recorrí este pasillo. Imágenes como fogonazos que explotan tras mis

ojos, vívidas y viscerales como nunca antes.

Retazos de risas, el tintineo de las copas y el peso del brazo de Jackson en mi cintura. La forma en que se inclinó, con su aliento caliente en mi oído, susurrándome algo que me hizo reír tanto que casi tropecé con mis propios pies.

La imagen de las fuertes manos de Jackson empujándome contra una pared, sus labios recorriendo mi cuello, provocándome un escalofrío por la espalda.

¿Por qué es justo ahora cuando recuerdo el momento en que se arrodilló en el pasillo y me subió el vestido como si fuera un regalo que no podía esperar a desenvolver? ¿Por qué de repente puedo sentir el roce de sus labios tras mi rodilla? ¿El rastro de calor mientras su boca subía más y más?

¿Por qué casi puedo *oírle* susurrar: «Dime que quieres esto»?

¡¿Por qué ahora?!

De repente, los recuerdos son vívidos, casi dolorosamente vívidos.

Respiro hondo, me detengo en seco e intento serenarme.

Los recuerdos son demasiado fuertes, demasiado abrumadores. Ahora lo veo todo con claridad: la noche que mi vida cambió, la noche que me casé con un desconocido.

—Basta ya —me siseo a mí misma—. Contrólate.

No se trata de revivir el recuerdo de borrachera más tórrido del mundo. Se trata de disolver un accidente legal.

Pero ¿y si está enfadado?

Peor: ¿y si no lo está?

¿Y si me mira como lo hizo aquella noche y dice que no quiere que se acabe?

¿Y si *yo* tampoco quiero?

Llego a la habitación 241 y respiro hondo y tranquilamente mientras mi mano se cierne sobre la puerta.

Llamo, tres golpes rápidos en la madera pulida. El corazón me martillea contra las costillas como si intentara escapar.

La puerta se abre, y… oh.

Oh. Oh, no.

Jackson está ahí, con el pecho desnudo y unos pantalones de chándal caídos, como si acabara de salir de mi fantasía más

inoportuna. Tiene el pelo húmedo, con las puntas ligeramente rizadas, como si acabara de ducharse.

Una sonrisa perezosa y peligrosa se dibuja en su rostro al verme.

—Has venido —dice con una voz grave que me hace vibrar.

Se apoya en el marco de la puerta como si no tuviera otro sitio donde estar. Como si me estuviera esperando.

Me obligo a mantener la vista fija en su cara, no en los planos esculpidos de su pecho ni en la V definida que desaparece en la cinturilla de su pantalón.

—Tranquilo. Solo he venido a firmar los papeles.

Su sonrisa se ensancha, y los hoyuelos que aparecen parecen diseñados específicamente para destrozar mi frágil compostura.

—¿Es eso para lo que crees que te he invitado a subir?

Me giro para mirarlo, con la barbilla en alto. —Me has enviado un mensaje. Has dicho que teníamos que hablar.

—Y así es —dice, sonriendo—. Solo que no he dicho con qué parte de ti iba a hablar.

Me cruzo de brazos, ignorando el aleteo en mi estómago. —Prueba con la que tiene cerebro. No con la que llevaba un vestido de novia.

Él avanza lentamente, como un león acechando a su presa. Sus abdominales se tensan, cada cresta esculpida se flexiona con una fuerza contenida, del tipo que promete manos rudas e intenciones sucias.

—Claro. Porque esa ya no está, ¿verdad? —dice con voz ronca.

—Esa chica tenía tequila por sangre y malas decisiones para desayunar.

Él ladea la cabeza, como si me estudiara. —Y, sin embargo, aquí estás.

—Aquí estoy —replico—, intentando deshacer una de esas malas decisiones. Empezando por la parte en la que dejas de hablar como si todavía estuviéramos enredados en el baño de aquella capilla.

Él retrocede y me hace un gesto para que entre. La habitación es lujosa, llena de papeles y envases de comida para llevar. Todas las señales de alguien que vive con una maleta, pero con estilo. Las luces están atenuadas, creando una atmósfera suave que se siente demasiado… íntima para el calor que de repente recorre mi cuerpo.

La puerta se cierra detrás de mí. Jackson da un lento paso hacia adelante, y yo doy un instintivo paso hacia atrás.

—Así que… ¿ahora trabajas para el Draft de la NHL? —pregunta, caminando delante de mí, a la vez tranquilo y perspicaz—. Un poco raro, ¿no crees? ¿Organizar eventos para el deporte que dices odiar?

—Es un trabajo.

No deja de moverse. Solo da vueltas lentamente a mi alrededor, haciendo que el aire se vuelva más denso, que me cueste cada vez más respirar.

—No. No es solo un trabajo. Sabías perfectamente lo que era ese evento.

—Claro que lo sabía. Y lo acepté de todos modos.

—¿Por qué? —exige—. ¿Porque te lo pidió *papá*?

Me estremezco. *Mierda*.

Sabe quién es mi padre. ¿*Cómo* sabe quién es mi padre?

—No lo llames así.

—Pero eso es lo que eres, ¿no? —dice, volviendo a dar vueltas—. La hija de Big Mike. La que dice odiar todo lo relacionado con este deporte y, sin embargo, estás en primera fila en el mayor evento de hockey del año. ¿Por qué?

—¿A ti qué más te da?

—Me da. —Se acerca mucho, tanto que siento su aliento en mi cuello. Sus dedos recorren ligeramente mi brazo, sin llegar a tocarme, lo bastante cerca como para erizarme la piel—. Porque necesito saber con qué demonios me he casado.

Se me corta la respiración. Esa palabra otra vez: *casado*.

—Así que dime, Cassie. ¿Eres una mentirosa?

Aprieto la mandíbula. —No. Estaba trabajando.

—Odias el hockey. —Su voz me envuelve—. No he sido capaz de olvidarte, Cassie.

Su palma roza la curva de mi cintura, deteniéndose como si memorizara mi forma. Trago saliva con dificultad, con el pulso acelerado.

—Mira, sobre la otra noche…

Se acerca más, el calor de su cuerpo irradia entre nosotros, su pecho roza mi espalda. —Dime, *Cassie Hawthorne*, ¿qué hace una

que odia el hockey merodeando por el Draft?

Frunzo el ceño, la confusión se abre paso entre el deseo. Debería preguntarle la misma puta cosa. Pero lo único que siento son las yemas de sus dedos bajando, rozando justo por debajo del bajo de mi blusa como una promesa perversa.

Niego con la cabeza, con la respiración entrecortada. —Ha sido un error. Venir aquí.

Sus manos encuentran de repente mis caderas y me coloca en mi sitio con un gruñido. Siento la fuerte presión de su erección contra mi culo, y el calor se dispara entre mis muslos. Me inclina suavemente por la cintura, sus palmas se deslizan hacia abajo para amoldarse a mi trasero, posesivas, lentas y jodidamente *deliciosas*.

Mis pezones se endurecen bajo la blusa, doloridos por lo excitada que estoy. Mi respiración se entrecorta.

—Dime que pare, Cassie.

—Yo…

—Dime que no quieres esto.

—No debería —susurro—. De verdad que no debería…

—Pero lo deseas.

Me gira con un tirón firme, una mano agarrándome el culo, la otra subiendo por mi espalda. Jadeo cuando nuestros cuerpos se presionan, el calor de su pecho desnudo contra mi fina blusa enciende cada terminación nerviosa.

Su boca se cierne sobre la mía, tan cerca que nuestros labios casi se rozan. Mis manos se apoyan en su pecho, sus músculos se tensan bajo mis palmas como acero enrollado.

—Esto no arregla nada —susurro, mi voz tiembla de deseo.

—No intento arreglarlo. —Sus labios rozan los míos, una sola vez, cruelmente suave—. Solo intento *sentirlo* otra vez. Sentirte a *ti* otra vez…

Y ahí es cuando me rompo.

El beso explota, tan fuerte y hambriento, todo dientes y calor que se traga cualquier argumento que estuviera preparando.

Hundo las manos en su pelo húmedo mientras me levanta sin esfuerzo, girando y presionándome con fuerza contra la puerta. Mis piernas se enroscan en su cintura por instinto. Su boca deja un

rastro por mi mandíbula, mordisqueando mi garganta, saboreando el hueco de mi clavícula.

—Joder, Cassie —murmura, su voz ronca mientras se restriega contra mí—. No tienes ni idea de lo que me haces.

Sus manos ahuecan mi cara, sus pulgares acariciando mis mejillas como si fuera frágil. Sus caderas dicen lo contrario, empujando lenta y duramente a través de sus pantalones de chándal, arrastrando el fuego directamente a través de mi núcleo dolorido.

Cada pensamiento racional queda incinerado.

Mis manos se deslizan por su espalda, mis uñas se arrastran, *clavándose* en su piel, solo para oír el siseo de su aliento.

Debería estar haciendo preguntas. Debería estar exigiendo respuestas.

En cambio, lo beso más profundamente, dejando que el calor me ahogue. Dejando que me reclame como si ya le perteneciera.

Al menos esta vez, recordaré su contacto.

Al menos esta vez, no será tequila y purpurina y besos de amnesia tras cuerdas de terciopelo.

Esta vez… lo quiero.

Jackson me sujeta la mandíbula con una mano, sus dedos se enredan en mi pelo, inclinando mi cabeza mientras su lengua se enreda con la mía. Gime mi nombre en mi boca como si fuera *doloroso*. Como si le hubiera costado algo contenerse tanto tiempo.

Y entonces su otra mano se desliza entre nosotros.

Jadeo cuando sus dedos abren el botón de mis vaqueros, hundiéndose dentro como si el espacio le perteneciera. Su palma encuentra el encaje de mis bragas, la parte central empapada, y gime de nuevo.

—*Joder,* Cassie —susurra, frotando mi clítoris en círculos lentos y apretados con una exasperante y ligera presión—. Estás chorreando.

Mi cabeza cae hacia atrás contra la puerta, pequeños gemidos escapan de mis labios.

—No vamos a… no vamos a firmar nada, ¿verdad?

No responde con palabras. Responde con otro beso, este aún más duro y castigador, como si necesitara callarme y destrozarme al mismo tiempo.

Sus dedos se deslizan más allá del encaje, acariciando mi carne ardiente. Me atraganto con un gemido, mis muslos tiemblan, mis caderas se mueven para recibir cada caricia.

Él se aprieta más, y yo enrosco mis piernas en su cintura instintivamente, uniéndonos como si estuviera *hecha* para encajar ahí.

Gime contra mi garganta, lamiendo la columna de mi cuello, mordiendo lo justo para hacerme gemir.

—No eres una niña buena —gruñe, restregándose contra mí, su polla gruesa y dura bajo el chándal—. Finges que lo eres, pero viniste aquí sabiendo exactamente lo que pasaría.

—Jackson… —Mi voz se quiebra, entrecortada y húmeda.

—Viniste aquí por esto. —Balancea sus caderas de nuevo contra mi centro—. *Querías* esto.

—Lo quiero —gimo en voz alta, dejando que se frote contra mi coño—. Dios, lo quiero.

Cada terminación nerviosa está encendida. Mis pezones se rozan contra el fino encaje de mi sujetador, dolorosamente rígidos. Mi coño se contrae sobre la nada, desesperado por algo más que dedos. Más que fricción.

—No estoy… no puedo… —empiezo, intentando aferrarme a algo parecido a la lógica.

Pero él ya me está levantando del suelo, con las palmas bajo mi culo, su boca devorando cada jadeo que le doy.

Su aliento es caliente en mi oído. —Vamos a hacerlo, Cassie.

Mi cabeza cae hacia atrás, el pelo roza la puerta. Sus manos me agarran con más fuerza, colocándome contra la pared como la promesa de que va a coger lo que le dé la real gana.

—Vamos a hacerlo —repito, sin aliento—. Pero solo una vez…

No me lo creo ni mientras lo digo.

Pero es la mentira que necesito ahora mismo.

Y mientras su boca se estrella de nuevo contra la mía, dejo que sea verdad… aunque solo sea por esta noche.

Capítulo nueve

Jackson

Joder. El sabor de su nombre en mis labios ya no es suficiente.

Necesito el sabor de *ella*.

Caigo de rodillas sin previo aviso, agarrando sus muslos con las manos mientras le bajo los vaqueros y las bragas en un solo movimiento desesperado. Suelta un jadeo y sus dedos buscan a tientas un punto de apoyo en la puerta que tiene detrás.

—Jackson…

—Déjame —gruño, mirándola desde entre sus piernas. Esos ojos azul hielo están muy abiertos, con las pupilas dilatadas por el deseo —. Déjame saborearte.

Su respiración se entrecorta mientras le separo los muslos sedosos y tersos, colocándome exactamente donde necesito estar. Donde he fantaseado con estar desde el momento en que la he visto dominar todo ese salón de baile hoy.

Mierda.

Estaba magnífica.

Allí de pie con su vestido diminuto, la tableta en la mano, convirtiendo lo que antes era un caos en perfección. Como si lo hubiera hecho mil veces. Como si hubiera nacido para ello.

Yo había intentado mantenerme centrado en mi trabajo, en hablar con los medios, en prepararme para el gran draft. Pero no podía

apartar la mirada. Incluso desde la prudente distancia que mantenía, he visto a todos los ejecutivos de esa sala pendientes de sus palabras. Cada detalle manejado como una puta obra pictórica de un Miguel Ángel corporativo.

Ella pertenecía a ese lugar. A ese mundo. A *mi* mundo.

Me hace preguntarme… ¿por qué ha estado huyendo de él?

La primera vez que la saboreo me arranca un gemido de lo más profundo del pecho. Es dulce y húmeda y tan jodidamente receptiva que mi polla palpita contra el pantalón de chándal, desesperada por una atención que todavía no estoy dispuesto a darle.

No cuando puedo hacer que se venga abajo así.

—Oh, Dios —gime, dejando caer la cabeza contra la puerta.

Paseo mi lengua por sus pliegues, saboreando cada gota, cada temblor que recorre su cuerpo. Está reluciente, empapada, su olor es denso en el aire. Presiono mi boca más profundamente, aplastando mi lengua contra su coño y, joder, su sabor hace que ponga los ojos en blanco.

Sus manos se aferran a mi pelo, sus uñas me rascan el cuero cabelludo, tirando con la fuerza justa para hacerme gemir contra su coño.

El sonido vibra a través de ella, y sus caderas se arquean hacia delante, buscando más.

Se lo doy.

Paso la lengua por su clítoris, provocándolo antes de succionarlo entre mis labios y chupar fuerte con un gruñido codicioso. Ella grita, un sonido ahogado que resuena en las paredes del hotel.

Aprieto con más fuerza sus muslos suaves y cremosos, mis pulgares hundiéndose en la tersa carne mientras la mantengo abierta, tan vulnerable, tan expuesta para mí.

Sabe a cielo y a pecado y a cada mala decisión que siempre he querido tomar.

—Eres perfecta —gruño contra su calor, mis palabras ahogadas entre lametones contra su coño—. Jodidamente perfecta.

Su respuesta es un quejido roto que va directo a mi polla. Siento cómo se humedece más, cómo su líquido me cubre la barbilla, sus

muslos temblando contra mis palmas mientras me doy un festín con ella como un hombre poseído.

La última vez que estuvo en esta habitación, esa mañana en que nos despertamos juntos, destrozados y con una resaca increíble, la vi entrar en pánico por nuestro matrimonio.

Pensé que quizá habíamos cometido un error.

Quizá el alcohol nos había vuelto a los dos estúpidos e imprudentes.

Pero ahora, con su sabor inundando mis sentidos y sus gemidos resonando en las paredes de la habitación del hotel, sé que no es así.

Esto no es un error. Es inevitable.

Succiono su clítoris entre mis labios, lo azoto con la lengua hasta que ella grita, apretando mi pelo hasta el punto de producir dolor. El escozor solo hace que me ponga más duro, más desesperado por reclamar cada centímetro de ella.

—¡Jax, *oh*! No puedo —jadea, pero sus caderas se contonean contra mi boca, persiguiendo el placer que le estoy dando—. Esto es una locura.

Me aparto lo justo para hablar, con mi aliento caliente contra su carne húmeda. —Sabes jodidamente bien.

Bajo la lengua, provocando su entrada antes de hundirla en su interior. Ella se echa hacia delante con un gemido impotente, le tiemblan las piernas, todo su cuerpo se estremece mientras la follo con la lengua, devorándola como si no fuera a tener otra oportunidad.

La posesividad de mi voz me sorprende incluso a mí. Pero al verla hoy, en su elemento, sabiendo que ha estado ocultando esta parte de sí misma...

Quiero derribar cada defensa que tiene. Cada muro que ha construido. Cada razón por la que cree que necesita huir de este mundo.

De mí.

—Jackson, por favor…

Vuelvo a sumergirme, follando su coño con un hambre que no sabía que poseía. No hay nada suave en ello. Es hambre en estado

puro.

Mi lengua se hunde profundamente, mi nariz roza su clítoris, mi barbilla empapada en sus dulces jugos. Siento sus paredes revolotear, todo su cuerpo tensándose más y más.

Sus paredes se contraen a mi alrededor y siento que se acerca. Su respiración se vuelve irregular, sus muslos tiemblan por el esfuerzo de mantenerse en pie.

Podría quedarme aquí para siempre. Haciendo que se deshaga solo con mi boca. Una y otra y otra vez.

—Córrete para mí —exijo contra su clítoris, la vibración la hace jadear—. Córrete en mi lengua, Cassie.

—¡Oh, Jackson! —gime, con la respiración entrecortada, el cuerpo arqueándose. Me agarra por la nuca y me empuja más adentro de su coño, como si quisiera ahogarse en esto.

—Eso es, chica buena. Jodida chica buena.

Su orgasmo la atraviesa con una fuerza brutal. Grita mi nombre, su cuerpo se convulsiona, los muslos se aprietan con fuerza alrededor de mi cabeza mientras cabalga mi lengua a través de cada pulso de placer. Sus caderas se sacuden sin control, y yo la lamo a través de todo, mi lengua persiguiendo cada gota de su corrida, lamiéndola como si fuera lo único que importa.

Sabe mejor que nada que haya conocido. Dulce, caliente, jodidamente *salvaje*.

La sostengo con firmeza mientras tiembla, lamiendo ahora suavemente, tiernas y tranquilizadoras caricias que la hacen estremecerse y retorcerse por la hipersensibilidad.

Finalmente, jadea, empujando mi cabeza, sus dedos débiles y temblorosos.

—Demasiado —susurra—. No puedo…

Le doy un beso en la cara interna del muslo y luego me siento sobre los talones, jadeando como si acabara de correr una maratón.

Es una visión.

Apoyada en la puerta, con el pelo alborotado, las mejillas sonrojadas, el pecho agitado con cada respiración temblorosa. Su coño todavía húmedo e hinchado, rosado y reluciente por mi boca.

Tengo la polla tan dura que me duele, tensa contra el pantalón de chándal, pero solo puedo pensar en lo guapa que está deshaciéndose por mi culpa.

—Joder —susurra, deslizándose por la puerta hasta quedar a mi altura—. Eso ha sido…

Le capturo la boca con la mía, dejando que se saboree a sí misma en mi lengua. Ella gime en el beso, sus manos buscando a tientas la cinturilla de mi pantalón de chándal.

—A la cama —exige contra mis labios—. Ahora.

La levanto fácilmente, con un brazo bajo su culo y el otro extendido por su espalda mientras sus piernas se cierran con fuerza alrededor de mi cintura.

Se aferra a mí como si yo fuera oxígeno. Su boca es insistente, devorando cada gemido que se nos escapa.

Caemos en la cama en un amasijo de miembros y ella empuja mi pantalón de chándal. Me los quito de una patada, apartando sus bragas mientras le arranco la última barrera de su cuerpo hasta que ambos quedamos gloriosamente desnudos.

La visión de ella tendida debajo de mí me deja sin aliento.

Dios. Es *devastadora*.

Ese precioso pelo nuevo que tan bien ha lucido todo el día, las ondas rubias derramándose por mi almohada como un halo, sus mejillas sonrojadas brillando bajo la tenue luz de la lámpara.

Sus perfectas y rollizas tetas se levantan con cada respiración temblorosa, suaves y llenas con unos pezones que suplican mi boca. Sus piernas están bien abiertas, húmedas y relucientes con todo lo que acabo de saborear de ella.

Está despatarrada ante mí como un festín que ni siquiera he empezado a terminar.

Es lo más bonito que he visto en mi vida.

Me cierno sobre ella, bebiéndome cada centímetro: la suave curva de su cadera, la constelación de pecas sobre sus costillas.

—¿Qué? —susurra, de repente cohibida bajo mi mirada.

—Es solo que...

Las palabras me fallan y niego con la cabeza. ¿Cómo puedo explicar que la estoy memorizando? Asegurándome de que esta vez

no se me olvide ni un solo detalle.

Porque esa es la cuestión… no recuerdo nuestra noche de bodas. No de verdad. Solo fragmentos. Destellos de piel. El olor de su perfume que perduró durante días.

Pero nada concreto sobre lo que realmente pasó entre nosotros.

¿Cómo coño es eso posible?

Mirándola ahora, extendida bajo mí de esta manera. No hay forma de que no recordara cada segundo, cada caricia, cada sonido que hizo.

—Deja de mirar y fóllame —exige, extendiendo la mano para acercarme para otro beso.

Me río contra su boca. —Paciencia, esposa.

La palabra se me escapa antes de que pueda detenerla, y siento que se tensa debajo de mí.

—No somos…

—Lo somos —interrumpo, mi voz es una oscura promesa mientras me acomodo entre sus muslos—. Ahora mismo, joder que lo somos.

Bajo la mano y deslizo mi polla por sus pliegues empapados, arrastrando mi longitud sobre su clítoris una y otra vez, cubriéndome de su humedad. El sonido es *obsceno*, húmedo e indecente, y solo hace que ella gima más fuerte.

Está empapada.

Tan jodidamente lista que podría enterrarme en una embestida dura y ella se tragaría cada centímetro.

En cambio, la provoco.

Empujo solo la punta, viendo cómo su cara se tuerce de frustración, sus caderas persiguiendo las mías. Mi polla palpita en mi mano, pero no me entrego del todo. Su coño se contrae en anticipación, palpitando con cada respiración que tomo.

—Jackson —jadea, sus uñas arañando mis hombros, recorriendo mis abdominales mientras intenta guiar mis caderas más cerca—. Por favor.

—Dímelo —gruño, apenas aguantando—. Dime que quieres esto. Que me quieres *a mí*.

Su mirada se cruza con la mía, abiertamente cruda y destrozada, y es entonces cuando lo veo.

Todo. Se acabó el fingir.

—Te quiero a ti —susurra—. Quiero esto.

Me hundo en ella lentamente, dejando que su estrechez me consuma por completo.

Es una embestida lenta y brutal, centímetro a centímetro, hasta que estoy enterrado hasta la empuñadura en su coño caliente y húmedo. Su cuerpo se envuelve a mi alrededor como si fuera mi lugar, aferrándose a cada relieve de mi polla, codiciosa y apretada y jodidamente perfecta.

—Contigo me siento en casa —confieso contra su oído, las palabras arrancadas de algún lugar profundo de mi pecho.

Suelta un jadeo y balancea las caderas hacia arriba para encontrarse con las mías, atrayéndome aún más.

Empiezo a moverme, al principio despacio, luego más rápido a medida que ella responde a cada embestida con igual desesperación. El sonido de la piel contra la piel llena la habitación, puntuado por sus suaves gemidos y mi respiración agitada.

Sus manos se aferran a mi espalda, sus uñas se clavan mientras construyo un ritmo que nos vuelve locos a los dos.

—Joder, Cass —jadeo, deslizando una mano bajo su rodilla y levantándola más—. Me estás apretando jodidamente fuerte.

Su respuesta es un grito de placer mientras la embisto más fuerte, más rápido, golpeando ese ángulo perfecto que hace que su cuerpo se agarrote. Sus tetas rebotan con cada embestida, su espalda se arquea fuera del colchón como si se estuviera ofreciendo a mí por completo.

Y joder, lo aceptaré *todo*.

Envuelve sus piernas alrededor de mi cintura, sus talones clavándose en mi espalda, forzándome a ir más profundo, más fuerte. El choque de la piel resuena en las paredes. Está desbocada debajo de mí, el pelo extendido como un halo mientras su coño exprime mi polla como si *supiera* que ahora me posee.

—Justo ahí —jadea—. No pares. ¡*No pares, joder*!

—Ni se me ocurriría.

La embisto con más fuerza, persiguiendo ese punto que la hace gritar, viendo su cara contorsionarse de placer. Cada sonido que

hace, cada contracción de sus paredes alrededor de mi polla, me acerca más al borde.

Pero no quiero que esto termine.

No quiero que esto termine nunca.

—Eres mía —gruño, la posesividad se apodera de mí por completo —. Dilo.

Sus ojos se abren de golpe, vidriosos por la lujuria, los labios hinchados por mis besos. —Soy tuya.

Las palabras detonan dentro de mí.

Atrapo su boca en un beso brutal mientras mis caderas se golpean contra las suyas con renovada urgencia. Está cerca de nuevo, lo siento en la forma en que su respiración cambia, en la forma en que sus uñas arañan mi espalda.

—Estoy tan cerca —dice con voz ahogada, sacudiendo las caderas.

—Te tengo. —Mi mano se desliza entre nosotros, frotando su clítoris con círculos apretados—. Córrete para mí, Cass. Vente conmigo. Córrete en mi puta polla.

Ella se rompe.

Su orgasmo la atraviesa en un maremoto de calor y gemidos. Su coño se contrae con fuerza, llevándome al borde con ella. Rujo su nombre mientras exploto dentro de ella, mis caderas se sacuden mientras la lleno con todo lo que tengo.

Mi cuerpo se estremece. Mi mente se queda en blanco.

No es solo sexo.

No es solo una liberación.

Es *todo*.

Cada emoción confusa con la que me he estado ahogando desde que me desperté a su lado… *casado*. Cada segundo viéndola hoy desde las sombras, sabiendo que ni siquiera se da cuenta de que el foco es suyo. Cada pensamiento que he tenido sobre hacer lo que sé que debería hacer. Sobre alejarme, sobre entregarle los papeles de anulación y cancelar esto antes de que arruine nuestras vidas…

Todo simplemente… se desvanece.

Porque aquí mismo, envuelto dentro de ella, nada de eso importa una mierda.

Ni el draft.

Ni los titulares.

Ni el hecho de que se supone que tengo que conocer a su padre —*Big Mike Hawthorne*, el hombre que podría hacer o deshacer mi carrera— en menos de veinticuatro horas.

Ahora mismo, todo lo que conozco es a ella.

Quizá esto nunca fue el error que pensé que era.

Quizá… es lo único que es *real*.

Nos desplomamos juntos, un amasijo sudoroso y satisfecho de miembros enredados y corazones acelerados.

Nos giro para que ella quede sobre mi pecho, su pelo haciéndome cosquillas en la barbilla mientras recupera el aliento. Mis manos acarician su columna, recorriendo la curva de su espalda, el hundimiento de su cintura.

Debería sentirme culpable. Debería estar pensando en el draft, en mi carrera, en todas las formas en que esto podría estallarme en la cara.

En cambio, todo lo que puedo pensar es en lo bien que se siente esto. En lo perfectamente que encaja contra mí, como si estuviera hecha para estar aquí.

Mi móvil vibra en la mesita de noche por tercera vez en cinco minutos.

—Un chico popular —murmura Cassie contra mi pecho.

Lo cojo y lo silencio sin mirar. —Solo son Keller y Donovan, preguntándose dónde me he metido.

—¿Tus colegas de la piscina? —Levanta una ceja—. ¿Qué dirían si supieran que estás con tu esposa ahora mismo?

—No me dejarían olvidarlo en la vida —me río, atrayéndola más cerca—. Keller probablemente ya ha escrito el discurso del padrino para una boda como Dios manda.

—¿El discurso del padrino? —Sonríe contra mi piel.

—Oye, hemos hecho esto al revés. Podríamos seguir saltándonos las reglas. —Le beso la coronilla, ignorando otra vibración de mi móvil.

Los papeles de anulación yacen en la mesita de noche, olvidados por ahora. Pero no se quedarán así para siempre. Con el tiempo,

tendremos que hablar de lo que esto significa, de quiénes somos realmente el uno para el otro.

Pero todavía no.

Por ahora, me contento con abrazarla, respirar el olor de su pelo y sentir el ritmo constante de los latidos de su corazón contra mi pecho.

—Jax… Sabes que esto no cambia nada —susurra contra mi piel después de unos minutos de silencio.

—¿No? —pregunto, dándole un beso en la coronilla.

No responde de inmediato. Solo respira y piensa para sí misma tan fuerte que prácticamente puedo oír cada pensamiento dando vueltas dentro de esa preciosa mente.

Luego se mueve, apoyándose en la cama para mirarme.

—Has estado en el evento hoy —dice, y ahora hay algo diferente en su voz. Como si acabara de entenderlo todo—. Te he visto en el salón. Estabas hablando con gente. Gente del hockey.

—Sí —admito con cuidado, pasando los dedos por su pelo.

—Sabes lo del draft. Cómo funcionan las cosas…

Se calla, con el ceño fruncido mientras une otra pieza. Dios, está preciosa incluso cuando está ensimismada. ¿Cómo se supone que voy a terminar con esto?

—Jax… —dice en voz baja, como si estuviera al borde de algo que no está segura de querer saber—. ¿Tú eres…?

Se detiene, y luego no se molesta en terminar la pregunta.

Porque me está mirando como si ya lo supiera.

Y, por la forma en que sus labios se contraen, como si se estuviera forzando a dejarlo pasar, me dice que no quiere la respuesta.

Mierda.

Podría mentir.

Podría decirle que solo estaba ayudando con el evento. Que conozco a gente de la liga, quizá por un primo o un amigo. Que solo soy un tipo que acabó en la sala equivocada en el momento equivocado.

Ella exhala y apoya de nuevo la mejilla en mi pecho, como si quizá, si se quedara callada, pudiéramos fingir que esta noche todavía existe fuera del lío que nos espera mañana.

Y la dejo.
Porque sabes qué… yo tampoco estoy preparado.

Capítulo diez

Cassie

Me despierto lentamente, envuelta en un calor delicioso.

Los brazos de Jackson me rodean como si fuera algo precioso, algo que teme que pueda desvanecerse. Su pecho sube y baja contra mi espalda, su aliento haciéndome cosquillas en el cuello.

Por un momento, me permito sentir esto: el peso de su brazo sobre mi cintura, sus piernas enredadas con las mías, las sábanas retorcidas a nuestro alrededor.

No debería quedarme. Lo sé. Pero me concedo estos minutos robados para memorizarlo todo sobre él.

Con cuidado, me giro entre sus brazos hasta quedar frente a él. Masculla algo incoherente, pero no se despierta; solo me atrae más hacia él. Mis dedos se ciernen sobre su pecho y luego trazan el tatuaje de sus costillas. *Demuéstrenles que se equivocan*. Tres simples palabras tatuadas en negro. ¿Contra qué demonios lucha? ¿A quién necesita demostrarle que se equivoca?

Quiero saberlo todo de él. Esa es la parte que más me asusta.

Mis dedos continúan su exploración, recorriendo una cicatriz cerca de su hombro, del tipo que tienen los jugadores de hockey de tanto chocar contra las vallas. Otra marca en su clavícula que parece quirúrgica. Su cuerpo cuenta historias que me da miedo oír.

Porque oírlas significa reconocer lo que ya sospecho. Lo que he estado evitando desde que me marché de Iron Ridge y comencé mi camino autoimpuesto hacia una vida libre de la sombra de mi padre.

Jackson Holt es jugador de hockey.

Todas las señales están ahí, justo delante de mis ojos.

Apoyo la palma de la mano en su pecho, sintiendo el latido de su corazón bajo ella. Fuerte. Constante. Igual que él.

Mis ojos recorren los contornos de su cara. La mandíbula fuerte ahora cubierta por la barba de la mañana, esas pestañas injustamente largas, los labios que estuvieron por todas partes anoche.

Dios, lo de anoche.

El recuerdo, el recuerdo *de verdad*, que no se ha perdido en una neblina de borrachera.

Sus manos, su boca, la forma en que me miraba como si yo fuera la única mujer del mundo…

Aprieto los muslos, sintiendo que un calor florece en mi bajo vientre.

Podría despertarlo. Podría deslizar mi mano más abajo, más allá de las crestas de sus abdominales, rodear con mis dedos su polla deliciosamente grande y ver cómo esos ojos verdes se abren con deseo.

En lugar de eso, memorizo su cara. La pequeña cicatriz que atraviesa su ceja izquierda. La forma en que su pelo se eriza en ángulos extraños. La suavidad alrededor de su boca cuando duerme.

¿Cómo sería si esto fuera real? ¿Si pudiera despertarme así todas las mañanas, enredada en sus brazos, su cuerpo curvado protectoramente alrededor del mío?

Pero eso es una fantasía. Porque si él es quien creo que es, entonces esto —*nosotros*— es imposible.

He pasado cinco años construyendo una vida fuera del hockey. Cinco años demostrando que soy más que la hija de Big Mike. Cinco años convirtiéndome en Cassie Hawthorne, productora de eventos, no en Cassie Hawthorne, la princesa del hockey.

Y ayer, de pie en esa sala de eventos, dando órdenes, moviéndome por la sala… fue como ponerme un abrigo viejo.

Cómodo. Familiar.

Aterrador.

Porque se me daba bien. Porque me sentía a gusto. Porque quizá he estado huyendo de lo equivocado todo este tiempo.

Con cuidado, me libro de los brazos de Jackson, necesitando espacio para pensar. Jackson se remueve, frunciendo el ceño.

—No… No te vayas —masculla con voz pastosa por el sueño mientras su mano me busca—. Quédate.

El corazón se me encoge. Unas palabras tan simples que hacen que quiera volver a meterme entre sus brazos y quedarme allí para siempre.

—Solo voy al baño —susurro, dándole un beso en la frente—. Vuelvo enseguida.

Se relaja, hundiéndose de nuevo en el sueño, y yo me deslizo fuera de la cama.

Entro en el baño y cierro la puerta detrás de mí.

La dura luz fluorescente me hace parpadear después de la cálida y dorada luz del dormitorio. Me pongo delante del espejo y… *joder*.

Mi reflejo me devuelve la mirada. Tengo el pelo como si hubiera pasado por una tormenta eléctrica, los labios tan hinchados que podrían tener su propio código postal, y ¿mi cuello? Bueno, la prueba de la pasión de anoche está escrita por todo mi cuerpo como un cartel publicitario que dijera: «He tenido sexo increíble: ¡pregúntame cómo!».

Me agarro al borde del lavabo, de repente inestable.

¿Qué estoy haciendo?

Se suponía que esto iba de unos papeles de anulación. Subí aquí anoche para terminar con todo.

En cambio, me he hundido más en lo que sea que haya entre nosotros.

Me echo agua fría en la cara, esperando que pueda aclarar la confusión que nubla mi juicio. El agua gotea por mi barbilla mientras busco a ciegas una toalla.

Mis dedos rozan algo en la encimera y, cuando me seco la cara, miro hacia abajo y veo un neceser negro, parcialmente abierto. Algo

de color azul oscuro me llama la atención, una tela con lo que podría ser un logo, pero no lo distingo bien con la poca luz.

Mi mano se queda helada en el aire.

Me resulta familiar… pero podría ser cualquier cosa.

Es deportivo. Quizá ropa de equipo de la universidad. O simplemente ropa de deporte. Pero combinado con todo lo demás —las cicatrices, su complexión atlética, su presencia ayer en el lugar del *draft*…—.

El estómago se me revuelve con una sospecha que no quiero afrontar.

—No —le susurro a mi reflejo, viendo cómo el color desaparece de mi cara.

He estado deliberadamente ciega porque quería la fantasía. Quería creer que Jackson era solo un desconocido guapísimo que me hacía sentir viva, que me veía simplemente como Cassie… no como una extensión del legado de mi padre.

El miedo no es que sea definitivamente un jugador de hockey. Es que podría estar enamorándome de alguien que podría destruir todo lo que he construido. Alguien que podría arrastrarme de vuelta al mundo del que escapé.

No puedo correr el riesgo. ¿Y si tengo razón? ¿Y si es exactamente lo que creo que es? He trabajado demasiado duro para construir una vida fuera del hockey como para apostarlo todo a un hombre que podría ser todo aquello de lo que he huido.

La cara de mi padre aparece en mi mente. Su sonrisa de suficiencia si descubre que me he enamorado de un jugador de hockey.

Pero ni siquiera lo sé con seguridad.

Quizá eso es lo que más me aterroriza. El hecho de que estoy a punto de destruir algo hermoso basándome en la sospecha y el miedo. No en *hechos*.

—No me arriesgaré —le susurro ferozmente a mi reflejo—. No puedo.

Una parte de mí quiere volver a irrumpir en ese dormitorio y exigir respuestas.

Pero sé lo que pasará si vuelvo a mirar esos ojos color aguamarina. Cederé, igual que anoche. ¿Y adónde me llevó eso?

De vuelta a su cama, gimiendo su nombre y deseando más.

Me seco la cara a golpecitos, y mi decisión se cristaliza con cada segundo que pasa.

Tengo que terminar con esto. Ahora. Mientras todavía pueda.

Cuando vuelvo al dormitorio, Jackson sigue durmiendo plácidamente, con un brazo extendido sobre el espacio donde yo había estado. Los papeles de la anulación descansan en la mesilla de noche, olvidados en la pasión de anoche.

Ya no.

Miro fijamente los papeles, la línea de la firma en blanco burlándose de mí.

Esta es mi vía de escape. La ruptura limpia que necesito.

Me tiembla la mano al coger el bolígrafo que hay al lado. Por un momento, observo a Jackson, su rostro tranquilo mientras duerme. La noche anterior me inunda de nuevo. La forma en que me hizo sentir. Las palabras que me susurró al oído mientras me hacía sentir cosas que nunca antes había sentido.

Pero este mundo no es real. No puede serlo.

Me siento en el borde de la cama, con cuidado de no molestarlo, y presiono el bolígrafo contra el papel. Mi firma se ve temblorosa, casi hasta el punto de ser irreconocible… como si fuera otra persona por completo.

Quizá lo soy.

Dejo el bolígrafo junto a los papeles firmados y los coloco ordenadamente donde los verá de inmediato.

Sin nota. Sin explicación.

¿Qué podría decir? *¿Gracias por los orgasmos?*

Un mechón de pelo cae sobre su frente. Resisto el impulso de apartárselo, de tocarlo una última vez. Si lo hago, puede que no me marche.

En lugar de eso, recojo mi ropa de donde está esparcida por el suelo, una prueba silenciosa de las ganas con las que nos habíamos desvestido el uno al otro. Me pongo los vaqueros y el jersey, sin molestarme en ponerme el sujetador. Solo necesito salir de aquí.

En la puerta, me detengo, con una mano en el pomo. Debería sentirme aliviada. Esto es lo que quería… para lo que vine aquí. La confirmación de lo que creía que era cierto. El fin de este error.

Entonces, ¿por qué siento que estoy cometiendo uno aún más grande?



Durante todo el día, me he lanzado a organizar este evento como si fuera chocolate durante una ruptura. Soy un desastre emocional con un maratón de Netflix esperando en cuanto llegue a casa esta noche.

Cada casilla marcada en mi portapapeles representa otro segundo en el que no tengo que pensar en la cara de Jackson cuando se despierte y no encuentre nada más que unos papeles de anulación firmados donde debería estar yo.

—La iluminación de la esquina sureste necesita ajustarse tres grados —le digo al equipo técnico sin apartar la vista de mi tableta —. Y dígale al catering que las esculturas de hielo tienen que entregarse exactamente a las 16:15, no «en algún momento de la tarde».

La sala bulle a mi alrededor.

Los trabajadores están colgando pancartas con el logo de la NHL, los técnicos de sonido realizando comprobaciones de última hora, los floristas arreglando elaborados centros de mesa con los colores de los equipos.

Me muevo a través de todo como un general al mando de sus tropas, con mis tacones resonando en el suelo.

En esto soy buena. Esto es seguro.

Números, logística, plazos. Cosas que siguen reglas y no me hacen sentir como si mi corazón se estuviera partiendo en dos direcciones diferentes.

—¡Cassie! —La voz de Dana atraviesa el ruido mientras se acerca, portapapeles en mano—. Acabo de hacer un recorrido y… *guau*. En serio, chica. Has transformado este lugar por completo.

Fuerzo mi sonrisa profesional. —Solo hago mi trabajo.

—No, esto va más allá de lo que esperábamos. Ya veo por qué su padre habla tan bien de sus habilidades.

Se me retuerce el estómago al oír la mención de mi padre. Otra vez. ¿Acabará algún día?

—El equipo del comisionado acaba de llamar —digo, redirigiendo la conversación—. Llegarán quince minutos antes de lo previsto.

Dana asiente, impresionada. —¿Y ya ha hecho los ajustes necesarios?

—La entrada VIP está preparada, se ha informado a seguridad y hemos reorganizado el horario de la recepción de bienvenida.

—Se ha superado a sí misma. —Dana mira su reloj—. ¿Puede venir a aprobar los materiales promocionales finales? Están montando el expositor principal en la entrada ahora mismo.

La sigo a través de la sala, con la mente todavía dando vueltas con todos los pensamientos con forma de Jackson que estoy tratando desesperadamente de encerrar.

Los trabajadores se afanan a nuestro alrededor, un caos coreografiado que normalmente me resultaría reconfortante. Ahora mismo, sin embargo, incluso el ritmo familiar de la preparación de un evento parece estar ocurriendo en un universo paralelo donde no me acabo de despertar casada con un extraño guapo, para luego abandonarlo sin siquiera despedirme.

Dana se abre paso entre un grupo de técnicos de audio y yo la sigo, repasando mentalmente mi lista de tareas para evitar que mis pensamientos vuelvan a esta mañana, a las sábanas enredadas y a la sonrisa adormilada de Jackson cuando me pidió que me quedara.

—Aquí estamos —dice Dana, deteniéndose frente a un enorme expositor que están montando cerca de la entrada—. ¿Qué le parece?

—Es per…

Y ahí está él.

En el centro del enorme póster, como un dios griego que hubiera cambiado su toga por unas hombreras de hockey, está la joya de los «mejores prospectos» del evento del *draft* de la NHL.

Jackson Holt. El número 1 del *draft*.

No solo un jugador de hockey. EL jugador de hockey. La joya de la corona. La futura cara de la liga.

El hombre de cuya cama acabo de salir.

El hombre cuyos papeles de anulación acabo de firmar.

No Jax, el extraño que me hizo sentir viva en una discoteca. No el hombre que susurró contra mi piel anoche que me sentía como en casa.

Toda la sala se tambalea. Mi fachada profesional cuidadosamente construida no solo se resquebraja… se hace añicos por completo.

Todas esas sospechas que había estado alimentando, todos esos miedos que había dejado que me echaran de su cama esta mañana… no solo estaba en lo cierto.

Estaba *catastróficamente* en lo cierto.

No solo me casé con un jugador de hockey. Me casé con la futura realeza del hockey.

—Oh, Dios —susurro, y la tableta se me resbala de los dedos de repente entumecidos.

—¿Cassie? —Dana me toca el brazo—. ¿Está bien la colocación? Necesitamos la aprobación final antes de que lleguen los medios.

Miro fijamente la cara de Jackson —esos ojos de color aguamarina mirándome directamente desde el póster— y siento que mi mundo se derrumba.

—¿Cassie? —repite Dana—. Oiga… Sobre la posición del póster…

Me ajusto el bajo de la americana, agradecida por la armadura de la vestimenta profesional.

Al menos por fuera, parece que tengo todo bajo control.

Eso es lo que Mia me diría que hiciera.

Que aparentara que sigo siendo Cassie Hawthorne, productora de eventos extraordinaria, no la mujer que pasó la noche con las piernas enredadas alrededor de un futuro novato de la NHL.

—Es perfecto. Pongamos este espectáculo en marcha.

Capítulo once

Jackson

Estiro el brazo por la cama y mi mano no encuentra más que sábanas arrugadas y el leve aroma de su perfume en mi almohada. Por una fracción de segundo, pienso que a lo mejor está en el baño. Que a lo mejor está pidiendo el servicio de habitaciones. Que a lo mejor está…

El cerebro me explota cuando los veo al otro lado de la habitación.

Los papeles de la anulación, sobre la mesilla de noche como una puta sentencia de muerte. Firmados con su cuidada caligrafía. Definitivo. Hecho.

—¿Pero qué coño? —respiro, cogiendo los documentos, de pie y en pelotas en la habitación del hotel, con la mandíbula por los putos suelos.

Su firma me devuelve la mirada, todo bucles pulcros y trazos decididos. Como si no hubiera dudado. Como si no se lo hubiera pensado dos veces.

Solo *Cassie Hawthorne* en tinta negra, poniendo fin a lo que fuera que era esto antes de que pudiera convertirse en algo real.

Me siento y me paso las manos por el pelo, intentando reconstruir lo que ha pasado.

Anoche fue… *Joder*. Anoche lo fue todo. La forma en que me miraba, cómo la sentía en mis brazos, la forma en que susurraba mi

nombre como si significara algo.

Y ahora se ha ido.

Como si nunca hubiera pasado.

Siento el pecho hueco, en carne viva. Me han placado defensas que podían levantar camiones en press de banca, pero ¿esto? Este es un tipo de dolor diferente. De ese que se te instala en los huesos y hace que te cueste respirar.

Cojo el móvil, con la esperanza de encontrar un mensaje. Una explicación. Lo que sea.

Nada.

—Joder —mascullo, tirando el móvil a un lado.

La parte racional de mi cerebro —la que suena sospechosamente como la voz de agente de Madison— me recuerda que esto es probablemente lo mejor.

Es la ruptura limpia perfecta. Sin ninguna complicación.

Soy libre para centrarme en el draft y seguir con mi carrera.

Pero el resto de mí, la parte que ha estado pensando en Cassie cada segundo desde que la conocí, quiere buscarla y exigirle respuestas. ¿Por qué huyó? ¿Qué cambió entre anoche y esta mañana?

Miro la hora en el móvil. Las 9:47.

Mierda.

Se supone que he quedado con Blake Maddox y el equipo de Iron Ridge en trece minutos. La reunión más importante de mi carrera, y estoy aquí sentado, desnudo y con el corazón roto, mirando los papeles de la anulación como si pudieran reorganizarse y formar una carta de amor.

Me obligo a salir de la cama y me meto los papeles en el bolsillo de la chaqueta.

No pienso firmarlos. Todavía no.

No hasta que tenga respuestas.

El ascensor que sube a la suite privada del equipo de los Icehawks me transmite una sensación distinta a la que pensaba que sentiría cuando estuviera a punto de conocer a mis héroes. Cada piso que pasa es un segundo más para recomponerme, para transformarme

de Jackson, el idiota con el corazón roto, a Jackson Holt, la futura superestrella de la NHL.

Cuando se abren las puertas, he conseguido poner una expresión que se parece a la confianza.

—¡Jackson! —Blake Maddox se levanta de un sillón de cuero, extendiendo la mano con esa sonrisa de capitán despreocupado que he visto durante años en los vídeos de sus mejores jugadas—. Me alegro de que haya podido venir.

—No me lo perdería por nada del mundo —digo, esperando que mi voz suene más firme de lo que me siento.

La suite es una pasada. Ventanales del suelo al techo con vistas al Strip, una barra de bar completa, asientos para veinte personas. Y repartidos por la sala están algunos de los nombres más importantes del hockey, simplemente… sentados. Tomando café. Siendo humanos.

—Venga, conozca a los chicos —dice Blake, guiándome hacia el interior de la sala.

Me presentan a leyendas como si fueran tíos normales.

Hunter Brody, el entrenador principal, me mira de arriba abajo con la mirada calculadora de alguien que ha visto todo tipo de jugadores y puede detectar un punto débil a la legua. Pero su apretón de manos es firme, de aprobación.

—He oído cosas buenas sobre su ética de trabajo —dice con voz áspera—. Eso es lo que importa en Iron Ridge.

Logan Kane está de pie en una esquina, con su metro noventa y cinco de pura energía intimidante de *enforcer*. Me saluda con un gesto de la cabeza que, de alguna manera, parece de aceptación. La cicatriz que le va de la sien al pómulo le da el aspecto de haber pasado por guerras, pero sus ojos son sorprendentemente cálidos.

—Bienvenido a la familia —dice sin más.

Connor Walsh, el portero, está despatarrado en un sillón con una taza de café que dice «Aquí se paran los discos». Sonríe y me guiña un ojo cuando ve que la estoy mirando.

—Me la regaló mi novia —explica—. Se cree muy graciosa.

—No le falta razón —dice Ryder Scott, el chico más joven de la sala además de mí. Parece tener unos veinticuatro años, con una

sonrisa fácil y el tipo de energía que grita «novato al que la liga aún no ha machacado»—. Ya conocerás a Lucy. Es un trasto.

—Ryder es nuestro benjamín actual —explica Blake—. Pronto le quitarás el puesto.

—Encantado —digo, y lo digo en serio.

Esto es todo lo que soñé de niño, cuando lanzaba discos en mi patio a las dos de la madrugada. Ser aceptado por tíos como estos. Que me traten como a un igual en lugar de como a un simple fichaje en potencia.

—Bueno —Connor se inclina hacia delante—, ¿estás listo para esta noche? ¿Listo para convertirte en el chico de oro de Iron Ridge?

—Llevo toda la vida preparándome —respondo automáticamente.

Y es verdad. Este momento —sentado con estas leyendas, siendo bienvenido a su mundo— debería ser la culminación de todo por lo que he trabajado.

Entonces, ¿por qué lo siento incompleto?

¿Por qué no puedo dejar de pensar en unos ojos azules y en cómo se veía el pelo de Cassie esparcido por mi almohada?

—El chaval tiene esa mirada —observa Logan—. Como si hubiera visto mucha mierda.

—¿Y quién no? —masculla Hunter, el entrenador.

Blake se recuesta en su sillón. —La noche del draft es una jodida locura, incluso cuando sabes a dónde vas. Un minuto eres un candidato y al siguiente eres propiedad de una organización. Tu vida entera cambia en treinta segundos.

—¿Algún consejo? —pregunto.

—Sí —sonríe Connor—. No dejes que la presión te afecte. Y, desde luego, no hagas ninguna idiotez antes de la ceremonia. Nada de bodas en Las Vegas ni conducir borracho ni…

El estómago me da un vuelco como si me hubieran estampado contra las vallas.

—…no es que nos preocupemos por ti —continúa Connor, ajeno a mi colapso interno—. Pareces tener la cabeza bien amueblada.

Bodas en Las Vegas. Las palabras retumban en mi cráneo.

Blake empieza a hablar de la cultura del equipo, de lo que significa llevar la camiseta de Iron Ridge. Los otros chicos intervienen con

historias, consejos, bromas. Yo asiento en los momentos adecuados, hago preguntas apropiadas, pero parte de mi cerebro está atascado en esos papeles de anulación que me queman en el bolsillo.

—He oído que la coordinadora del evento se ha superado esta vez —dice Ryder, señalando hacia las ventanas, desde donde podemos ver el montaje del pabellón—. Todo tiene una pinta increíble. Nos espera una buena noche, chicos.

—La hija de Big Mike sabe lo que se hace —añade Connor—. Siempre lo ha sabido.

Me quedo helado.

La hija de Big Mike.

La confirmación que tanto temía desde que Blake mencionó el apellido Hawthorne el otro día. Sabía que este momento era posible —joder, sabía que era *probable*—, pero oírlo confirmado lo convierte en algo real que me hiela la sangre.

Cassie Hawthorne. La mujer cuyos papeles de anulación me queman en el bolsillo.

La hija del hombre que está a punto de convertirme en la imagen de su franquicia.

Ella *va a estar* allí esta noche. Estará allí, como la mujer que dice odiar el hockey, presentando el evento que me convierte en el futuro de toda la liga.

—¿Está bien, chaval? —la voz de Logan me saca de mi pánico—. Parece que ha visto un fantasma.

—Estoy bien —grazno—. Solo… procesándolo todo.

Pero no estoy bien. Soy todo lo contrario a estar bien.

Todavía estoy intentando asimilarlo todo cuando la puerta de la suite se abre de golpe.

—¿Dónde está mi futura superestrella?

Levanto la vista y Michael «Big Mike» Hawthorne llena el umbral como si fuera el dueño no solo de esta habitación, sino de todo el Strip de Las Vegas.

Es exactamente como me lo esperaba. Una presencia imponente, un traje caro, el tipo de confianza que proviene de construir imperios del hockey.

Viene directo hacia mí, y de repente me veo envuelto en un abrazo con palmadas en la espalda que probablemente podría romper costillas.

—¡Jackson, puto Holt! —brama—. ¡Mírele! ¡La futura cara del hockey profesional!

Todos en la sala se enderezan. Incluso Blake se somete a este hombre, y Blake no se somete a nadie.

—Señor Hawthorne —consigo decir—. Es un honor.

—Big Mike. Llámeme Big Mike. —Me agarra por los hombros, estudiándome como si yo fuera un caballo de carreras de primera—. ¿Sabe? Llevo siguiendo su carrera desde la liga juvenil. ¿Ese gol que marcó contra Calgary? Poesía en movimiento, hijo. Puta *poesía.*

Se me hincha el pecho a pesar de todo.

Es Big Mike diciéndome que me ha estado observando. A mí. Al chaval de una infancia de mierda que aprendió a cocinar a los nueve años porque su padre estaba demasiado borracho para acordarse de que existía la cena.

—Gracias, señor. Mike. No sabe cuánto significa para…

—Déjese de esas gilipolleces de modestia —me interrumpe con una sonrisa—. Está a punto de convertirse en la piedra angular de esta franquicia. Contrato de varios años, oportunidades de patrocinio, todo el lote. Va a ganar más dinero del que sabrá qué hacer con él, chaval.

Los otros tíos intercambian miradas.

Todos han pasado por este paripé, pero hay algo diferente en la forma en que Mike habla de mí. Como si no fuera un simple fichaje más del draft.

Como si yo fuera el elegido.

—Me encanta Iron Ridge —digo, sinceramente—. He estado leyendo sobre la ciudad, la gente, la cultura. Me encanta lo que ha construido aquí. Solo este evento ya es increíble, así que estoy deseando ver el resto.

El pecho de Mike se infla de orgullo. —Buen chico. Todo eso es cosa de mi hija. La niña tiene un don para montar un espectáculo. Ha salido a su padre en lo que respecta a la organización y la atención al detalle.

Se me hiela la sangre.

Cassie.

—Ella ha coordinado todo esto —continúa Mike, ajeno a mi creciente horror—. Es una chica brillante. Debería conocerla, de hecho. Probablemente esté por aquí, asegurándose de que cada detalle sea perfecto, por supuesto.

—Eso… eso no es necesario —digo rápidamente, pero Mike ya se dirige hacia la puerta.

—¡Tonterías! Venga, le presentaré a mi preciosa niña.

No se equivoca. Ella *es* preciosa.

Pero mientras siento el papel en mi bolsillo prácticamente quemándome contra el pecho… tengo un mal presentimiento sobre esto.

Los otros tíos nos siguen, probablemente curiosos por ver a su jefe en modo padre orgulloso. Yo voy detrás como si caminara hacia mi propia ejecución, mi mente repasando todas las formas posibles en que esto podría salir mal.

Alerta de spoiler: todas son malas.

Atravesamos el espacio del evento, que ha sido completamente transformado desde que lo vi ayer.

Incluso yo tengo que admitir que… el trabajo de Cassie *es* jodidamente increíble.

Todo es perfecto, desde la iluminación hasta las pancartas y la forma en que fluye todo el espacio. Ha transformado un salón de eventos genérico de hotel en el paraíso del hockey.

Y allí está ella.

De pie, cerca de la mesa de registro, con una impecable americana rosa y tacones, el pelo recogido en un moño y un portapapeles en la mano. Está en pleno modo de trabajo, dando indicaciones a los miembros del equipo, tachando cosas de su lista y con un aspecto increíblemente atractivo mientras lo hace.

Está magnífica.

Y está a punto de descubrir que no soy un tío cualquiera con el que se lio en Las Vegas. Está a punto de saber la respuesta a la pregunta que sé que tenía en la punta de la lengua anoche.

Soy jugador de hockey. Soy el fichaje estrella de su padre.

Y soy todo lo que ella odia.

—¡Cassie! —grita Mike, su voz resonando por toda la sala.

Se da la vuelta y, por una fracción de segundo, la máscara se le cae. Veo cómo se le abren los ojos, veo cómo se le va el color de la cara al darse cuenta de que estoy de pie junto a su padre.

Luego se endereza y que me jodan si esa máscara no vuelve a encajar en su sitio como si nada hubiera pasado. Ningún matrimonio accidental. Ningún sexo increíble.

Nada.

—Cielo, ¡ven a conocer a tu futura estrella! —continúa Mike, ajeno a la tensión que crepita entre nosotros.

Cassie se acerca con pasos cuidadosos. No aparta los ojos de los míos y casi puedo ver su cerebro trabajando, intentando averiguar cómo manejar esto.

—Jackson Holt —dice Mike con orgullo—, te presento a mi hija, Cassie Hawthorne. La mujer que te anunciará al mundo esta noche.

Nos quedamos ahí, mirándonos el uno al otro mientras Mike sonríe orgulloso entre nosotros. Los papeles de la anulación en mi bolsillo parece que pesan mil kilos.

—Encantada de conocerte —dice Cassie con cuidado, tendiéndome la mano como si fuéramos desconocidos.

—El placer es todo mío —respondo, tomando su mano y apretándola un segundo más de la cuenta.

Mike me da otra palmada en el hombro. —Cassie es la mejor en lo suyo. Podría planear una boda en una capilla y hacer que pareciera un cuento de hadas.

Casi me atraganto.

Cassie se pone pálida, pero su sonrisa no flaquea.

—Eso es… todo un cumplido, papá.

—Bueno, vosotros dos tendréis mucho tiempo para conoceros —dice Mike—. No se lo diga a nadie, estrella, pero espero que Cassie vuelva a casa y se encargue de los eventos de relaciones con los jugadores. Así que pórtese bien, ¿eh? Se verán a menudo.

Estoy tan jodidamente jodido.

Capítulo doce

Cassie

Quedan dos horas para que empiece el espectáculo y estoy ladrando órdenes como un sargento instructor con sobredosis de cafeína.

—Mueve esa escultura de hielo siete centímetros a la izquierda —le grito al equipo, señalando con mi portapapeles—. Y que alguien me diga por qué la iluminación de la sección C parece el vómito de una discoteca.

La enorme réplica de la Copa Stanley ahora capta la luz a la perfección, proyectando arcoíris prismáticos por el suelo. A mi alrededor, el recinto bulle con un caos controlado. Los floristas colocan los centros de mesa, los técnicos de sonido hacen las últimas comprobaciones del equipo y los becarios corretean de un lado a otro con tabletas y auriculares pegados al cráneo como si estuvieran coordinando una jodida misión espacial.

Es magnífico.

Cada detalle, cada ángulo, cada puto pétalo de flor está exactamente donde debe.

Y esto lo he hecho yo. Todo.

No la hija de Big Mike. No una princesita del hockey con un fondo fiduciario y los contactos de papá.

Yo.

Cassie Hawthorne, productora de eventos de Las Vegas por excelencia.

—Esto es otro nivel, Cass —aparece Dana a mi lado, con su habitual compostura resquebrajada por una admiración genuina—. He estado en cientos de estos eventos, y esto... —hace un gesto hacia el salón de baile transformado—. Esto es arte.

Debería sentirme orgullosa. Reivindicada, incluso.

Como si por fin hubiera demostrado que soy algo más que el legado de mi padre.

En lugar de eso, tengo el estómago revuelto como si me hubiera bebido leche caducada.

Porque al otro lado de la sala, rodeado por un enjambre de periodistas y equipos de cámara, está Jackson Holt con un traje azul marino perfectamente entallado. Lleva el pelo lo bastante despeinado como para parecer natural y su sonrisa es brillante y está entrenada para los medios mientras responde a preguntas que no puedo oír, pero que probablemente giran en torno a su «*brillante futuro con los Iron Ridge Icehawks*».

Parece el sueño húmedo de toda groupie del hockey. Impecable. Profesional. Listo para convertirse en el rostro de una franquicia en cuestión de horas.

También está jodidamente apetecible, y mi cuerpo traidor responde con un aleteo de calor en el bajo vientre para el que no tengo tiempo ahora mismo.

Céntrate, Cassie. Solo es otro jugador. Solo otra cara bonita con buenas manos y...

Sus ojos encuentran los míos a través de la abarrotada sala como si tuviera algún tipo de radar sintonizado específicamente con mi frecuencia. Incluso con cincuenta personas entre nosotros, incluso con los periodistas metiéndole los micrófonos en la cara, su mirada se clava en la mía con una expresión que me corta la respiración.

El recuerdo de esos mismos ojos mirándome fijamente anoche, con las pupilas dilatadas por el deseo mientras se movía dentro de mí, cruza mi mente con una claridad casi... *pornográfica*.

Joder. Contrólate, Cassie.

Me agacho detrás de la escultura de hielo, presionando la espalda contra la fría superficie y maldiciendo mi vida entera.

—Solo, hum… comprobaba la simetría de la iluminación —le anuncio a mi desconcertada ayudante, que sin duda sabe que me estoy escondiendo como una adolescente que evita a su ex en el baile de fin de curso.

Me vibra el móvil y la cara de Mia aparece en la pantalla. Por supuesto que llama ahora. Mi mundo se está desmoronando y su sentido de la oportunidad es perfecto. Como siempre.

—¿Qué quieres, Mia? —respondo bruscamente, echando un vistazo por detrás de la escultura cuando oigo la profunda risa de Jackson desde el otro lado de la sala.

—Por favor, dime que no te estás escondiendo otra vez de tu marido accidental —dice la voz de Mia en el altavoz, demasiado alegre para alguien que debería tomarse esta situación en serio.

—No es mi… —empiezo a decir, y luego me contengo antes de gritar groserías delante del personal del catering—. Cállate, Mia.

—Oh, cielo —se ríe, y casi puedo ver su sonrisa de suficiencia a través del teléfono—. Pues claro que sí.

—Estoy trabajando —siseo, adentrándome más tras la escultura—. Este es el evento más importante de mi carrera, y no voy a dejar que un... un jugador de hockey con abdominales y un complejo de superioridad me lo arruine.

—¿Abdominales y un complejo de superioridad? —el tono de Mia sube una octava—. Eso es sospechosamente específico. Sophia va a venir. Estamos listas para ver tu programa en ESPN. Salúdanos, ¿vale?

—Tengo que colgar —la corto, porque lo último que necesito es saber que, si la cago esta noche, todo el país estará mirando.

Pero antes de que pueda colgar, una voz familiar retumba detrás de mí.

—¡Cassie!

Me doy la vuelta y veo a mi padre acercándose con esa presencia imponente que abre paso entre la multitud como si fuera el mar Rojo. Incluso a sus sesenta y tres años, mi papi querido se mueve por el mundo como si fuera suyo.

Lo cual, seamos sinceros... En los círculos del hockey como este, prácticamente lo es.

—Papá —consigo decir, guardándome el móvil en el bolsillo de la americana—. Todo va según lo previsto. La prueba de sonido ha salido perfecta, el…

—Bien, bien —descarta mi informe con el desdén casual que he recibido toda mi vida—. Escucha, necesito que le enseñes a Jackson Holt la sala VIP. Asegúrate de que esté cómodo esta noche. Responde a cualquier pregunta que tenga sobre el desarrollo del evento.

El estómago me dio un vuelco hasta caer a mis tacones de diseño. —¿Hum…? Estoy segura de que Dana puede encargarse de la visita VIP. Yo debería quedarme aquí y…

—Cassie —su voz adopta ese tono. El que dice que no es una petición—. Él es la estrella de esta noche. El futuro de mi franquicia. Quiero que sepa que se le aprecia.

¿Por mí? ¿Específicamente por mí? ¿La hija que supuestamente odia todo lo relacionado con el hockey?

Y yo que pensaba que era la única Hawthorne con mal juicio.

—Por supuesto —me oigo decir, aunque mi cerebro grite en protesta—. Me encargaré de ello.

Papá sonríe, todo orgullo paternal y satisfacción empresarial. —Esa es mi chica.

Pongo mi mejor sonrisa profesional y me alejo antes de que pueda decir nada más, moviendo los tacones rápidamente mientras me dirijo al pasillo de la zona VIP.

En el momento en que doblo la esquina, la sonrisa se desvanece.

Porque por supuesto que me pediría que hiciera esto. A mí, de entre todas las personas. Como si no fuera ya bastante difícil mantener mis barreras con Jackson cerca. ¿Ahora tengo que acompañarlo personalmente por un espacio lleno de luces tenues y muebles de felpa?

Perfecto. Simplemente perfecto.

Para cuando llego a la sala, me he mentalizado para entrar en modo de bloqueo emocional.

La sala VIP es una obra maestra de lujo discreto. Asientos de suave cuero en azul marino intenso, una iluminación ambiental que hace que todo el mundo parezca el protagonista de su propia película y una vista del escenario principal que grita *eres lo bastante importante como para estar aquí*.

He diseñado cada centímetro de ella. La paleta de colores, la disposición de los muebles, incluso las elegantes servilletas de cóctel con el logotipo de la NHL en relieve perfectamente colocado en la esquina.

Pero ahora…

Ahora estoy aquí con Jackson Holt, intentando mantener la distancia profesional mientras mi cuerpo grita a pleno pulmón dentro de mi cabeza, diciéndome exactamente a qué sabe, cómo se siente, cómo podría cambiar toda mi vida para siempre.

Me pongo manos a la obra, enseñándole el lugar. Ignorando la forma en que no deja de mirarme. Ignorando las mariposas que aletean en mi estómago a cada paso que damos.

—La barra está totalmente surtida con lo mejor de cada casa —recito con mi voz más pulida de coordinadora de eventos.

Esto es incómodo. Jodidamente incómodo.

—Tendrás camareros asignados, y esta zona de asientos te da el ángulo perfecto para las fotos sin…

—Cass —la voz de Jackson me interrumpe como un cuchillo al rojo vivo. Mira por encima de su hombro para comprobar que estamos solos—. Tenemos que hablar.

No lo miro. En lugar de eso, señalo la plataforma elevada cerca de las ventanas y finjo que no oigo ni una palabra de lo que dice.

—Los fotógrafos querrán hacerte fotos aquí, con el escenario principal de fondo. La iluminación está diseñada específicamente para…

—Cassie. *Basta* —se acerca un paso más, y de repente el espacio entre nosotros crepita con electricidad—. Por favor. Para y escúchame un minuto. Esto es ridículo.

No inhales. No te des la vuelta. No te des cuenta de que huele a colonia cara y a malas decisiones.

—Ah, y antes de que se me olvide... ¿prefieres la iluminación azul o el ámbar suave para el fondo del fotomatón? —pregunto alegremente, como si mis bragas no estuvieran húmedas por el recuerdo de su boca entre mis muslos.

Puedo sentir su frustración irradiando de él en oleadas. Bien. Que se frustre. Esto tampoco es fácil para mí.

¿Sería fácil seguir adelante y enamorarme de él ahora mismo? Por supuesto que lo sería. Ridícula, patética y embarazosamente fácil.

Como caerse por un tramo de escaleras... rápido, inevitable y destinado a dejar moratones en lugares que nadie más puede ver. Podría fácilmente dejarme creer que el chico de oro del hockey podría querer algo más que otra conquista en otra ciudad.

Pero, por tantas razones que he jurado cumplir durante años, simplemente... no puedo.

Un periodista aparece en la entrada de la sala, con un equipo de cámara a cuestas. —¿Señor Holt? Estamos listos para esa entrevista sobre sus predicciones para el *draft*.

¡Sí! Gracias, universo.

—Por supuesto —dice Jackson con suavidad, apartando brevemente los ojos de mi cara para responderles—. Denme solo un minuto más.

Aprovecho la distracción para escabullirme hacia el pasillo, encontrando una oportunidad para escapar.

Necesito alejarme. Muy, muy lejos, antes de ceder.

Pero con lo que no cuento es con que Jackson aparentemente posee habilidades de sigilo de nivel ninja, porque está justo detrás de mí cuando doblo la esquina.

—No puedes seguir evitándome —dice.

—No te estoy evitando —miento, caminando más deprisa, deseando que estos tacones no fueran tan altos—. Estoy trabajando.

—Pamplinas.

Me meto en lo que creo que es un pasillo vacío, pero la zancada más larga de Jackson me alcanza fácilmente. Detrás de las paredes de la sala de eventos hay un laberinto, y cuando doblamos otra esquina en el mismo momento, viniendo de direcciones opuestas, chocamos de frente.

El impacto me hace trastabillar hacia atrás, directa hacia la puerta abierta de lo que parece ser un oportuno armario de suministros.

El impulso de Jackson también lo lleva hacia delante, y de repente estamos los dos dentro del pequeño espacio, con la puerta cerrándose de golpe detrás de nosotros.

Oh, joder. ¿En serio?

El armario es apenas lo bastante grande para dos personas, forrado con estantes de ropa de repuesto y productos de limpieza. No huele a... nada. Literalmente no huele a nada.

Hay una sola bombilla desnuda en el techo, que proyecta duras sombras que, de alguna manera, hacen que los pómulos de Jackson parezcan aún más esculpidos.

Estamos cerca.

Tan cerca que puedo sentir el calor que irradia su cuerpo, ver el pulso saltar en su garganta. Mi espalda está presionada contra una pila de manteles, y él está de pie entre la puerta y yo como un obstáculo muy atractivo y muy complicado.

—¿Por qué me evitas? —pregunta Jackson, su voz rozando mis labios.

Levanto la barbilla, reuniendo cada gramo de frialdad profesional que poseo.

—Porque esto... nosotros... fue un error.

Su mandíbula se tensa. —No parecía un error cuando gemías mi nombre anoche.

El calor inunda mis mejillas, mi centro, cada parte traidora de mi cuerpo que recuerda exactamente lo bien que me hizo sentir.

—Eso fue... una locura transitoria —digo, tratando de ignorar cómo su proximidad hace que me hormiguee la piel—. Un lapso momentáneo de juicio provocado por demasiado champán y esa cosa que haces con los hoyuelos cuando sonríes.

Sus ojos se oscurecen, y esos mismos hoyuelos hacen su aparición. Maldita sea. Tengo que morderme el labio para no hacer una estupidez.

—Qué curioso, porque yo estaba completamente sobrio cuando decidí que te deseaba. ¿Y estos hoyuelos? —se inclina más cerca, su aliento cálido contra mi oreja—. No son nada comparado con la

forma en que te muerdes el labio. Incluso cuando intentas no sonreírme.

Le doy un empujón en el pecho y libero mi labio inferior de entre los dientes, pero no se mueve. —Déjame salir, Jackson.

—No hasta que me digas por qué te fuiste sin despedirte —sus ojos escudriñan mi cara con una intensidad que me hace querer confesarlo todo—. Vamos, Cass... ¿Ni una nota? ¿Ninguna explicación? Solo tu firma en esos papeles como si lo de anoche no significara nada.

—¡Jackson, fue cosa de una noche! —grazno, odiando no estar segura de si lo que digo es verdad—. Salimos, nos emborrachamos... nos divertimos y bailamos. Bebimos *demasiado* e hicimos lo que todo el mundo hace en Las Vegas.

Me lanza una mirada. —Exacto. Fue divertido. Siempre que estamos juntos es divertido... así que, ¿por qué sigues huyendo?

Voy a abrir la boca, pero él presiona un dedo contra mis labios, sellando mi voz. Odio que mi cuerpo le responda tan instantáneamente, como si supiera algo que mi cerebro se niega a reconocer.

—Y esta vez quiero la verdad.

Un largo y pesado suspiro se escapa de mi pecho, arrastrando con él todas mis defensas cuidadosamente construidas.

Me tomo un momento para mirarlo a los ojos. Esos preciosos, impresionantes ojos que me atrajeron aquella tarde junto a la piscina. Ojos que de alguna manera vieron más allá de mi fachada de reina de hielo cuando estaba sentada sola, tomando una copa y fingiendo que no me escondía de otro evento de hockey ni ahogaba mis penas por ser un completo fracaso.

—Porque ahora sé quién eres —susurro, odiando lo entrecortada que sueno.

—Siempre has sabido quién era.

—No, yo conocía a *Jax*. El desconocido de la piscina. El hombre misterioso que me hizo reír y olvidar el mundo por una noche. El hombre que no preguntó por mi trabajo, por mi padre ni por mis contactos ni... —me interrumpo, dándome cuenta de que estoy revelando demasiado.

—Sigo siendo la misma persona, Cassie.

—¿Lo eres? —lo desafío—. Porque el Jackson Holt que veo ahí fuera, rodeado de periodistas, agentes y el sueño de gloria y campeonato de cualquier otro jugador de hockey... ese no es el hombre al que convencí para que se casara conmigo por diversión en una capilla de Las Vegas.

—Te equivocas. Que juegue al hockey no significa que no sea un buen tipo —levanta la mano para acariciarme la cara, su pulgar rozando mi pómulo—. Dime que no quieres esto, Cass. Dímelo y te prometo que presentaré esos putos papeles y te dejaré en paz.

Las palabras se me atascan en la garganta.

Porque tiene razón.

Sí que quiero esto. Lo quiero a él. Quiero la forma en que me mira como si fuera la mujer más fascinante que ha conocido, no solo una conexión conveniente en el mundo del hockey.

Pero querer algo y poder tenerlo son dos cosas muy diferentes.

—¿Ves? No puedes decirlo. Porque te estás engañando a ti misma. Pero yo no voy a renunciar a ti, Cassie —murmura, su aliento cálido contra mi oreja—. Nunca.

—Jackson, nosotros…

—Ya verás. Solo espera. Te lo demostraré, cariño. Te demostraré lo bien que podemos estar si consigues dejar atrás el pasado.

Sus dedos trazan la línea de mi mandíbula y siento que me derrito hacia él. Mi corazón martillea contra mis costillas como si estuviera tratando de liberarse y saltar directamente a sus manos.

—Estás haciendo esto imposible —susurro, mi voz traicionándome con su temblor.

—Bien —su pulgar traza mi labio inferior, y lucho contra el impulso de tomarlo entre mis dientes—. Algunas cosas deberían ser imposibles de ignorar.

Cierro los ojos, tratando de centrarme, pero eso solo lo empeora.

Mi cuerpo se balancea hacia él por voluntad propia, como si él fuera la gravedad y yo estuviera indefensa ante su atracción. Quiero besarlo. Dios, quiero besarlo tanto que casi puedo saborearlo.

Pero si lo hago, sé que estaré perdida.

Presiono mis palmas contra su pecho, sintiendo su corazón acelerado bajo mis dedos. Coincide con el mío, este ritmo frenético de deseo, miedo y posibilidad.

Entonces, justo cuando estoy a punto de cerrar la distancia entre nosotros, o posiblemente de entrar en combustión por la tensión, la puerta se abre de golpe.

—¡Perdón, perdón! —un becario con los ojos como platos y un brazo cargado de cinta adhesiva retrocede trastabillando—. No quería... ¿están ustedes…?

Me aparto de Jackson de un salto como si estuviera en llamas, mi cara ardiendo de vergüenza.

—¡No! Estábamos... la iluminación de aquí es... estaba comprobando el…

—El inventario de suministros —termina Jackson con suavidad, sin parecer ni un poco nervioso. No me extraña que sea la primera elección del *draft*—. Asegurándonos de que tenemos todo lo que necesitamos para esta noche.

El becario asiente con incertidumbre, claramente sin tragarse nuestra mentira. —Vale... bueno, yo solo necesito un poco de esta cinta...

Paso corriendo junto a ambos, murmurando algo sobre problemas urgentes con el catering, y huyo por el pasillo con toda la dignidad que puedo reunir.

Que, ahora mismo, es aproximadamente cero.

Escapo de Jackson, ganando algo de tiempo para pensar. Encuentro un lugar, escondida detrás de las cortinas del escenario principal, observando cómo se desarrollan los preparativos finales mientras intento que mi ritmo cardíaco vuelva a algo parecido a la normalidad.

El lugar se está llenando de personalidades, ejecutivos del equipo y medios de comunicación. La energía es eléctrica. Todo por lo que he trabajado está a punto de culminar en una velada perfecta.

Pero no puedo hacer esto. No puedo estar aquí para ver cómo el hombre de mis sueños se convierte en mi mayor pesadilla.

Encuentro a Dana cerca de la cabina de sonido principal, coordinando frenéticamente con el equipo de retransmisión que

entrará en directo en cualquier momento.

—Dana. Cambio de planes —anuncio.

Levanta la vista, con las cejas arqueadas. —¿Ahora? ¿Estás segura? Estamos a minutos de empezar, chica.

—Voy a cambiar quién anuncia la elección final del *draft* —continúo, ignorando la sensación de que se me hunde el pecho—. No seré yo.

Dana parpadea, claramente confundida. —Pero tu padre pidió específicamente…

—Mi padre lo entenderá —miento con suavidad—. Tendrás que encargarte tú del anuncio.

La decisión se asienta sobre mí con una calma sorprendente.

En esto soy buena. En el control de daños, las retiradas estratégicas, en protegerme antes de que nadie más pueda hacerlo por mí.

Hui de Iron Ridge, y ahora, estoy huyendo de Las Vegas. De *él*.

Para cuando Jackson suba a ese escenario esta noche, no seré más que una firma en un certificado de anulación y un recuerdo que él pueda enterrar tan profundamente como quiera su agente.

Y tal vez, solo tal vez... finalmente seré libre.

O eso, o estaré sola para siempre, viviendo con nada más que remordimientos.

Capítulo trece

Jackson

Estoy detrás del telón, a treinta segundos de que me nombren la primera elección del draft de la NHL, y en lo único que puedo pensar es en cómo la he perdido.

Las cámaras están listas. Los Icehawks están listos. Joder, se *supone* que yo debería estar listo.

Pero no lo estoy.

—Dos minutos, señor Holt —dice una ayudante de producción con auriculares asomando la cabeza por detrás del telón—. Lo llamarán después de las últimas palabras del comisionado.

Asiento, ajustándome la corbata por décima vez. Mis dedos rozan el bolsillo interior de la chaqueta, donde los papeles de anulación de Cassie siguen guardados, doblados y sin firmar, desgastados en los pliegues de tanto abrirlos y cerrarlos.

Esta debería ser la mejor noche de mi vida.

Todo por lo que he trabajado desde que tenía cinco años, lanzando discos en el jardín mientras papá gritaba «¡otra vez!» desde el porche, con una cerveza en la mano.

Todo lo que me prometí a mí mismo que conseguiría cuando me fui de casa a los diecisiete años, decidido a ser algo más que otra historia de hockey que acaba mal.

Pero en lo único que puedo pensar es en Cassie.

No puedo dejar de repetirlo en mi mente… ella alejándose de mí. Una y otra vez en mi cabeza, como un vídeo de mejores jugadas que ha salido mal. Ella diciendo que todo fue un error, aunque su cuerpo dijera lo contrario. Aunque le temblaran los labios cuando me dijo que no podíamos hacer esto. Aunque me mirara como si ya supiera que me quería y eso la asustara de muerte.

Me quedo paralizado detrás del telón mientras la revelación me golpea como una embestida por el lado ciego.

La quiero.

Estoy enamorado de Cassie Hawthorne.

No es solo que me atraiga. No es solo que me fascine. No es solo que tenga ganas de ver adónde podría llegar este extraño matrimonio.

La *quiero*.

La verdad se asienta en mi pecho, cálida, aterradora y absoluta. Es un sentimiento que nunca antes había tenido. Tal certeza, un puto convencimiento hasta la médula de que alguien importa más que el juego, más que el contrato, más que todo lo que me he pasado la vida persiguiendo.

Me empiezan a temblar las manos.

Los latidos de mi corazón retumban en mis oídos, ahogando la voz del comisionado que resuena por los altavoces. La expectación del público parece lejana, completamente irrelevante en este momento.

¿Cómo ha pasado esto tan rápido? Apenas nos conocemos. Nos conocimos en una piscina, nos emborrachamos, tomamos la decisión más impulsiva posible y pasamos una noche juntos.

Eso no es tiempo suficiente para enamorarse.

Excepto que lo fue.

Lo *es.*

Y dejé que se fuera. Dejé que firmara esos papeles. Dejé que creyera que esto solo era un error de Las Vegas.

—Treinta segundos, señor Holt.

Meto la mano en el bolsillo para coger los papeles de anulación, mis dedos se cierran sobre ellos mientras todo se vuelve claro de repente.

—¿Estás bien, chaval?

La voz de Blake atraviesa la niebla, y me doy cuenta de que he estado caminando en un círculo de tres metros como un loco.

—Sí —miento.

Me estudia con esa molesta intuición de capitán que tiene. Sin embargo, no insiste. Solo me da un apretón firme en el hombro. —Respira hondo. Este es tu momento.

Mi momento.

Claro.

La voz del presentador resuena desde el escenario. —Y ahora, con el último anuncio de la noche…

El equipo de producción se aparta, indicándome con un gesto que me ponga en posición.

—Te toca —dice Blake.

Llega la llamada.

—… El momento que todos estábamos esperando… Los Iron Ridge Icehawks se enorgullecen de seleccionar, como la primera elección general en el Draft de la NHL de este año a… ¡JACKSON HOLT!

El telón se descorre lentamente, revelando el escenario centímetro a centímetro. Los focos me golpean en la cara, obligándome a entrecerrar los ojos mientras los rayos candentes me atraviesan la visión. Más allá del resplandor cegador, un muro de sonido se estrella contra mí. Cientos de voces se funden en una ola atronadora mientras el público estalla en aplausos y vítores que vibran a través de las tablas del suelo bajo mis pies.

Subo al escenario, pero en ese instante, el guion que he ensayado cien veces se evapora de mi mente.

Madison me va a matar.

Las luces son cegadoras. El ruido, ensordecedor.

Todos los drafts de la NHL que he visto en la tele me han preparado para este momento. El apretón de manos con el comisionado, la entrega de la camiseta con Big Mike, la sesión de fotos de nosotros sonriendo que se repetirá durante años.

Sigo los pasos de forma automática. Doy la mano. Sonrío. Acepto la camiseta verde y gris de Iron Ridge con mi nombre ya estampado en la espalda.

—Felicidades, hijo —dice Big Mike, dándome una palmada en la espalda.

¿Hijo? Si él supiera…

Cuando las cámaras dejan de disparar y Big Mike y el comisionado retroceden, señalando el micrófono para que dé mi discurso preparado, algo dentro de mí cambia.

Ajusto la altura del micrófono y, cuando levanto la vista, entre bastidores… justo al fondo de la sala, justo debajo de la señal de salida de neón verde… la veo.

Cassie.

Tiene los brazos cruzados sobre el pecho, el rostro inexpresivo, excepto por el brillo de una lágrima que se desliza por su mejilla.

Agarro el borde del micrófono, estabilizando mi voz mientras el pulso me golpea las costillas.

—Tenía un discurso —empiezo, con los ojos fijos en los suyos—. Uno bueno, por lo visto. Lo he practicado toda la semana.

Se oye una suave oleada de risas entre el público.

—Pero no voy a leerlo. Antes de poder ser el futuro de Iron Ridge, necesito arreglar mi pasado.

A un lado del escenario, Madison se mueve inquieta, probablemente ya a punto de sufrir un infarto. Big Mike inclina la cabeza detrás de mí, la confusión parpadeando en su rostro.

Siento cómo cada cámara perfectamente colocada en la sala enfoca mi cara, como si el mundo entero se hubiera enderezado y empezara a prestar atención.

—Hace una semana, vine a Las Vegas a celebrar el draft —digo—, y acabé en una capilla a las tres de la mañana, casándome con una mujer que me miró como si viera a través de cada capa con la que he intentado esconderme.

Las risas cesan.

—Era terca. Jodidamente aguda. Llevaba un vestido diminuto como si supiera exactamente el tipo de lío que estaba a punto de causar.

Veo que los labios de Cassie se separan con una ligera risa. Sus manos se descruzan del pecho.

—Y sí, estábamos borrachos. Fuimos imprudentes. Pero sabéis qué… —Hago una pausa, dejando que el silencio de la sala me envuelva—. Lo haría todo otra vez. Cada minuto. Porque esa noche me la dio a *ella*.

Levanto el brazo, señalando directamente el rostro de Cassie, surcado por las lágrimas, al fondo de la sala.

—Esa mujer de ahí —Cassie Hawthorne— es mi mujer. Mi mujer accidental. Mi mujer *perfectamente* accidental.

Un jadeo colectivo recorre a la multitud. Los flashes de las cámaras explotan como relámpagos. Detrás de mí, oigo lo que parece ser Big Mike ahogándose.

—Sé lo que estáis pensando. Este chico está tirando por la borda todo por lo que ha trabajado. Y quizá sea así. —Saco los papeles de anulación sin firmar del bolsillo de la chaqueta y los levanto—. Llevan quemándome en el bolsillo todo el día.

Todo el salón de baile ha enmudecido, a excepción del frenético cliquear de las cámaras.

—Cassie piensa que somos un error. Que lo que pasó en Las Vegas debería quedarse allí. —Arrugo los papeles en mi puño—. Pero los mejores momentos de mi vida han sido con ella. Aunque solo fuera por una noche.

Me giro ligeramente, mirando directamente a Big Mike, cuyo rostro ha pasado por al menos cinco tonos diferentes de rojo.

—Así que, señor Hawthorne… ¿esto anula ese elegante nuevo contrato que estaba a punto de ofrecerme? —Le dedico una sonrisa que es a partes iguales aterradora y desafiante—. Porque necesito dejar clara una cosa: quiero a su hija. Y eso significa más para mí que cualquier acuerdo, cualquier prima de fichaje, cualquier camiseta.

Vuelvo a mirar a Cassie, que no se ha movido ni un centímetro, congelada bajo el resplandor verde de la señal de salida.

—Me he pasado toda la vida demostrando a la gente que se equivocaba. Demostrando que era lo bastante bueno. Lo bastante digno. —Se me quiebra la voz—. Pero contigo, Cassie, no tuve que demostrar nada. Tú me viste. Solo a mí. No al candidato, no a la elección del draft. Solo a Jax.

Respiro hondo.

—Te quiero, Cassie Hawthorne. Y no me importa si me cuesta todo por lo que he trabajado. Hay cosas por las que vale la pena arriesgarse.

El silencio en la sala es ensordecedor. Un millar de ojos van y vienen de mí a Cassie y a Big Mike.

—Entonces, ¿qué me dices, esposa? ¿Quieres darle a este jugador de hockey una oportunidad de verdad?

El público contiene la respiración, mil personas suspendidas en el tiempo mientras yo estoy ahí, con el corazón en un puño, esperando.

Entonces… Cassie se abre paso entre la multitud, su pelo capta la luz del foco mientras se mueve entre ejecutivos y periodistas. Se mueve rápido, con determinación en cada paso, de la misma manera que ha dirigido este salón de eventos hoy, de la misma manera que domina cualquier sala.

Sube los escalones del escenario y, antes de que pueda procesar lo que está pasando, se lanza a mis brazos.

La cojo al vuelo mientras sus piernas se enredan en mi cintura.

—Estás como una cabra —susurra contra mis labios, pero hay algo parecido al asombro en su voz.

—Loco por ti.

Pone los ojos en blanco, pero está sonriendo.

—Acabas de decirle al mundo que te has casado con la hija de Big Mike. ¡Estás loco!

Le aparto un mechón de pelo de la cara, consciente de que cada cámara captura este momento, pero sin que me importe en absoluto.

—Rectifico. Le he dicho al mundo que me he casado con la única mujer que me ha hecho sentir algo más que una camiseta.

El público estalla en aplausos y vítores. Alguien silba desde el fondo. En medio del caos, alcanzo a ver a Big Mike, que parece necesitar atención médica, su rostro oscilando entre la conmoción y algo que podría ser orgullo.

No sé qué significa esto para mi puesto en el equipo, pero ahora mismo, me importa una mierda.

Connor aparece de la nada y desliza una silla bajo Big Mike justo cuando sus rodillas se doblan. Blake ha aparecido en el escenario, liderando una ronda de aplausos en la sala, sosteniendo mi camiseta de los Iron Ridge Icehawks mientras la sala estalla.

Cassie apoya su frente en la mía, sus ojos azules anegados en lágrimas. Es una mirada de alegría, de puro alivio.

—Estoy cansada, Jax —admite, su voz solo para mí—. Cansada de fingir. De huir.

Sus dedos se enredan en mi pelo mientras las cámaras siguen disparando a nuestro alrededor.

—He estado hecha un asco. Y creo que por fin he descubierto por qué.

Sus pulgares recorren mis pómulos y siento que estoy flotando a pesar de su peso en mis brazos.

—Pasé tanto tiempo siendo la hija de Big Mike que me olvidé de quién era Cassie. Construí toda esta vida tratando de demostrar que no era solo una princesita del hockey, pero acabé sin nada. Sin trabajo. Sin casa. Nada. Nada que sintiera como real.

El micrófono capta cada palabra, pero ya no parece importarle. Sus ojos no se apartan de los míos.

—Entonces conocí a este tío ridículamente bueno en una piscina, y por una noche, no estaba huyendo. No estaba planeando. No estaba calculando mi siguiente movimiento. Era solo… yo.

Mi corazón martillea contra mis costillas. —Eras perfecta.

—Estaba borracha —corrige con una bonita sonrisita que nunca me cansaré de adorar—. Pero también estaba… *feliz*. Por primera vez en muchísimo tiempo, sentí que pertenecía exactamente donde estaba.

Aprieto más sus muslos, manteniéndola firme contra mí. —¿Y dónde es eso?

—Contigo, idiota —dice ella, con la voz quebrada—. ¿Tienes idea de lo que acabas de hacer? ¿De lo que esto significa para tu carrera?

—Sé exactamente lo que significa. —Le cojo la mano, aliviado de que no la aparte. *Por fin*—. Significa que te elijo a ti. Por encima de todo. Siempre.

—Eso es… —Niega con la cabeza, con las lágrimas amenazando—. Esa es una decisión profesional terrible.

—Menos mal que tengo el cuerpo para ser un modelo de ropa interior decente. O…

—…O un líder de una secta —termina Cassie, con una sonrisa extendiéndose por su cara—. ¿Recuerdas?

Me río, el recuerdo me golpea como uno de esos chupitos de tequila. —Sí. Me preguntaste si me unía a una secta o a un equipo deportivo.

—Y yo dije que esperaba que no fuera a un equipo deportivo porque…

—…porque odias a los hombres sudados —termino por ella.

La multitud a nuestro alrededor se ríe, aunque no tienen ni idea de qué estamos hablando. Este momento es solo para nosotros, aunque haya mil personas mirando.

—Sigo odiando a los hombres sudados —dice, sus dedos jugando con el pelo de mi nuca—. Pero podría hacer una excepción contigo.

—Qué generosa.

La bajo suavemente, mis manos todavía en su cintura. El público ha vuelto a guardar silencio, pendiente de cada una de nuestras palabras.

—¿Entonces, qué estás diciendo, Cassie Hawthorne? —No puedo evitar la esperanza que se cuela en mi voz—. ¿O ahora es Cassie Holt?

Me mira, esos ojos azul hielo derritiéndose.

—Estoy diciendo que quiero intentarlo. De verdad esta vez. Sin huidas, sin esconder quiénes somos. —Mira a su padre, que nos observa con una expresión indescifrable—. Aunque signifique aguantar a mi padre lanzándote discos a la cabeza durante las cenas familiares.

—Bueno… soy jugador de hockey. Por suerte se me da bastante bien esquivar —le recuerdo, atrayéndola hacia mí—. Cassie… no me importa dónde vivamos, cuál sea tu apellido o para qué equipo juegue —le digo, ahuecando su cara entre mis manos—. Eres la única para mí, cariño.

—Eres un sensiblero —susurra, pero sus ojos brillan—. Pero eres mi sensiblero.

Cuando la beso, no se parece en nada a nuestro beso de borrachos en Las Vegas. Nada que ver con nuestros encuentros desesperados y lujuriosos en la habitación del hotel.

Es un comienzo. Una promesa. Una declaración.

Entre la multitud, oigo el silbido característico de Keller y el estruendoso «¡ESE ES NUESTRO CHICO!» de Donovan. Están de pie en sus sillas, agitando los puños en el aire como si acabaran de ganar la Copa Stanley.

En este momento, en el escenario para que todo el mundo lo vea, nuestro futuro entero se extiende ante nosotros.

No está escrito, es caótico e incierto.

Pero una cosa sé con certeza…

Quién necesita un cuento de hadas… ¿cuando Las Vegas te da el mejor y más inesperado final feliz?

Epílogo

Cassie

Seis meses después

El sol poniente pinta Iron Ridge de tonos ámbar y dorados mientras cruzamos los límites del pueblo. Me he quitado los tacones y tengo los pies apoyados en el salpicadero de Jackson, revisando los mensajes de felicitación por mi último éxito con un cliente.

—Y entonces, cuando el padre de la novia dijo que quería elefantes para la ceremonia, creí que Natasha se iba a desmayar —me río, todavía con el subidón de haber conseguido el cliente más importante de *Hawthorne Events* hasta la fecha: una pareja influyente de Hollywood con una isla privada y un presupuesto ilimitado—. Pero yo me limité a sonreír y a decir: «Podemos hacerlo realidad sin ningún problema, pero ¿han considerado la posibilidad de usar delfines adiestrados?».

Jackson se ríe entre dientes, con una mano en el volante y la otra apoyada posesivamente en mi muslo. —Y por eso eres la mejor en esto, nena.

—Los delfines son mucho más respetuosos con el medio ambiente —añado—. Además, son mucho más instagrameables.

—Mmm —sus dedos suben un poco más por debajo de mi falda, mientras el zumbido del Range Rover resuena a nuestro alrededor.

Intento ignorar el delicioso escalofrío que su contacto me provoca.

—¿Me estás escuchando hablar de trabajo o solo piensas en volver a desnudarme?

—Ambas cosas. —Esboza esa sonrisa con hoyuelos que todavía hace que me dé un vuelco el estómago, incluso después de seis meses de matrimonio—. Se me da de maravilla la multitarea.

—La verdad es que es cierto —admito, recordando exactamente lo buenas que son sus habilidades para la «multitarea».

Mi móvil vibra de nuevo. Gimo al ver el remitente.

—A ver si lo adivino —dice Jackson, echando un vistazo—. ¿Big Mike con otra oferta de trabajo?

—¿Cómo lo sabes? —abro el correo electrónico y me aclaro la garganta para poner mi voz de lectura dramatizada—. «*Cassandra, los eventos de pretemporada necesitan tu pericia. El equipo echa de menos tu energía. Piensa en el legado, cariño*».

Jackson resopla. —Como diga «legado» una vez más, lo denuncio al entrenador Brody por chantaje emocional.

—¿A que sí? Como si no hubiera oído esa palabra quinientas veces desde que volvimos. —Bloqueo el móvil y lo tiro en el bolso—. Se comporta como si estuviera traicionando el negocio familiar por dirigir mi propia empresa en lugar de trabajar para los Icehawks.

—Y se le olvida convenientemente que estás construyendo tu propio legado —añade Jackson, cogiendo mi mano y llevándosela a los labios—. Uno que no gira en torno al hockey.

—Bueno, no del todo —le corrijo, mirándolo de forma elocuente con su chándal de los Icehawks—. Me casé con la estrella novata.

—La mejor decisión que has tomado en tu vida.

Me besa la palma de la mano, luego la punta de cada dedo, mientras sus ojos van de mí a la carretera.

—La segunda mejor —bromeo—. La mejor fue decirle a mi padre que organizaría la noche de tu *draft*. Si no, puede que no te hubiera vuelto a ver después de Las Vegas.

—El destino —dice Jackson con absoluta certeza—. Nos habríamos encontrado de alguna manera.

La convicción en su voz hace que se me hinche el corazón. Para ser un chico que creció sin nada, Jackson tiene una fe

inquebrantable en nosotros que todavía me sorprende.

El coche reduce la velocidad en un semáforo en rojo y Jackson se inclina para besarme como es debido, con su lengua jugueteando con la mía. Su mano sube más por mi muslo, sus dedos rozando el borde de encaje de mi ropa interior.

—Jackson —jadeo contra su boca—. Estamos en medio del pueblo.

—¿Y qué? —sus dientes rozan mi labio inferior—. Esto es Iron Ridge. El sitio será muy bonito, pero, ¿a estas horas de la noche? No hay ni un alma para vernos.

Le aparto la mano de un manotazo, riendo. —Aun así, no pienso darle a Clara, la del Summit Café, un espectáculo gratis.

Nunca pensé que volvería a enamorarme de Iron Ridge. Este pueblo que una vez me pareció una jaula ahora me parece... un hogar.

La taberna Ridgeview brillaba con calidez cuando pasamos por delante, sus ventanas empañadas por las risas y las conversaciones sobre hockey. Todos los viernes por la noche, el equipo se reúne allí después del entrenamiento. Los compañeros de Jackson se están convirtiendo poco a poco en nuestra familia improvisada. Logan Kane paga la primera ronda a todo el mundo. Connor Walsh reta a los novatos a los dardos y nunca pierde. Blake también está siempre allí, charlando con Eli Thompson, la leyenda del hockey del pueblo, sobre su programa de hockey.

—Más despacio —le digo a Jackson, señalando Chapter and Grind, la librería local—. Mira. Emma ha puesto cortinas nuevas.

Él, obediente, levanta el pie del acelerador y se detiene justo delante. —Qué bien. El azul hace juego con las montañas.

—La semana que viene organiza nuestro club de lectura allí. —No puedo evitar sonreír al pensarlo—. ¿Te puedes creer que ahora estoy en un club de lectura? ¡¿Con las mujeres de los jugadores de hockey?!

Jackson me aprieta la mano. —¿Y tú te puedes creer que estoy casado con la hija de Big Mike, que una vez proclamó que odiaba todo de este lugar?

—Nunca lo odié todo —le corrijo—. Solo odiaba que me definiera.

Y esa es la diferencia ahora.

Para mí, Iron Ridge ya no es solo «el pueblo del hockey». Es donde la señora Abernathy nos deja flores frescas en el porche cuando Jackson marca. Es donde el entrenador del instituto me pide que sea jurado de la decoración del baile de invierno porque «tienes ese ojo de organizadora de eventos elegantes». Es el lugar donde puedo ir en chándal al supermercado y todo el mundo me sigue llamando «Cassie», no «señorita Hawthorne».

Otro semáforo se pone en verde, pero en lugar de seguir hacia nuestro apartamento, Jackson gira bruscamente a la izquierda.

—¿Adónde vamos? —me enderezo en el asiento—. Pensaba que te morías de hambre.

—Y así es. —Su voz baja una octava, sus ojos se oscurecen con intención—. Pero no de comida.

Reconozco nuestra ruta a través de las ventanas empañadas y el emblemático estadio de hockey de la ciudad aparece a la vista.

—¿El pabellón? ¿En serio?

—He pensado que ya era hora de que vieras *mi* sala favorita de todo el maldito lugar.

—Hemos recorrido todo el pabellón —le recuerdo—. Varias veces. Solo el mes pasado organicé tres eventos allí.

Todavía no puedo creer que esté diciendo esto, pero la verdad es que ahora me gusta estar aquí. No porque de repente me haya vuelto una fanática del hockey. Dios sabe que ese tren ya ha pasado. Sino porque la cara de Jackson se ilumina cada vez que pisa ese hielo.

Cuando marca y me busca en las gradas, ese pequeño guiño que me hace antes de que sus compañeros se le echen encima para celebrarlo.

Todo eso hace que mi corazón haga tonterías.

El Icehawk Arena ya no es solo un estadio de hockey. Es donde Jackson vive su sueño, donde lo veo volar sobre el hielo con esa mirada decidida de la que me enamoré en Las Vegas.

Y de alguna manera, contra todo pronóstico, también se está convirtiendo en mi lugar feliz.

Jackson entra por la entrada de jugadores, mostrando su identificación en la puerta de seguridad. —Esta sala no la has visto.

Mientras aparca en su plaza reservada —HOLT #87—, levanto una ceja. —Tienes esa mirada en los ojos. Esto va a implicar quitarme los pantalones, ¿verdad?

Apaga el motor y se vuelve hacia mí con esa sonrisa lobuna que todavía hace que se me encojan los dedos de los pies.

—Obviamente.

Con una risa, me guía por los pasillos poco iluminados, con sus dedos entrelazados con los míos. Mis tacones cuelgan de mi otra mano mientras camino descalza a su lado, intentando seguirle el ritmo.

—¿En serio me traes a la sala de jugadores? ¿A las diez de la noche de un jueves? —susurro, aunque, por lo que puedo ver, no hay nadie en todo el pabellón que pueda oírnos.

—Es el mejor momento. —Su voz resuena ligeramente en el pasillo vacío—. Estamos completamente solos.

—Ya. Claro. ¿Como si no estuviéramos solos en casa, en *nuestro* apartamento? —bromeo, pero Jackson simplemente me ignora y sigue caminando.

Pasa su tarjeta y la puerta de la sala de jugadores se abre con un clic. Jackson se hace a un lado, dejándome entrar primero.

Y. Joder. Santo cielo.

He visto fotos de las salas de jugadores de la NHL profesional antes... pero nada, *nada,* me había preparado para esto.

El santuario privado de los jugadores de los Icehawks se extiende ante mí. Vigas de madera a la vista, ventanales del suelo al techo con vistas a la pista de entrenamiento a oscuras y lujosos muebles de cuero en un profundo verde bosque. Una enorme chimenea de piedra preside una pared, mientras que una mesa de billar profesional se encuentra bajo una suave iluminación de lámparas colgantes.

—Vale. ¿Me has traído aquí para seducirme con... energía de garito de machos? —me río, dejando mis zapatos junto a la puerta —. Conoce a tu público, Jax.

—No —dice, acorralándome contra la reluciente barra. Sus manos me sujetan las caderas, levantándome hasta la fría superficie—. Te

he traído aquí porque haces que cada parte de mi vida sea mejor. Incluso esta.

Su boca encuentra mi cuello, sus dientes rozando el punto sensible debajo de mi oreja. Sus caderas empiezan a moverse y no puedo evitar arañarle la espalda, atrayéndolo hacia mí, saboreando la sensación de sus músculos bajo mis manos.

—Incluso cuando estoy agotado de entrenar, solo pienso en llegar a casa contigo.

—¿Ah, sí? —jadeo mientras sus manos se deslizan bajo mi falda.

—No tienes ni idea de cuántas veces me he sentado en ese sofá —señala el lujoso sofá modular de cuero— pensando en ponerte sobre él.

Mi risa se convierte en un gemido cuando sus dedos enganchan mi ropa interior, bajándola por mis muslos. —Qué romántico.

—¿Por ti? Siempre. —Se arrodilla, abriéndome más las piernas—. Ahora agárrate a la barra, Cassie.

Me agarro al borde mientras me sube la falda hasta la cintura. Su aliento está caliente contra mi muslo interno y tiemblo de expectación.

—Dios, me encanta lo húmeda que te pones por mí —murmura, su lengua trazando los bordes de mi chocho de esa manera que me hace arquear la espalda—. Tan jodidamente dulce, nena.

—No te pases de chulo —consigo decir, aunque mi voz se quiebra cuando me chupa el clítoris entre sus labios.

Levanta la vista, con sus ojos azul océano brillando. —Demasiado tarde para eso.

Mi pierna se engancha alrededor de su hombro mientras me devora, su lengua implacable contra el calor de mi centro. Estoy temblando, con una mano enredada en su pelo, cuando se retira, con los labios relucientes.

—Al sofá. Ahora.

Nos tambaleamos hasta el sofá de cuero, con mi falda arremolinada en la cintura y sus pantalones ya desabrochados. Él se sienta y me atrae a su regazo.

—En esto es en lo que pienso durante esas aburridas reuniones de equipo —confiesa mientras me hundo sobre él—. En ti, tomándome

así.

Me siento a horcajadas sobre Jackson, la visión de su polla dura hace que mis pezones se tensen dolorosamente. Sus manos me agarran las caderas, sus dedos hundiéndose en mi carne con una desesperación que iguala la mía.

Le rodeo la polla con la mano, maravillándome de su calor sedoso, del pulso que refleja el de mi propio corazón acelerado.

—Cassie —gime, su cabeza cayendo hacia atrás contra el sofá, exponiendo los músculos marcados de su cuello. Me inclino, mordisqueándole la garganta, saboreando la sal de su piel.

Sus caderas se sacuden bajo las mías, impacientes, ansiosas.

Me levanto sobre las rodillas, colocándolo en mi entrada. La punta de su polla juguetea con mis pliegues, deslizándose a través de la humedad, enviando descargas de placer contra mi clítoris.

Me hundo, solo un centímetro, mi cuerpo estirándose para acomodarlo. Su agarre en mis caderas se tensa, un sonido gutural escapando de sus labios.

—Joder, qué bien sientas —espeta, con los ojos fijos en el punto donde nuestros cuerpos se unen. Me deslizo un poco más, mi respiración entrecortándose mientras me llena lentamente. La sensación es intensa, una mezcla de placer y dolor que me deja sin aliento.

Sus manos se mueven de mis caderas a mi culo, ahuecando las nalgas, guiándome mientras empiezo a moverme. Me levanto, casi dejando que se escape, antes de volver a deslizarme hacia abajo, tomándolo más profundo. Cada movimiento envía olas de placer que me atraviesan. Su polla golpea cada punto sensible, encendiendo un fuego que arde con más fuerza con cada embestida.

Me inclino hacia adelante, mis manos apoyándose en su pecho.

—Sabes..., *oh...*, deberías prestar atención en esas reuniones de equipo.

Sus manos me agarran el culo, guiando mis movimientos mientras me da una palmada en una de las nalgas, el golpe haciéndome soltar un chillido de placer.

—Presto atención a lo que importa. Y ahora mismo, eso es hacer que mi mujer se corra alrededor de mi polla.

Las palabras crudas envían una oleada de calor a través de mí. Lo cabalgo con más fuerza, persiguiendo la presión creciente que se acumula en lo más profundo de mi ser.

—Voy a marcar un *hat-trick* el próximo partido —promete, con la voz tensa—. Solo para que después no lleves nada más que mi camiseta.

—Qué confiado para alguien que... —jadeo cuando golpea el punto perfecto en mi interior—. ...que solo lleva seis meses en la liga y ni siquiera ha entrado en la alineación titular.

—Me casé contigo por una razón, ¿recuerdas?

Nos da la vuelta de repente, apretándome contra el cuero mientras hunde sus caderas más profundo, llenándome con su polla, más fuerte, más rápido. Lo siento pulsar, mi propio orgasmo apretándose alrededor de su miembro mientras me embiste, llevándome allí mismo con él.

—Sé exactamente lo que quiero. Joder, *Cassie*.

—¡OH!

Nos corremos juntos en un clímax que me deja sin aliento, mis uñas clavándose en los firmes músculos de sus hombros, arrancándole un gruñido primario de lo más profundo de su ser.

Tiene la cara enterrada en el hueco de mi cuello, su aliento caliente enviando escalofríos por mi espalda mientras se derrama dentro de mí, la sensación cálida y adictiva.

La intensidad de nuestra conexión nos deja a ambos temblando, nuestros cuerpos resbaladizos por el sudor y brillantes mientras nos desplomamos en el sofá, un enredo de extremidades a medio vestir y ropa desordenada.

Mi cabeza descansa sobre su pecho, subiendo y bajando con cada una de sus rápidas respiraciones, mientras ambos luchamos por recuperar la compostura.

—Creo que hemos bautizado tu garito de machos como es debido —me río suavemente, mis dedos continuando explorando los contornos de su cuerpo.

—Cuidado —advierte con una sonrisa, su voz todavía ronca por el esfuerzo—. El entrenador Brody probablemente tenga cámaras instaladas aquí. Te oirá.

—¡¿Cámaras?! —jadeo, mis ojos abriéndose de par en par con alarma mientras su mano se desliza de nuevo bajo mi blusa, reavivando el fuego dentro de mí.

Estoy a punto de protestar cuando oímos el repentino e inconfundible sonido de una puerta abriéndose al fondo de la sala. El ruido me hace saltar de un brinco, con el corazón martilleando en mi pecho mientras busco frenéticamente mi ropa, tratando de cubrirme lo más rápido posible.

Me apresuro a arreglarme mientras Blake Maddox —capitán de los Icehawks y el puto *compañero de equipo* de mi marido— aparece en el umbral llevando nada más que una toalla colgada a la altura de las caderas.

Su torso musculoso brilla con gotas de una ducha reciente, una botella de agua colgando de sus dedos.

Se queda helado, asimilando la escena... Mi pelo alborotado, el pecho desnudo de Jackson, el inconfundible rubor en nuestras caras.

—Genial —murmura, pasándose una mano por el pelo húmedo—. Otra parejita caliente bautizando la sala. Justo lo que este equipo necesita.

Chillo, forcejeando con los botones de mi blusa mientras Jackson simplemente se ríe, sin inmutarse en absoluto por la intrusión de nuestro capitán.

—Estás de mal humor porque nos lo estamos pasando mejor que tú —le grita Jackson, subiéndose la cremallera de los pantalones con indiferencia.

Blake refunfuña mientras pasa a nuestro lado hacia los vestuarios. —Nadie se lo pasa bien cuando vamos 4-10. A lo mejor si la gente se centrara más en el manejo del disco que en el del palo...

La puerta se cierra de golpe tras él con un ruido sordo.

—Bueno, eso ha sido bochornoso —susurro, alisándome la falda.

Jackson sonríe, acercándome a él. —Solo está tenso. Ha sido un mes duro.

—Sophia dijo que no es solo la temporada. —Me abotono la blusa, recordando mi comida con mis mejores amigas la semana pasada—. Algo se ha estado cociendo desde hace tiempo. No quiere decir el

qué, pero te juro por Dios que ella *definitivamente no es solo su asistente*.

Jackson se detiene a mitad de abrocharse el cinturón. —¿Tú crees? De verdad que parece que se odian.

—Lo *sé*. Y no puedo esperar a ver cómo explota ese desastre. —Cojo mi bolso del suelo—. La forma en que habla de él —todo eso de «Blake Maddox es imposible» y «Blake Maddox necesita que todo sea perfecto»— es tensión sexual de manual. Confía en mí.

—¿Como nosotros en Las Vegas? —Jackson sonríe, tomándome la mano mientras nos dirigimos a la salida.

—Por favor. Tú eras mucho más obvio.

—Hablando de obviedades —dice, apretando mis dedos—, esta noche cocino yo. Esa pasta que te gusta.

Levanto una ceja juguetonamente. —¿Qué tal si... empezamos por el postre?

—Dios, te quiero, Cassie Hawthorne.

—Yo también te quiero, *Jax-el-de-la-barra*.

Sonrío contra los labios de Jackson, sintiendo ese familiar aleteo en mi pecho que no ha desaparecido en los seis meses desde que hizo trizas los papeles de anulación en el escenario.

El invierno de Iron Ridge nos envuelve, pero ya no tengo frío.

No aquí en sus brazos. No en este pueblo del que una vez huí desesperadamente.

—Llévame a casa —susurro, y por primera vez en mi vida, lo digo en serio.

Iron Ridge no es solo de donde soy; es donde pertenezco.

Con mi marido estrella del hockey, mi relación reavivada con mi padre y una carrera que he construido bajo mis propias condiciones.

A veces, las mejores cosas de la vida no se planean en absoluto. A veces suceden en Las Vegas, con tequila y Elvis y un desconocido que se convierte en tu para siempre de la forma más perfecta y accidental.

El fin.



Puede que Jackson y Cassie no recuerden lo que pasó esa noche... pero nosotros sí. Descubre los detalles apasionantes, brillantes y glaseados de su auténtica noche de bodas en Las Vegas en esta escena extra exclusiva.

¡Descarga este CAPÍTULO ADICIONAL GRATIS!

ESCENA EXTRA



Puede que Jackson y Cassie no recuerden lo que pasó esa noche... pero nosotros sí. Descubre los detalles apasionantes, brillantes y glaseados de su auténtica noche de bodas en Las Vegas en esta escena extra exclusiva.

¡Descarga este CAPÍTULO ADICIONAL GRATIS!

Iron Ridge Icehawks Series

Bienvenidos a Iron Ridge.
Donde el hockey es rápido, las bromas son obscenas y los hombres se enamoran perdidamente de las mujeres que los mantienen alerta.



Este no es un romance cualquiera en un pueblo pequeño. Iron Ridge es el hogar de los Icehawks, un equipo profesional de hockey lleno de jugadores alfa arrogantes y obsesivos, y nada tranquilos con las mujeres con curvas que les roban el corazón.
Detrás de cada golpe hay un jugador que no se lo guarda todo... hasta que la conoce.
Desde matrimonios sorpresa hasta encuentros prohibidos, citas falsas desternillantes y segundas oportunidades... cada historia ofrece química apasionante, travesuras escandalosas y la intensidad emocional justa para derretir el hielo.
Estos hombres son dominantes en la pista, peligrosos en el vestuario... y totalmente dedicados a la hora de reclamar su para siempre.
Prepárate para bromas que te harán reír a carcajadas, momentos románticos en un pueblo pequeño y suficiente acción apasionada en

el vestuario para empañar tu pantalla.
Esto es Iron Ridge.

El siguiente en la serie...

Captain's Claim (Espanol)

Vine a Iron Ridge para cambiar el juego. No esperaba chocar con el capitán del equipo de hockey... dentro y fuera de la pista.



Conseguir el trabajo como la nueva ejecutiva de marketing de los Icehawks se suponía que sería mi gran oportunidad. Una oportunidad para demostrar que puedo competir con los mejores en una industria despiadada y dominada por hombres.

Pero nadie me advirtió que Blake Maddox, el melancólico capitán del equipo, sería el mayor desafío de mi carrera.

Blake no solo lidera a los Icehawks; es dueño de cada habitación en la que entra. Melancólico, intenso y con unos brazos imponentes, es el tipo de hombre que no se compromete.

Odia mis ideas, mis planes, y seamos sinceros… me odia a mí.

¿El mayor problema?

Pelear con él se siente menos como un desafío y más como un juego previo.

Me digo a mí misma que es solo química. Que puedo con él. Pero Blake no juega limpio, ¿y cuando me acorrala después de hora con ese gruñido bajo y posesivo?

Sus caricias ásperas me muestran exactamente hasta dónde es capaz de llegar para hacerme suya.

Sé que enamorarme de él podría costármelo todo, pero con cada promesa apasionada, empiezo a preguntarme si perderme en Blake Maddox valdrá la pena.

Captain's Claim es un romance deportivo trepidante, con poco drama y mucha intensidad, de enemigos a amantes, que presenta a un capitán de hockey sobre hielo obsesivo y melancólico, discusiones acaloradas que se convierten en una química explosiva y llena de bromas, y a la mujer con curvas que podría ponerlo de rodillas.



VISTA PREVIA GRATUITA:

Captain's Claim (Español)

Capítulo uno
Blake

Aquí estoy otra vez.

El tercer puto partido consecutivo. Enjaulado como un animal, obligado a ver a mi equipo patinar sin mí.

Los cánticos del público *retumban* contra el cristal, la vibración fluye bajo mis pies mientras me agarro al borde del banquillo en la zona de penalización.

«¡Maddox! ¡Maddox! ¡Maddox!».

Mi nombre resuena a mi alrededor como un puto grito de guerra. Las gradas del Icehawk Stadium vibran con un mar de verde bosque y gris marengo; dieciocho mil personas puestas en pie. Incluso los estirados de los palcos de empresa se aprietan contra el cristal, con su habitual compostura olvidada en la electrizante atmósfera.

Una sonrisa burlona se dibuja en mis labios.

No hay ningún lugar como este.

Mi mirada recorre el Nido del Halcón, donde nuestros incondicionales golpean sus tambores con una furia que iguala el estruendo de mis venas. Bufandas verdes y blancas se agitan en el aire como banderas de batalla.

Es un frenesí. Un puto carnaval.

Un destello de movimiento me llama la atención. Sección 214, un crío con mi camiseta golpea el cristal, sus ojos oscuros arden con el mismo fuego que solía arder en los míos a esa edad. Cuando yo era ese adolescente peleón que miraba desde el gallinero, soñando con el día en que llevaría esta C en el pecho.

El cronómetro de la zona de penalización avanza con una lentitud agónica.

Mi equipo necesita a su capitán. Y en exactamente un minuto y diecisiete segundos, lo van a tener.

Ese golpe bajo nos ha costado caro, y mi equipo va perdiendo por uno a falta de cinco minutos para el final del tercer tiempo.

El árbitro suelta el disco. Los cuerpos chocan. Los *sticks* crujen unos contra otros. Me tiembla la pierna de energía contenida mientras observo cómo la primera línea de Denver intenta mantener la posesión. Están jugando a mantener el disco, quemando preciosos segundos del reloj.

—¡Treinta segundos! —La voz del cronometrador atraviesa los atronadores cánticos.

Me levanto, estiro las piernas, muevo los hombros. Un rugido amenaza con arrancar el puto techo de este sitio.

—¡Veinte segundos!

Me abrocho de nuevo el casco y, al otro lado del hielo, veo al extremo de Denver: Isaak Roberts. Se desliza de nuevo, golpeando su *stick* contra el cristal, atormentándome, intimidándome como ha hecho durante todo el puto partido.

Me hierve la sangre.

Fuerzo una sonrisa fría. *El gilipollas no sabe lo que le espera.*

Llevo en este juego el tiempo suficiente para saber que la venganza se sirve mejor en el marcador. Puede que me duela la mejilla, el moratón de su golpe demoledor que me obligó a estallar en un momento de pura emoción, pero sé lo que hay que hacer.

La cuenta atrás del público resuena por todo el estadio.

«¡Diez! ¡Nueve! ¡Ocho!».

Flexiono los dedos dentro de los guantes, el familiar dolor en los nudillos me recuerda por qué estoy aquí. En el banquillo de penalización. Otra vez.

Los medios dicen que estoy perdiendo fuelle. Que he malgastado la primera elección del *draft* de los Icehawks hace diez años. Le están diciendo al mundo que no he cumplido, que no he estado a la altura de las expectativas y que he hecho que la marca de la franquicia de mi ciudad fracase antes de que tuviera la oportunidad de florecer de verdad.

«¡Siete! ¡Seis!».

Pero aún no he terminado. Ni de lejos. Diez años de sangre y sudor he dedicado a este equipo, a esta ciudad, y todavía tengo mucho más que dar.

Estoy junto a la puerta, el brazo del árbitro me retiene mientras el estadio *tiembla* a nuestro alrededor. El rugido de miles de aficionados hace que el cristal traquetee en su marco, enviando vibraciones directamente a mis huesos.

Roberts tiene el disco junto a la valla. Exactamente donde lo quiero. El cabrón engreído ha estado soltando bravuconadas toda la noche, dando golpes bajos cuando los árbitros no miraban.

Entrecierro los ojos, fijándolos en mi objetivo. Cada músculo de mi cuerpo se tensa, listo para saltar.

«¡Cinco! ¡Cuatro!».

Cree que tiene el partido ganado, pero no conoce Iron Ridge. No me conoce a mí. No entiende lo que significa luchar por algo más grande que uno mismo, llevar el peso de los sueños de toda una comunidad sobre tus hombros.

Soy Blake Maddox. El corazón y el alma de esta maldita ciudad. El chaval que solía barrer estas mismas vallas mucho después de que se apagaran las luces, que aprendió a patinar con patines prestados, que sangra verde y gris.

«¡Tres! ¡Dos! ¡Uno!».

La puerta se abre con un clic.

El rugido… el puto rugido…

Me golpea con toda su fuerza mientras mis patines se clavan en el hielo, agarrándose mientras salgo disparado de la zona de penalización, con cada músculo ardiendo. La energía estridente del público me recorre, empujándome como una puta corriente eléctrica mientras me dirijo en línea recta hacia Roberts.

Me ve venir.

Sus ojos se abren como platos.

Esa sonrisita arrogante flaquea por una fracción de segundo antes de que se deshaga del disco.

Demasiado tarde, colega.

Lo alcanzo en tres zancadas y lo estampo con fuerza contra la valla. Mi codo aterriza justo en su nariz, haciendo que su casco salga volando y gire por el hielo. El satisfactorio *golpe sordo* del impacto reverbera en mi hombro mientras el estadio estalla a mi alrededor.

—Ya no pareces tan duro, ¿eh? —gruño, lo bastante cerca como para ver el sudor perlando su frente.

Me empuja para apartarme, pero yo ya me he ido, siguiendo el disco mientras se desliza hacia mi defensa.

Hora de enseñarle a este niñato lo que significa de verdad el hockey de Iron Ridge.

Doy una vuelta, buscando un hueco cerca del centro. El peso de la responsabilidad se asienta sobre mí mientras leo la jugada que se está desarrollando.

Quedan cuatro minutos. Un gol por debajo. Para esto vivo.

—¡Aquí! —ladro, golpeando mi *stick* en el hielo. Logan Kane, el mejor puto defensa de toda la liga, me ve y me desliza el disco directo al *tape* de mi *stick* como si lo atrajera un imán.

Roberts está de pie, cargando contra mí de nuevo, pero está a punto de aprender que no se acorrala a un halcón en su propio nido.

Años de experiencia me han enseñado a ver los patrones, a sentir el ritmo del juego en mi sangre.

Levanto la vista y Ryder Scott, nuestro alero novato, está exactamente donde necesito que esté. El chaval tiene instinto. Si mantiene la cabeza gacha, podría cambiar toda nuestra temporada. Su pelo desaliñado asoma por debajo de su casco mientras se posiciona cerca de la portería, prácticamente vibrando de urgencia.

Los defensas no lo han visto. Error suyo.

Con un movimiento de muñeca, hago un pase milimétrico. El disco silba a través de un laberinto de *sticks* y patines, directo al *stick* de Ryder.

El tiempo se ralentiza.

El público contiene la respiración.

Ryder no duda.

Un toque, a la escuadra. Por donde anidan las arañas.

La luz roja parpadea. El Nido explota.

¡GGOOOOOOOOOOOLLLLLL!

Una lluvia de confeti verde y blanco cae en las gradas mientras la sirena de gol resuena tan fuerte que no puedo oír a mis compañeros gritar mientras se abalanzan sobre mí. Mi corazón late al ritmo de las pisadas y los cánticos atronadores.

El rostro de Ryder se parte en una sonrisa más ancha que la pista mientras me uno a nuestros compañeros para rodearlo.

El chaval se merece este momento. Ha estado currando desde el campamento de entrenamiento en pretemporada, echando horas extra, absorbiendo cada consejo como una esponja.

—Menudo tirazo, chaval —le digo, dándole una palmada en el casco.

Su cara está radiante, una mezcla de euforia e incredulidad. —Me lo has puesto fácil, capi.

—No está mal como remate para un novato. —Le doy otro golpecito en el casco con mi guante—. Sigue jugando así y puede que te deje invitarme a cenar.

—Capitán, ahora mismo te compraría un asador entero. —Sus ojos brillan con una mezcla de orgullo y alivio.

El primer gol del novato. Menuda forma de presentarse a esta ciudad.

Eso es lo que tiene este lugar. Una vez que eres uno de ellos, nunca te dejarán marchar.

Estos fans, mi gente…

Esto es más que hockey. Esto es la vida.

Esto es Iron Ridge.

Doy la última vuelta, mirando el reloj.

—¡Aún tenemos tiempo! —grito, apoyándome en mi stick y exigiéndole más a mis chicos—. Nada de prórroga. ¡Terminamos esto ahora!

Recibo un grito de aprobación mientras el entrenador Brady ajusta las líneas desde la banda, pero algo atrae mi atención hacia arriba.

Allí, en el palco de empresa, está nuestra nueva ejecutiva de marketing. *Sophia Hart.*

Es difícil no verla, de pie cerca del cristal con su portapapeles apretado contra el pecho. Su elegante traje de ciudad se ciñe a su cuerpo, esas anchas caderas se abren con una redondez que me seca la boca.

Es toda pulcritud, inmaculada y anormalmente perfecta. Precisión corporativa, podría llamarlo; nadie puede ser *tan* agradable a la vista.

Su brillante pelo rubio está recogido en uno de esos moños profesionales, pero unos cuantos mechones sueltos se rizan suavemente en la nuca, rozando su clavícula, tentando a mis ojos hacia la delicada curva donde el cuello se une al hombro.

Se inclina hacia delante, sus ojos avellana fijos en el hielo. No puedo evitar notar cómo su blusa de seda se adhiere a la curva de su pecho, insinuando unas curvas que no deberían ser tan distractoras.

No anima como el resto del público. No agita una bufanda ni golpea los puños contra el cristal. No… hay algo en la forma en que está allí, la sutil elevación de sus labios, que hace que apriete la mandíbula.

Está observando.

No el partido ni el estadio a su alrededor… No.

Me está observando *a mí*.

No importa lo elegante que se vea su traje bajo los fluorescentes, o cómo esos tacones hacen que sus piernas parezcan imposiblemente largas. No pertenece aquí. No en *mi* mundo.

Solo es la trajeada con tacones caros, traída para «arreglar» la marca de los Icehawks. Signifique eso lo que putas signifique.

No me importa lo guapa que sea.

No pertenece aquí.

Me concentro de nuevo en el hielo. Quedan dos minutos. Partido empatado 1-1. La energía en el pabellón es como los rayos que caen sobre los picos de las montañas que rodean esta pequeña ciudad antes de una tormenta.

Golpeo mi *stick* contra mis patines, la memoria muscular toma el control mientras me preparo para el saque neutral. Mis ojos se fijan en el punto, pero mi mente vuelve a ese palco de empresa. A esos calculadores ojos avellana que estudian cada uno de nuestros movimientos.

¿Quiere una historia, Sra. Hart? Yo le daré una.

El silbato del árbitro atraviesa el caos. El disco cae. Y así, sin más, vuelvo al juego.

Este es mi hielo. Mi equipo. Mi ciudad.

Y estoy a punto de recordarles a todos por qué.

El disco golpea mi *stick* e instantáneamente la defensa de Denver se cierra. Pero bien podrían estar quietos. Una finta rápida a la izquierda hace que su primer defensa caiga al suelo. Su capitán se lanza, con el *stick* extendido, pero yo ya me he ido, colándome por el hueco que deja.

El rugido del público se desvanece en un ruido blanco. Solo existe el raspar de mis patines sobre el hielo, el peso del disco en la pala de mi *stick*.

En este momento, no soy el capitán con acuerdos de patrocinio y una letra en el pecho. He vuelto a esa calle, usando una pelota de tenis y un *stick* astillado sujeto con cinta adhesiva, soñando con este preciso momento.

De demostrar que un chaval del lado malo de Iron Ridge podría conseguirlo. Eso es algo que estos grandes ejecutivos de empresa no entienden.

Eli Thompson creyó en mí cuando nadie más lo hizo. El mayor héroe de los Icehawks me dio una oportunidad cuando estaba a una mala decisión de tirarlo todo por la borda.

Estoy aquí por él, por la oportunidad que me dio su programa juvenil, el que he heredado.

Avanzando por el hielo, veo al portero de Denver ponerse en posición de mariposa. Pero le veo el gesto, esa ligera inclinación a la izquierda. Error de novato. Me está regalando la escuadra derecha, probablemente ni se da cuenta.

Armo el tiro y golpeo el disco.

El disco sale disparado de mi *stick* y, una fracción de segundo después, el agudo repiqueteo del caucho contra el metal activa la luz roja detrás de la red, la sirena suena y el estadio enloquece de repente…

Puta magia en estado puro.

Mis compañeros se me echan encima, chocando contra mis costados con gritos y vítores. Guantes y *sticks* cubren el hielo mientras el mundo a mi alrededor tiembla.

El Nido ha estallado en un caos absoluto.

«¡Los Icehawks ganan! ¡Los Icehawks ganan!».

Apenas se oye al presentador del estadio por encima del ruido. Confeti verde y blanco llueve desde las vigas, cubriendo el hielo como nieve recién caída. Dieciocho mil aficionados están de pie, sus gritos son lo suficientemente fuertes como para hacer temblar todo el puto planeta.

Ridge, nuestra mascota halcón, se desliza en tirolina por el estadio ondeando una enorme bandera de los Icehawks desde las vigas mientras *«Immigrant Song»* resuena por los altavoces. El bajo vibra en mi pecho, mezclándose con el latido de mi corazón.

Entre el montón de mis compañeros, vislumbro rostros en la multitud. Niños apretados contra el cristal, con los ojos muy abiertos con el mismo fuego que yo tenía a su edad. Todos llevan mi camiseta, soñando el mismo sueño que yo una vez soñé.

Los veteranos se secan las lágrimas, las familias se abrazan y saltan.

Por un momento, caigo en la cuenta.

Por esto es por lo que juego. No solo por las victorias, sino por el niño que pisa el hielo por primera vez y encuentra su lugar en el mundo.

Por el programa juvenil que me lo dio todo, y lo único en este mundo que protegeré con uñas y dientes.

Mis ojos se desvían hacia el palco del propietario donde veo a Eli Thompson, con el puño en alto. Incluso desde aquí, puedo ver esa orgullosa sonrisa partiendo su curtido rostro. La misma que lucía cuando me entregó por primera vez un equipo de hockey de verdad hace tantos años.

—¡Capitán! —Jonesy choca contra mí de nuevo, levantando hielo —. ¡Vaya puto tirazo!

Lo agarro por el cuello, riendo mientras más compañeros se amontonan. Connor, Logan, Ryder… somos un amasijo de camisetas y gritos, bebiendo de la locura que acabamos de crear.

La Copa Stanley todavía se nos ha escapado, pero ¿esta noche? Esta noche Iron Ridge es el puto amo del mundo.

Me libro de la celebración, girando sobre mis patines en un arco lento hasta que me encuentro de nuevo frente al palco de empresa.

Desde el hielo, mis ojos se encuentran con los de Sophia Hart, e incluso desde esta distancia, puedo verlo. Esa compostura perfecta e imperturbable que ha mantenido desde que entró por la puerta hace dos días… se ha resquebrajado.

Levanto el puño, apretándolo con fuerza en el aire, un desafío deliberado.

Que traiga sus elegantes planes de marketing y sus ideas de renovación corporativa. Puede tomar sus notas, redactar sus informes y proponer sus flamantes nuevas publicaciones de Instagram.

Pero esto es el hockey de Iron Ridge.

Esto es real, crudo y sin filtros.

Y mientras yo lleve la C en esta camiseta verde y gris, así es como se va a quedar.

Acerco el emblema blasonado en la camiseta a mis labios, besando la insignia de mi equipo mientras mis ojos permanecen fijos en los de Sophia.

Sí, Sophia Hart, intenta cambiarnos. Te reto.

¡Sigue leyendo aquí!

